

GODOFREDO DAIREAUX

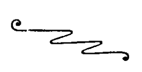
Comedias Argentinas



DEL MISMO AUTOR

La Cría del Ganado en la Estancia Moderna.	$	5.00
Manual del Agricultor Argentino	»	10.00

Tipos y Paisajes criollos, las 4 séries en.....	$	5.00
Los Dioses de la Pampa.......................	»	1.00
Las dos Patrias (novela)......................	»	0.50
Fábulas Argentinas,...........................	»	0.50
Cada mate.... un cuento	»	0 50
El general Roca	»	0:40



GODOFREDO DAIREAUX

Comedias Argentinas

CRISIS DE PROGRESO

Comedia en tres actos

AVES DE PRESA

Comedia en tres actos

CAUDILLEJOS

Comedia en tres actos

BUENOS AIRES
PRUDENT Hnos, MOETZEL & Cia.
EDITORES
721 VICTORIA 727
M DCCCC IX

A mi querido amigo

Roberto J. Payró

AL LECTOR

No busques, ó lector, en los recovecos de tu memoria, en que teatro «nacional» han sido representadas las tres comedias netamente «nacionales» así mismo, que ofrezco aquí, no como presa para tu espíritu de crítica si, desgraciadamente para mí y para tí, lo tienes, sino como liviano alimento para las ganas que puedas tener de pasar una hora de entretenimiento.

He querido sencillamente decirte porque las escribí, porque no han sido representadas y porque las junto en este volumen.

Escribí la primera, *Crisis de Progreso,* alentado por las esperanzas de victoria que en mi alma ingenua de debutante, — la edad nada hace al caso, — hicieron brotar las promesas de un concurso dramático, al parecer seriamente organizado.

Lo mismo que para el comer.... y para el rascar, para escribir comedias, según parece, no hay más que empezar; y como todavía faltaba más de un mes de plazo para entregar al jurado las obras, agregué á la primera: *Aves de presa.*

Pasaron los meses antes que se diesen á conocer á los interesados los primeros resultados; pero cuando el mismo núcleo de personas serias orga-

nizó un segundo concurso, habiendo podido ver ya que mis dos primeras comedias no estaban todavía entre las eliminadas, me atreví á escribir otra: *Caudillejos,* para ese nuevo concurso.

Pasaron dos años, no exentos por supuesto, para los candidatos, de angustias y de emociones, más intensas de lo que hayan podido creer, quizá, los mismos miembros del jurado. Por fin, se publicó la lista de las elejidas para la escena; hasta se publicó una lista de las premiadas y mi corazón latió anchamente al ver que allí figuraba en buen rango: *Crisis de Progreso.*

Aves de presa quedaba eliminada, pero me consolé cuando, despues de haber asistido, lleno de las buenas disposiciones que dá el éxito asegurado, á la representación de varias piezas, generalmente comedias «dramáticas», de mis competidores, me cercioré, volviéndola á leer, que siquiera no pertenecía ella, como todas aquellas, sin excepción, al género condenado por Sarcey: el género aburrido, aburridísimo, podría decir.

Quizá sea por esto, ¿quien sabe? que no me alcanzó siquiera la satisfacción de ver representada *Crisis de Progreso.*

Murió por fin, después de enfermiza vida, el llamado Concurso Dramático, aplastado por el mismo número verdaderamente exorbitante de 165 piezas presentadas al jurado; tambien, según dicen, algo enredado en intrigas diversas, dificultades financieras, competencias artísticas, celos amorosos y demás pasiones parasitarias que nacen, crecen y florecen, según aseguran, entre bastidores, hongos peculiares de la flora pintada en bambalinas.

Quise entonces saber si realmente eran comedias

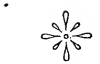
las que había escrito y las comuniqué á varias personas entendidas en la materia.

Permitido sea á mi modestia reservar los juicios que de ellas hicieron y cuya parte elogiosa me pareció algo exagerada. No me hago ilusiones: así lo exigía la cortesía; pero bastaron, sin embargo, para alentarme á publicar en un libro estas tres comedias, cuyo principal mérito será, para el público argentino, de ser de temas puramente argentinos, punto que hasta hoy, fuera de bien pocas excepciones, han dejado demasiado á un lado nuestros autores dramáticos, á pesar de su afán en crear el teatro nacional, ó por lo menos, en hablar de ello.

Y quizas, así, con el tiempo, les llegue también el día de las candilejas, cuando del Conservatorio Labarden, padrino de ellas, aunque no quiera, con su bendito concurso, hayan salido para el teatro nacional, actores nacionales que se junten en elenco selecto para representar obras nacionales escogidas, en vez de desparramarse en gavillas heterogéneas, para representar malas adaptaciones de piezas extranjeras de dudoso valor.

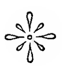
G. D.

29 Abril de 1909.



Crisis de Progreso

Comedia en tres actos



PERSONAJES

PEDRO MARTÍN,	48 años	—Tendero, extranjero pero desde muchos años en el país.
ROBERTO DELMONTE,	28 »	—Corredor, busca-vida. Argentino; más bien algo pequeño y delgado.
ALBERTO PONCE,	28/30 »	—Agricultor. Argentino; más bien alto y fuerte.
GUILLERMO DURÁN,	28/30 »	—Empleado de Martín, después corredor; extranjero, rubio, flacucho.
MANUEL OTERO,	50 »	—Escribano. Argentino.
JUAN IRIARTE,	40 »	—Propietario. Argentino.
ECHEVERRY,	55 »	—Hacendado. Vasco, campesino.
ARTURO,	22 »	—Dependiente de Delmonte.

Un INSPECTOR de la tienda de Martín.

1er DEPENDIENTE.

2o DEPENDIENTE.

ANITA,	22 años	—Hija de Martín.
JULIA,	42 »	—Esposa de »
DOÑA ANTONIA,	35 »	—Parroquiana de Martín.
DOÑA HERMINIA,	30 »	— » » »
SRA. DE LA PRESA,	30 »	— » » »
DOS CLIENTAS.		» » »

PERSONAJES MUDOS

DEPENDIENTES, CLIENTAS Y CAJERO.

En Buenos Aires de 189.... á 190....



ACTO PRIMERO

LA TIENDA DE MARTÍN.—Tienda de géneros y novedades, modesta; percales colgados en la puerta abierta del fondo que dá á la calle. De cada lado de la puerta, vidrieras á la calle; estantes no muy guarnecidos; cajas de cartón, algunas piezas de género. Limpio todo, pero más pobre que lujoso. Se ve pasar gente por la calle; poca, y casi no se para. A la izquierda un mostrador; por detrás, estantes y una puerta para el depósito; tres sillas ordinarias para los clientes. Á la derecha, otra puerta que dá á las habitaciones de la familia de Martín. Contra la pared, un escritorio comercial; libros de comercio encima, etc., etc.

ESCENA I.

DURÁN.—Está arreglando un estante, con una escalera; baja varias cajas, las pone en el mostrador; las sacude con el plumero. Las vuelca una por una; contienen, la primera, algunos restos de piezas de cinta verde, de puntilla, de géneros; las demás no contienen nada.

DUR. Cuatro piezas de cinta, empezadas; todas verdes; dos piezas de puntilla, cinco metros de pana ¡que surtido! ¡Ah! *(lee la etiqueta)* veinticinco metros terciopelo negro. Esto, siquiera, vale algo. *(Abre la caja)* ¡Vacía! Está fundida esta tienda. ¿Para que necesitarían un dependiente? *(Vuelve á colocar las cajas en los estantes. Sacude los géneros con el plumero. Examina los estantes).* Bramante, uso doméstico, merino negro, género para vestidos, percal de color, muselina; algo es algo, pero no creía yo que la conocida tienda de Martín fuese tan pobremente surtida.... ¡El patrón!

ESCENA II.

Dicho, MARTÍN (viene de la derecha).

MAR. Buenos días.
DUR. Buenos días, señor.
MAR. ¿Limpió un poco los estantes?
DUR. Sí señor.
MAR. ¿Empieza á saber donde están los artículos?
DUR. Si señor.
MAR. ¿No vendió nada?
DUR. No entró nadie, señor; ni un gato.
MAR. ¡Oh! no es extráño; los negocios andan como el diablo. Parece que nadie tiene un peso. No se vende casi nada, y lo que se vende se va todo en gastos ¡Que país éste! *(Con desaliento)*.

ESCENA III.

Dichos, Doña HERMINIA (muy elegante).

HER. Buenos días, Don Pedro.
MAR. *(Zalamero)*. Servidor de V. señora. Tome V. asiento. ¿Cómo está V.? ¿la familia?
HER. Bien, bien, gracias, Don Pedro. ¿Tiene V. cinta?
MAR. ¿De seda?
HER. Si, de seda.
MAR. ¿De que color?
HER. Veamos lo que tiene.
MAR. Baje Vd. la cinta de seda.
DUR. *(Sube en la escalera y saca la caja de las cintas verdes)*. Aquí está.
MAR. *(Detrás del mostrador; abre la caja)*. Aquí tiene, señora; muy linda cinta, cinta muy linda; de primera calidad. Es de gró, garantido.
HER. ¿No tiene de otro color?
MAR. ¡Oh! pero esta es muy buena, muy linda, señora, ¡mire que brillo, que clase tan rica!
HER. Es cierto, si. Pero hubiera querido más bien de otro color, sabe: celeste, punzó, amarillo, en fin, que no fuese verde.
MAR. *(á Durán)*. ¿Oye? baje Vd. las otras cajas.

DUR. Es que se nos ha acabado la cinta, patrón. Es la única que queda.
MAR. ¿Está seguro? ¡caramba! ¡cuánto siento! Pero, mire, señora, esta es de un verde precioso.
HER. ¡Pero que Don Pedro éste! si justamente no quiero verde. Bueno; será para otra vez.... cuando necesite cinta verde.

ESCENA IV.

Dichos, menos HERMINIA.

MAR. Es una broma, ¡caramba! una clienta tan buena; siempre paga al contado, y no se fija en los precios. Sólo que es un poco caprichosa. Cuando no quiere una cosa, no hay quien se la haga tomar.
DUR. He visto, si; no ha habido forma de hacerle llevar cinta verde. ¡Que cosa!
MAR. ¿Qué quiere? así son.
(Doña Antonia mira, toca los percales que cuelgan en la puerta).

ESCENA V.

Dichos, ANTONIA (mal vestida, pretenciosa, arrogante).

ANT. ¿Cuanto vale este percal?
MAR. Último precio para Vd., Doña Antonia, sesenta centavos.
DUR. *(á Martín)*. Patrón, es el de cuarenta.
MAR. *(con intención)*. Para V., he dicho; que para cualquiera otra....
ANT. Sí, sí, ya sé. A mí siempre me vende más caro que á nadie. Pero no importa. Póngame diez metros.
MAR. *(á Durán)*. Corte diez metros. *(á Antonia)*, y dígame, señora, no me podría dar algo á cuenta; mire que mucho necesito. Los negocios andan mal.
ANT. No puedo, este mes, Don.... pero el mes que viene, le voy á poder saldar la cuenta.
MAR. Es que siempre me promete Vd. y nunca me cumple.
ANT. ¡Oh! ¡pero su plata está segura!
MAR. Sí, pero ¿que hago con esto?

ANT. ¿Qué quiere? Juan está empleado en la Municipalidad y hace dos meses que no lo pagan. Parece que los impuestos no se cobran, y todo anda mal, naturalmente. Me mandará á casa el percal, no.

MAR. Bien señora. Servidor de Vd.

ESCENA VI.

Dichos, menos ANTONIA. (DURÁN arregla, limpia, escucha).

MAR. Y así es; los que pagan no compran, y los que compran no pagan. ¡Que crisis! Estoy sin surtido; pedir crédito ya es inútil ¡y plata! ¿de donde saco? ni para el alquiler.... ¡Ay! justito; ahí viene el sanguijuelo.

ESCENA VII.

Dichos, IRIARTE (meloso).

IRI. ¿Se puede? ¿no lo molesto, Don Pedro?

MAR. Adelante, Don Juan, adelante.

IRI. Buenos días, señor Martín. ¿Como siguen esos negocios? ¿Se vende mucho? ¿Se gana dinero?

MAR. ¡No me hable, hombre! Como para mandarlo todo al demonio. Parece que ya nadie necesita nada. Dígame, señor Iriarte, ¿á que atribuye V. esta crisis tan prolongada y tan recia?

IRI. ¡He! muchas cosas, señor, muchas cosas. *(Algo misterioso).* No hay confianza. El partido principista, dicen, está preparándose. Se habla de una próxima huelga general en el puerto, lo que naturalmente paraliza los negocios de exportación. Calculan que esta cosecha vá á ser muy inferior á la del otro año. Los precios de la lana amenazan bajar. Hay una dificultad internacional en perspectiva, por un bandido á quien mató la policía boliviana y que, según asegura un diario de la oposición, era ciudadano argentino. El presupuesto está en déficit y, así mismo, no se habla de economías; y por fin, he sabido, me han asegurado por lo menos, y personas muy al

corriente, *(misterioso)* que el General está disgustadísimo.

MAR. ¡Caramba! pues estamos bien.

IRI. Vd. comprende que en estas condiciones, los bancos cierran el crédito y, de allí, la crisis. La bolsa está muerta, fundida. No hay operación posible. Uno que otro pasesito se puede hacer, al 24, 30, 36 %, pero es muy peligroso. ¡Ah! son tiempos crueles.... *(Un tiempo; Martín parece muy pensativo).* Venía á ver, Don Pedro, si me podía dar algo del alquiler. Ando medio apurado, en estos momentos....

MAR. Hoy, no voy á poder, Don Juan. Estoy muy escaso; pero un día de estos, algo le daré.

IRI. Bueno, bueno; con V., ya sé que no hay nada que temer. Pasaré el lúnes próximo, ¿quiere?

MAR. Como guste. Dígame, Don Juan; sabe que el alquiler que Vd., me cobra es muy alto. Hay muchas tiendas desocupadas. Me han propuesto una que, como situación, es quiza mejor que ésta, y me piden doscientos cincuenta pesos en vez de los trescientos de la nación que le pago á Vd. ¿Qué le parece? Don Juan, ¿Me mudaré?

IRI. *(asustado)* ¡No! hombre, ¡no! ¡No vaya á desocuparme la casa!

MAR. Pero....

IRI. Bueno, le rebajaré veinticinco.

MAR. No, Don Juan, rebaje los cincuenta.

IRI. ¡Me matarán! ¡Que crisis, señor!

MAR. La demanda y la oferta ¿que quiere Vd.?

IRI. Bueno, pero con condición que V. me pagará con más regularidad.

MAR. Sí, Don Juan, sí. Aunque siempre le he pagado bien, pues algunos días de demora, ahora, no son nada. Entonces, ¿convenido?

IRI. Convenido. *(A parte).* Ya tengo seis casas desocupadas; no faltaría más que tambien se me fuese éste.—Bueno, adios.

ESCENA VIII.

Dichos, JULIA (está con delantal de cocinera; se limpia los dedos).

JULIA ¡Ah! señor Iriarte! ¿Sabe que se llueve en la trastienda? Tenemos, á cada aguacero, que mudar de sitio la cama.

IRI. ¿Porque no la dejan donde no se llevue?

JULIA Pero taparía la puerta, Don Juan.

MAR. ¿Lo hago componer yo, ó mandará V. á su albañil?

IRI. Mandaré, mandaré yo. Quiero, señora, que mis inquilinos estén siempre á gusto, y V. especialmente.

JULIA Gracias, señor. ¡Cuanto antes! *(sin dejarlo salir)* y ¿no se podría dar una mano al frente?

IRI. ¡Oh!

JULIA ¿No vé que está muy feo, muy sucio?

IRI. ¡Oh!

MAR. Realmente, no sería demás.

IRI. ¡Oh!

MAR. La casa que me ofrecen por doscientos cincuenta pesos, me la ponen nuevita.

IRI. ¡Oh!.... Bueno, *(suspirando)* también se lo haré. ¡Me matarán!

ESCENA IX.

Dichos, menos IRIARTE.

JULIA Si no aprovechamos ahora, nunca conseguiremos nada de este hombre.

MAR. La verdad es que me admiro haberlo encontrado tan blando.

JULIA Y ¿Como no va á ser? no ves que por todas partes, hay casas y tiendas con papelitos.

MAR. Es cierto. Bueno; tiempo es que yo me vaya á lo de Carvallo, á ver si me renueva la letra de fin de mes, pues no se la podré seguramente abonar.
(á Durán) Guillermo, váyase V. á almorzar, y, de pasada, deja V. ese percal en lo de misia Antonia, Alsina 720.
(á Julia) Dile á Anita de quedarse en la

tienda. No voy á estar ausente mucho rato; y por la gente que viene.... *(sale)*.

DUR. *(arreglando el paquete)* ¡Y esto es lo que, hoy, llaman una casa de primer orden! *(sale)*

ESCENA X.

JULIA, ANITA.

JULIA *(llamando)* ¡Anita!

AN. *(viene con un pañuelo que está bordando)*. ¿Mamá?

JULIA Dice tu padre que te quedes en la tienda. Lo mismo puedes trabajar aquí, y si alguien viene, me avisas.

AN. ¡Oh! bien puedo despachar yo, mamá, y no sé porqué papá ha tomado un dependiente; casi podríamos pasarlo sin él.

JULIA Habría sido difícil; siempre se necesita alguno para la limpieza y los mandados; y ya sabes que aquí no ha entrado todavía del todo la moda de que las mujeres estén detrás del mostrador.

AN. Mal hecho; pues para vender géneros á mujeres, más valdríamos nosotras que esos zánganos zalameros y tontos que bien podrían ir á sembrar papas.

JULIA ¿Feminista habías sido?

AN. No tanto; pero si las mujeres no miran por sí, no sé lo que pronto será de ellas.

JULIA No deja de ser algo cierto y ya que los hombres se vuelven tan calculadores y aprovechadores, no es malo que las muchachas estén sobre aviso, ¿y Roberto? ¿qué dice?

AN. ¿Delmonte? siempre rondando; entra, sale, me mira, conversa con papá; conmigo, de vez en cuando. Dice pavaditas, pero no se.... destapa. Me gustaría bastante;.... pero no me parece muy serio. ¿Quién sabe, por lo demás, si viene para mí?

JULIA ¿Y para que quieres que venga?

AN. Para.... pechar á papá.

JULIA ¡Que esperanza! y á más el momento no sería de los mejores.

AN. En los buenos momentos se piden pesos; en los malos, centavos.

JULIA ¡Pero esa niña había sido tremenda!.... ¡Miren nosotras! en mis tiempos, bastaba que uno nos mirase de cierto modo para hacernos quedar quedas. Cuando me festejaba Martín, él me habría hecho creer lo que hubiese querido. Las niñas de hoy no son así....

AN. Mamá, las niñas de hoy han visto muchas cosas que Vds. no habían visto todavía; su vida se deslizaba, según me has contado tú misma, sin sobresaltos, sin inquietudes, sin necesidades, casi. El lujo era desconocido; ricos y pobres vivían más ó menos del mismo modo; raras veces, sucedían esos cambios repentinos que ahora levantan y voltean fortunas, en un abrir y cerrar de ojos. Hoy, á cada rato, vemos esos terremotos y aprendemos á tenerles miedo. Para evitarlos en lo posible, lo mejor, para una niña, es, primero, hacerse una posición independiente y, cuando venga el caso, elegir bien á su marido.

JULIA *(asombrada)*. De modo que hoy son las niñas las que eligen á sus maridos.

AN. Las niñas de mi edad,—mira que voy á tener 22 años,—bastante inteligentes para no dejarse dominar por su corazón, sí. No digo que no dejen á la inclinación, al.... amor su parte, pero no al punto de dejarse enceguecer. No puede ser lo mismo darle á uno su mano para ir al Registro Civil como para ir á bailar un vals.

JULIA Pero, díme, ¿dónde has aprendido todas esas cosas, que me dejan pasmada?

AN. En la Escuela Normal.

JULIA En la.... ¡en la Escuela Normal!

AN. Claro; enseñándonos literatura, ciencias, filosofía, nos enseñan á pensar; y pienso....

JULIA Pues yo.... *(tomando olor)* ¡Ay! se me está quemando el guiso. *(Dispara para la cocina)*.

ESCENA XI.

ANITA, después DELMONTE.

AN. *(Bordando)*. ¡Pobre mamá! Cocinando para economizar treinta pesos y soñando con puros teatros, toilettes y paseos.

(Entra Delmonte, muy sencillo y pobremente vestido; saluda respetuosamente),

DEL. Señorita, muy buenos días. Trabajando siempre?

AN. Pasando el tiempo.

DEL. ¿Su señora madre está buena?

AN. Muy buena, gracias.

DEL. ¿Su señor padre no está?

AN No. Salió. ¿Lo necesitaba?

DEL. No, precisamente. Saludarlo, no más, de pasada. ¿Qué está haciendo V. ahí, señorita? ¿bordando?

AN. Sí.

DEL. Precioso trabajo. Preparando alguna sorpresa para el señor Martín, seguramente.

AN. No ¿no vé que son una jota y una ce?

DEL. No me había fijado.

AN. Son pañuelos para don José Carballo, el banquero.

DEL. ¡Ah! ¿para....? Debe ser trabajo muy bien remunerado, ¿no? es una verdadera obra de arte.

AN. ¡Oh! demasiado sabe Vd. que los trabajos de mujer muy poco producen.

DEL. Es cierto, desgraciadamente. Pero V. los hará de aficionada; pues su señor padre gana bastante dinero para no permitir que su hija se eche á perder la vista por algunos pesos.

AN. Mi padre me permite trabajar para mí, señor Delmonte. Dice que el trabajo y la economía aseguran la independencia.

DEL. ¿Y V. aspira á ser independiente?

AN. En cuanto sea posible.

DEL. ¿No piensa V. en casarse algún día?

AN. ¿Como no? Pero aún para casarse, y aún casada, no me parece indispensable depender

de nadie. Nunca sabe una las vueltas que tendrá la vida, y es bueno tener á mano los medios de salvarse, en caso de naufragio.

DEL. ¿Pero no tiene V. diploma de profesora normal?

AN. Sí, pero mi padre me necesitaba para atender su contabilidad; mi madre estaba muy sola y resolví acompañarlos.

DEL. V. hubiese podido conseguir con su título muy buena situación.

AN. ¿Quién sabe? el título es poco sin las recomendaciones, sin.... las cuñas, como dicen. Por lo demás, no me siento mayor vocación para la enseñanza; y siempre será tiempo de apelar á ella como último recurso.

DEL. Es que para casarse, por ejemplo, hubiese sido una gran ayuda.

AN. ¿Para quien?

DEL. Para.... ¡Ah! ¿lo que busca V. entonces, es un marido rico?

AN. Yo no busco á nadie. ¡Que me busquen! y ya veremos. Lo que quiero es un hombre inteligente, serio y constante en su trabajo; capaz, en una palabra, de mantener á su familia, y si también ya fuera rico, mejor; pero esto es casi lo de menos.

DEL. ¡Caramba! Señorita, será difícil hacerse querer de V., por esos tiempos de crisis.

AN. ¿Sería V. candidato?

DEL. No me atrevo, ya.

AN. ¿Porqué?

DEL. Soy muy pobre.

AN. Trabaje.

DEL. Trabajo, pero no se prestan los tiempos.

AN. Es cierto que los negocios andan mal; pero pueden cambiar, y creo que hay que estar alerta.

DEL. Parece V. muy al corriente de la situación.

AN. Sí. Aquí vienen á conversar hombres de negocios. Escucho y me instruyo.

DEL. ¿Y piensan en algún cambio favorable?

AN. Algunos, sí; y los que mejor lo pueden saber. Hasta creen que muy pronto tendremos un gran movimiento de negocios.

DEL. ¿De veras?
AN. ¡Palabra! Aproveche V. el dato.... ¡candidato!
DEL. ¡Señorita!.... ¿me atreveré?
AN. ¡Claro! ¿Porqué no?
DEL. ¿No habrá fraude en la elección?
AN. No, pero ya sabe las condiciones.
DEL. *(Le besa la mano)*. ¡Anita! ¡Entreveo el cielo y lo conquistaré!

ESCENA XII.

Dichos, MARTÍN.

MAR. *(Sorprende el gesto)*. ¿Declaración de amor?
AN. Sí, papá, y tratado de comercio.
DEL. Mercurio dictando sus condiciones á Cúpido; *(á parte)*. No será fácil de arrear, la chica; pero me ayudará el padre. *(á Martín)* ¿No lo toma V. á mal? señor Martín.
MAR. No, mi amigo, *(le dá la mano)*. Anita es absolutamente dueña de disponer de su persona, y confieso que su elección....
AN. Condicional.
MAR. Condicional, me es absolutamente simpática. ¿Y se pueden conocer las condiciones?
AN. Sí, papá; inteligencia, seriedad y constancia en el trabajo.
MAR. No está mal; y no tengo duda de que cumpla V. con ellas. Si en algo le puedo ser útil para ayudarle, cuente V. conmigo.
DEL. Mil gracias, señor Martín. No faltará la ocasión. *(á parte)* Le venía á pedir veinte centavos para el tramway; ahora, decentemente, no puedo. *(Saluda)* Señorita, señor.

ESCENA XIII.

Dichos, menos DELMONTE.

MAR. Es buen muchacho, inteligente, no hay que hacer, pero serio, no sé; y constante, lo dudo. Arrivista, sí; de los que por cualquier medio llegan, pero que también pronto caen y no siempre se vuelven á levantar.

AN. Veremos, papá. Casarse es cosa grave.

MAR. ¿Qué muchachas las de ahora!.... ¿y Guillermo no volvió?

AN. Todavía no.

MAR. ¿Todavía, no? pues señor. ¿Almorzará en el Sportman? ese. ¿Vendiste algo?

AN. Pero papá, si no entra nadie, siquiera.

MAR. ¡Qué situación! y así mismo aseguran que se vá á componer. El mismo Carvallo me lo acaba de decir; me renovó la letra sin la menor dificultad; lo que sí, al 12 por ciento. Pero, se comprende; el dinero es escaso todavía, y hasta me ofreció nuevos adelantos, pero para de aquí algun tiempo. Está convencido de que el país está por entrar en una era de prosperidad inaúdita. Puede ser. Por lo que es ahora....

AN. ¡Oh! si Carvallo lo dice, debe de ser cierto.

ESCENA XIV.

Dichos, OTERO (sencillamente vestido; de chambergo).

OTE. *(Al entrar, oyó las palabras de Anita)* ¿Cómo dices? Anita ¿y esa perspicacia....? Dí más bien que sabe él porque lo dijo. Pues Carvallo, — que mienta ó diga la verdad, y según á quien, — nunca miente de puro gusto, ni dice la verdad por pura virtud. Y ahora, despues de darles los buenos días, quizás un poco tarde, ¿se puede saber de que se trataba?

MAR. Decía que Carvallo me acababa de asegurar que íbamos á entrar en un período de gran prosperidad.

OTE. ¡Hombre! podría ser muy bien. Siento en mi escribanía algo más de movimiento. La propiedad no ha subido; pero, ya no es la paralización de los meses pasados. Algo, siquiera, se vende. Son liquidaciones de terrenos comprados en otros tiempos, largados hoy á precios bajos, pero que por fin encuentran quien cargue con ellos, y ésto es buena seña. En

mi larga actuación como escribano, lo he podido comprobar varias veces.

MAR. Pues ya que Carvallo me ha dicho la verdad, explíqueme ahora porque me la dijo, y con que intención me habrá ofrecido dinero, para de aquí algún tiempo.

OTE. ¡Hombre! fácil es suponer que, poseedor, como lo es, de terrenos inmensos, tomados en pago, desde varios años, de todos sus deudores morosos ó dudosos, vé llegado el momento de preparar su realización; y trata de formarse, al mismo tiempo que una atmósfera propicia, una clientela de compradores, entre la gente de plata.

MAR. Pues, bien sabe Vd., mi viejo amigo, que no soy yo hombre de plata. Mi negocito, que antes andaba regular, hoy anda más bien mal, lo mismo que todos los demás.

OTE. Bueno, pero V., es negociante conocido, de buena fama y de regular crédito. Que renazca la prosperidad y se va arriba otra vez. Carvallo se guía por su propio interés, haciéndole ofrecimientos; pero no por esto, son de despreciar éstos. Piénselo. La propiedad está muy abatida; pero puede muy bien pegar, como siempre, en nuestro país, un salto grande; y asentársele firme en los lomos antes que se vuele, es el verdadero medio para irse á las nubes.

AN. ¿Le parece? padrino.

OTE. Como no. Pero sin esperar, para montar, que haya pegado el brinco, pues entonces no se alcanzan más que las coces. Lo mismo no quedarse en las nubes, buscando la luna, cuando sea tiempo de bajar, ó sino, de repente desmontado, se aplasta en el suelo. Audacia y prudencia.

AN. Díme, papá. ¿Porqué no le das una recomendación, á Roberto para Carvallo?

MAR. ¿Para?

AN. Para ayudarle; se lo prometiste; y creo que para ambos sería, en el momento actual, de mucho provecho que se conocieran.

OTE. ¡Hé, hé! ¿Estamos protegiendo á la juventud.... masculina?
AN. ¿Hago mal? padrino.
OTE. No, hija; y hasta me parece que es esta una clase de feminismo muy plausible. Ayúdame; que te ayudaré y Dios nos ayudará.... á juntarnos. ¿No es así?
AN. No digo que no, del todo.

ESCENA XV.

Dichos, DURÁN.

MAR. ¡Por fin! Vuelve V. ¿Almorzó bien?
DUR. No tuve tiempo, señor.
MAR. ¿Como, no tuvo tiempo?
DUR. No, señor; tenía que ir al Banco, á hacer un depósito, y me detuvieron mucho tiempo.
MAR. ¿Un depósito? ¿para V.?
DUR. Si señor.
MAR. ¿Es V., capitalista?
DUR. ¡Oh! no señor. Pero coloco en el Banco de la Nación mis pequeñas economías.
OTE. Y, despues negarán que existe el ahorro argentino.
DUR. Yo soy extrangero, señor.
MAR. Bueno, yo tambien, pero lo mismo dá. ¿Y que piensa hacer con sus economías?
DUR. Comprar, algún día, una casita, señor. Vivo con mi madre y mis dos hermanas, y los tres trabajamos con esa única idea.
OTE. ¿Y porque no la compra ahora, que la propiedad vale poco?
DUR. No nos alcanza, señor. Todavía tenemos muy poco: 1632 pesos.... en tres años de América.
OTE. Pero esto se puede arreglar. No se paga todo al contado; se apela al crédito.
DUR. ¡Eh! para nosotros, señor, el crédito es camisa de once varas, ¿no le parece?; ¡y somos tan pequeños! Mejor esperar y seguir trabajando.
OTE. *(á parte)*. Es cosa particular como el ahorro, de por sí tan recomendable, es torpe, en general.

ESCENA XVI.

Dichos. En la puerta derecha, aparece JULIA, sudando, cansada.

MAR. Caramba, y ¿no almorzamos hoy? ¡mujer!

JULIA Ya pueden venir. Está el almuerzo; se me había quemado el guiso; y tuve que hacer otro. ¿Como está, compadre? Gusta acompañarnos?

OTE. No, misía Julia, no, gracias. Cuando V. tenga cocinera; pronto vá á ser; Martín está cavilando; debe de haber encontrado algún medio de hacer fortuna. Asiéntesele fuerte á la propiedad, compadre, que está por volar. Carvallo no es tonto. Adios y buen provecho *(Sale á la calle, los otros á la habitación).*

ESCENA XVII.

DURÁN *(solo)* saca un pancito y queso de sus bolsillos, come, y pasa la cabeza por la puerta del depósito para tomar agua con la boca, de una canilla).

DUR. Cinco centavos de pan, diez de queso del país, un buen trago de agua... sin filtrar, y tres pesos de apetito; en resumidas cuentas, no es tan poca cosa mi almuerzo. Lástima que no se puedan poner los tres pesos de apetito en el Banco.

ESCENA XVIII.

DURÁN, DELMONTE.

DEL. ¿No está el patrón?

DUR. Están todos almorzando.

DEL. *(á parte).* ¡Felices ellos! Dígame, señor; soy íntimo amigo del patrón; pero no lo quiero molestar; me olvidé la cartera, y estoy sin un centavo, absolutamente. ¿Me podría V. facilitar veinte centavos? es para el tramway, para ir á mi casa. Se los devuelvo esta tarde.

DUR. Si, señor, como no. *(Toma en su bolsillo).* ¿Quiere más?

DEL. Bueno, déme cuarenta. De todos modos....

DUR. Aquí están.

DEL. Mil gracias. Esta misma tarde....
DUR. Cuando guste.
DEL. Hasta luego *(se vá)*.

ESCENA XIX.

DURÁN, después: Señora DE LA PRESA.

DUR. Mozo simpático. (*Limpia estantes*).
SRA. (*Toca el percal colgado y mira bien adentro, antes de entrar*). ¿Cuánto vale este percal?
DUR. Cincuenta centavos, señora.
SRA. ¡Qué caro! y cuarenta no serìa lo mismo.
DUR. No puedo, señora. Vendemos á precio fijo, y es muy buen percal, muy barato, á ese precio.
SRA. Bueno, déme (*suspicaz*) cinco metros. ¿Y esa puntilla?
DUR. Un peso el metro.
SRA. Muy cara. ¿No tiene más barata?
DUR. Si señora; pero no será tan buena.
SRA. Tiene razón (*criando confianza*). Déme veinte metros de esta misma
DUR. ¿Qué más, señora? no necesita V., merino, muselina, una pieza de bramante?
SRA. ¿Tiene bramante cocodrilo?
DUR. Si, señora, cinco cincuenta.
SRA. Bueno, póngame dos piezas.
(Se oye la voz de Martín que dice:)
MAR. Á ver ese café, de una vez, mujer, que tengo que hacer.
(Movimiento de inquietud de la clienta).
DUR. ¿Y nada más, señora?
SRA. (*Apurada y en voz casi baja*). No, llévеme todo esto, Chile 153. Esta tarde, sin falta, con la cuenta. Allá, se la abonaré. Señora Filomena de la Presa.
(Se oye ruido en el comedor).
Adios. (*se vá*).

ESCENA XX.

DURÁN, MARTÍN.

MAR. ¿Ha vendido algo?
DUR. Si patrón. Una cosa de treinta y tantos pesos.

MAR. ¿Pagaron?
DUR. Hay que llevar á domicilio. Allá pagarán?
MAR. ¿Donde es?
DUR. Chile 153. Señora de la Presa.
MAR. No conozco. En fin, no importa. V., llevará los efectos y sólo los dejará si le pagan. En ese tiempo de crisis y de penurias, no hay que fiarse de nadie.
DUR. ¡Oh! no tenga V. cuidado, patrón. Tengo el ojo abierto. ¿Llevaré ahora mismo?
MAR. Bueno, hay poco que hacer; y vuelva pronto.

ESCENA XXI.

MARTÍN.

MAR. Parece bueno, ese muchacho, trabajador, honrado, y, lo que más me gusta, económico; son tan pocos, hoy, los que no juegan en las carreras todo lo que ganan.... y lo que roban. Es cierto que también he conocido á algunos que robaban.... para la caja de ahorros. (*Se sienta al escritorio*).

ESCENA XXII.

Dicho, DELMONTE.

DEL. (*Satisfecho; á parte*). ¡Que rica leche! ¡Que buen pan! ¡soy otro hombre! Cuarenta centavos, es poca cosa; cualquiera los tiene en el bolsillo; pues bastan para hacer de un desgraciado, un hombre feliz; sobre todo que no alcanzan para costear una indigestión.
Buenas tardes, señor Martín. ¿No se le ofrece nada?
MAR. Sí, justamente. ¿V. se ocupa de corretajes? no?
DEL. Si, señor: corretajes y comisiones de todas clases; venta de propiedades, préstamos, hipotecas, retroventas y descuentos. Desgraciadamente, no hay quien compre, no hay quien preste, no hay quien se mueva, ni se interese en hacerme mover, para hacerme ganar siquiera una miserable comisión.
MAR. Pues, le voy á dar una recomendación para

el señor Carvallo. Creo que él necesita, en este momento, de corredores activos y hábiles, y puede ser que sea para V. una ocasión única (*anota una tarjeta*).

DEL. ¡Cuanto le agradezco! señor Martin; y le prometo que haré todo lo posible para hacerme digno.... de lo que V. sabe.

MAR. Veremos si Cúpido inspira á Mercurio (*le dá la tarjeta*).

DEL. ¿Y no sabe V. más ó menos, de que clase de negocios se trata?

MAR. Creo que de operaciones de tierras.

DEL. ¡Ah! ¡bravo! ¡tanto que me gustan!

MAR. Y eso que vamos á tener en la propiedad movimientos como para hacer fortuna en un año, en un mes. Ya los tuvimos en otros tiempos; no los supe aprovechar. Podría ser dueño, señor, de esta misma casa que ocupo. ¡Cuando me acuerdo que hace apenas diez años, me la ofrecieron por quince mil pesos! no quise. ¡Que barbaridad!....

Es cierto que no tenía plata; pero con todo.... Hoy, vale.... no sé lo que vale, cuarenta, cincuenta mil pesos.... Es cierto que no habría comprador; pero, así mismo. En fin, vaya V. amigo.

DEL. Corriendo voy, señor; y gracias.

ESCENA XXIII.

MARTÍN, DURÁN.

(Martín queda como perdido en sueños de fortuna, un gran rato).

DUR. (*Entra avergonzado, pálido. Se le acerca*). Señor.... señor.... patrón....

MAR. (*Como despertando*) ¿Qué hay?.... ¡Ah! V. es. ¡Tanto tiempo para cualquier diligencia! ¿Tuvo que ir otra vez al Banco, á hacer algún depósito?

DUR. No, no, patrón.

MAR. A ver.... ¿Cobró?

DUR. No, patrón.... no cobré.

MAR. ¿Como? ¿No cobró? ¿Y la mercadería?

DUR. Me hicieron una jugada bien fea, señor.
MAR. ¿Una jugada?
DUR. Tomó el paquete una sirvienta; entró con él en la casa, y no volvió más. Al cabo de un gran rato, golpeé y como nadie venia, entré. La casa era toda vacía, señor; era casa para alquilar. Habría salido la mujer por el fondo, lo que era fácil, según pude darme cuenta.
MAR. Pues, amigo; ¿y V. cree que voy á chuparme esta? ¡Anita! ¡Anita!

ESCENA XXIV.

Dichos, ANITA.

AN. ¿Papá?
MAR. Vas á guardar la tienda un rato, mientras voy á la Comisaría con este señor.
AN. ¿Qué hay, papá? ¿Qué ha hecho?
MAR. Si no es cómplice, no sé que digamos.
DUR. (*indignado*) ¡Oh! ¡Señor!
MAR. Un dependiente nuevo que hace una sola venta, lleva él mismo los artículos, tiene cuenta en la caja de ahorros, y vuelve sin la plata, no me parece cosa limpia.
DUR. Pero, señor; ¿V., señor, cree que lo he robado? ¿me acusa?
MAR. No sé si es V. culpable, pero lo averigüaremos.
AN. (*en voz baja*). Mira, papá; creo que más bien es tonto.
DUR. Señor, lo indemnizaré; yo soy honrado.
MAR. (*á Anita*) Sí, creo que tienes razón.... Bueno, se puede V., retirar.
(Antes de llegar Durán á la puerta, después de buscar el sombrero, se cruza con Delmonte).

ESCENA XXV.

Dichos, DELMONTE.

DEL. ¿Qué tienen todos, con esas caras?
MAR. Ese animal que se ha dejado hacer el cuento del tío, ó no sé como se llama, por treinta y cinco pesos; y lo despedí.
(Durán se vá retirando, cariacontecido, sin oir).

DEL. (*á Martín*) ¿Tiene cambio de un peso?
MAR. Sí.
DEL. Bueno, démelo, ligero.
MAR. (*Vá á la caja y le dá un peso en nikel.*) Aquí tiene.
DEL. Gracias. (*á Durán*) ¡Señor! Tome los cuarenta centavos que me prestó; y muchas gracias.
DUR. De nada, señor (*sale*).
MAR. ¿Y el peso?
DEL. ¿No se lo dí?
MAR. No.
DEL. ¡Ah caramba! es que no tengo, sabe. He dejado la cartera....
AN. (*á parte*) ¡Hum! vivo, no hay duda. ¿Serio? menos.
MAR. (*Indulgente*) ¡Ah pillo! si éste no hace fortuna, no la hará nadie. ¿Lo vió á Carvallo?
DEL. (*Con alegre emoción*). Si, patrón; si, señor; si, mi querido suegro.
AN. ¡No se pase!
DEL. ¡Oh! perdóneme, Anita.... señorita. Pero creo que, gracias á la recomendación de su padre para el señor Carvallo, pronto estaré en condición de depositar á los pies de V., con mi corazón, una fortuna.
AN. ¡Que entusiasmo! ¿Cree V. tan fácil ganar una fortuna?
DEL. No solamente una, señorita; no solamente la mia, (*tierno*) la nuestra, sino tambien la de su señor padre, la de su familia, ¡de toda su familia!

(Mientras sigue Delmonte, asoma y entra despacio Julia limpiándose las manos en el delantal, y escucha con atención).

ESCENA XXVI.

Dichos, JULIA.

DEL. (*sigue*) ¡Adios, pobreza maldita! pronto dejaremos de pedir prestados nikeles para el tramway ó para tomar un vaso de leche en la Martona. ¡Almorzaremos como la gente! ¡Comeremos! ¡cenaremos!!

AN. ¡Oh! esto de cenar, ya es mucho pedir.

DEL. La haré, señorita, este sacrificio; no cenaremos. Pero tendremos ropa nueva, con botones sin lustre, sombreros sin agujeros y botines con suela.

JULIA Pero, ¿qué ha pasado? señor Delmonte, para que V. esté tan alborotado.

DEL. Nada, señora: casi nada. Una simple converción que acabo de tener con el señor don José Carvallo, el gran banquero, el hombre genial que, á su antojo, levanta las tempestades financieras en la Argentina ó las apacigua con una palabra de sus labios, con una mirada de sus ojos, con un movimiento de su dedo.

JULIA ¿Le ha dado plata?

DEL. No señora; esa gente no dá plata.... nunca. Pero crea negocios, fomenta industrias, habilita á empresarios. Ser protegido por él es tener la fortuna en la mano, y gracias á la recomendación del señor Martín, puedo decir que, desde hoy, me proteje el señor Carvallo.

JULIA Espero entonces, que no será ingrato, y que se acordará de nosotros; pues esto de no tener cocinera.

DEL. Cuando V. entraba, señora, así lo estaba declarando, y no creo mentir al asegurar que, de aquí poco tiempo, todos nadaremos en plata.

MAR. Pero, ¿en que se basa V.?

DEL. Se lo voy á decir, pues no es secreto; y por el contrario, al encargarme ciertas transacciones, me dijo el señor Carvallo: «Autorizo á V. para decir á quien lo quiera oir, que digo yo que el país está entrando en una era de extraordinaria y duradera prosperidad. Está renaciendo la confianza. El partido principista ha aceptado una transacción, la huelga general está conjurada. La cosecha está asegurada y se presenta enorme. La cifra de

nuestra exportación será tal que la Caja de Conversión se verá abarrotada de oro, y no de oro prestado, de oro ajeno, sino de oro nuestro, argentino, ganado con nuestro sudor....» así dijo.... y agregó: «Empieza á afluir, y seguirá afluyendo la inmigración, ese elemento primordial del progreso y del enriquecimiento del país. La propiedad vá á tomar todo su valor, por el trabajo de tantos inmigrantes, y la suba será colosal; y no ficticia, esta vez, no pasajera, momentánea, como en otras ocasiones, sino decisiva, para siempre, sin baja posible».

MAR. Pero todavía no se vé nada de todo esto; y con el dinero al doce por ciento, no hay negocios posibles.

DEL. Está al doce.... para prestar; pero ya vé, los Bancos no pagan nada por los depósitos, prueba que abunda el dinero.

MAR. (*Duda*). Abunda, abunda.

DEL. Es un modo de hablar. Pero no vá á tardar. Dicen más: parece que, todo bien calculado, sale con superavit el presupuesto que acaba de votar el Congreso.

MAR. (*Admirado*) ¡No diga!

DEL. ¡Así! Más; dicen que el senado impondrá economías.

MAR. (*Admirado*) ¡Caramba! entónces si; si sale esto cierto, todo se puede creer. Pero: y ¿aquello de la dificultad con Bolivia?

DEL. Nada. Era chileno el finado. ¡Ah! otra cosa! pero, ésta, confidencial.... El General está lo más satisfecho. (*Admiración convencida de todos*).

TELÓN.



ACTO SEGUNDO

(UN AÑO DESPUÉS)

EL ESCRITORIO DE ROBERTO DELMONTE.—Pequeño pero lujoso; una mesa á parte para el dependiente.

ESCENA I.

ARTURO, jóven dependiente. Después DELMONTE.

(Arturo muy decentemente vestido, arregla en el escritorio muchas cartas. Se oye la corneta de un automóvil).

ART. ¡Ah! ya viene el patrón.

DEL. (*entra, erguido, guantes, bastón fino, copa alta, muy elegante, un enorme cigarro en la boca*). ¿Ha venido alguien?

ART. (*Dando un papel*). Un señor, del campo, al parecer. Dejó apuntado su nombre y dijo que volvería á la una.

DEL. (*leyendo*) Alberto Ponce, no conozco.

ART. Vino también Echeverry. Volverá de aquí un rato.

DEL. ¿Echeverry? ¡bravo! ¿si estará por aflojar? ¿Hay correspondencia?

ART. Si señor, bastante.

DEL. Vamos á ver.

(se sienta al escritorio, se quita el sombrero, los guantes, como para trabajar de veras. Empieza á abrir y á leer las cartas):

Eugenio Vidal. «Estaría dispuesto á comprar el campo que V. me ofreció, si me diesen un año ó dos de plazo por la mitad del importe».

¡Muy fácil! negocio hecho.
Luis Negri. «Daré cincuenta mil pesos, último precio, por la casa de la calle Cangallo». Tarde, hijito, tarde. Está vendida por sesenta.
Manuel Acevedo. «Venció ayer el plazo que le había dado para vender por cien mil pesos legua mi campo de Santa Fe. Ahora vale cincuenta pesos la hectárea». ¡Caramba! me embromé. Lo tenia en trato con Manzoni. Pero siempre son así; ven que hierven las cosas, que de un día para el otro, vuelan los negocios; que á fuerza de pesos se arrancan unos á otros la tierra, como si se estuviese por acabar y se hacen los remolones, vacilan y pierden el tren. Bien hecho, ¡que se apuren! Arturo, tome esta letra y este cheque y con el automóvil, se vá al Banco de la Nación á retirar una letra vencida. Es de cien mil pesos, V. entrega el cheque: 26.300 pesos y pico, amortización é intereses; y la letra nueva, de 75.000 pesos.

ART. Bien, señor (*sale*).

DEL. (*abre otra carta*). Manuel Fernandez: «Señor, tengo en esta ciudad una fábrica á vapor de muebles, en plena prosperidad; si, por su intervención, pudiese conseguir un préstamo de diez mil pesos, etc. etc.» Veremos.
José Dominguez. «Señor, sírvase V. anotarme por cien acciones del Puerto San Bernabé. Incluso vá un cheque por el importe de la primera cuota». ¡Lindo! así me gusta. ¿Y esta? Veinte acciones de las Minas del Dorado. ¡Bien, bien! ¿Aquella? Navegación eléctrica del Río Carapachay. Veinticinco acciones. Otra de diez; otra de cincuenta. ¡Les gusta la navegación!.... á mi también. Lo que anda despacio, es el «Ahorro Argentino». ¡Y con un título tan lindo y un bombo feroz! ¿No existirá el ahorro argentino? ó no le tendrán fé. Carvallo me echa la culpa pero es que hay tantas sociedades! No alcanza el público.

ESCENA II.

DELMONTE, ECHEVERRY (vasco, campesino; de boina y botas)

ECH. (*Se asoma á la puerta*). ¿Se puede?
DEL. Entre, Echeverry; entre, pase adelante. He sabido que ya había venido. ¿Qué se le ofrece?
ECH. Haber pensado lo que V. decía ayer sobre leguas esas dos mías. Precio poco, cuarenta mil.
DEL. ¿Poco? pues amigo. ¿Quien, sabe, hoy, si se los dan? La plaza está flojísima. Han hecho locuras en tierras y ya lo están viendo. Parece que ya nadie quiere campo. Así mismo, puede ser que todavía encuentre los cuarenta; pero me parece muy difícil.
ECH. Bueno; buscar, buscar cuarenta; si encuentra, avisar.
DEL. ¡Oh! pero así, no puedo. Me tiene que dar un papel.
ECH. ¿Un papel?
DEL. Claro. De otro modo. ¿Cómo quiere que formalice el negocio? Siempre se me irá el comprador.
ECH. No saber yo escribir.
DEL. No importa; lo hago yo y V. firma. ¿Sabe firmar?
ECH. Sí, una cruz.
DEL. Bueno, en un momento, lo hago. (*Escribe leyendo*). «Conste por el presente que vendo al señor Roberto Delmonte un campo de mi propiedad, de dos leguas cuadradas de extensión, situado en la provincia de Buenos Aires, partido de Villegas, por el precio de cuarenta mil pesos legua; me comprometo á reducir á escritura pública, en oportunidad, el presente boleto». V. firma aquí, yo acá, y de aquí muy pocos días, ya sabemos á que atenernos.
ECH. No gustar mucho á mí, no. Pero.... (*firma el papel*).

DEL. Sin esto, no se puede hacer nada. Véngase pasado mañana. Ahora mismo me voy á ocupar de V., Adios Echeverry.

ECH. Adios.

ESCENA III.

DELMONTE.

DEL. Adios, vasco exquisito, que si no me dá ese boletito cincuenta mil morlacos, no me llamo Delmonte. Si á esto no llama mi querida Anita trabajar, y seriamente, no sé como lo llamará.

ESCENA IV.

Dicho, ARTURO; después PONCE.

ART. Aquí está la letra, señor. El señor Alberto Ponce está en el vestíbulo.

DEL. Haga entrar.

(Ponce, hombre de campo, sólido, algo pesado, pero no desprovisto de modales y de cierta educación. Viste de pueblero, pero un poco á lo campesino).

DEL. Adelante, señor.

PON. Buenas tardes.

DEL. ¿Qué es lo que me vale?....

PON. Señor, necesito comprar un campo; y el señor Carvallo, que es mi banquero, me habló de V. Me dijo que seguramente me encontraría algo. Vine ya, esta mañana.

DEL. Supe. ¿Que área necesita, y en que región?

PON. Me gustaría por donde yo tengo mi establecimiento: en el Noreste de Buenos Aires ó en el Sud de Santa Fe y Córdoba. No han subido todavía mucho los campos en esas alturas.

DEL. No crea; están muy solicitados, ya piden.... y consiguen cuarenta pesos la hectárea. Tengo varios lotes de diez á veinte leguas. ¿Le convendría?

PON. ¡No! ¡que esperanza! con dos leguas me conformo. No me alcanza para más.

DEL. Esto es lo de menos, señor; cliente del señor Carvallo, recomendado por él, no le faltará dinero Los bancos no saben que hacer con la plata. Al cinco por ciento, V. encuentra lo que quiera. ¿Qué campo tiene ya V.?

PON. Una legua, no más; pero bien cultivada, toda.

DEL. ¡Y V. vacila en comprar diez? ¿No ve V., señor, que para el hombre que produce, que cultiva el suelo, no tiene límite el crédito? V. no es uno de esos especuladores que compran hoy para vender mañana. Compre diez leguas; hoy las puede conseguir todavía muy baratas: setenta, ochenta mil pesos. ¡Ochocientos mil pesos! ¿Qué son? al cinco por ciento, son apenas cuarenta mil pesos al año.

PON. ¿Le parece poco? ¿Y sabe V. lo que se necesita de capital para cultivarlas, colonizarlas?

DEL. Tambien lo encuentra.... y, despues de todo, puede vender en lotes.

PON. No dijo V. mismo que no soy especulador.

DEL. ¿Sí?. Bueno, entonces le diré que hay que serlo. El viento sopla en popa para todos los que dejan el puerto. ¡Aprovechar!

PON. Si; pero si, una vez en alta mar, se dá vuelta, zozobran muchos barcos. No soy buen marinero. No me meto. Lo que quiero, son dos leguas de buen campo y á precio abordable.

DEL. Se las encontraré. Quiza ya tenga.... ¿Dónde vive V.?

PON. En el hotel Apolo, calle Alsina.

DEL. Bien, entonces puede V. verme, esta tarde, en la tienda de Martín, calle Victoria; le queda más cerca y tengo que ir allá. ¿Sabe V. donde es?

PON. ¿Martín, el tendero? como no; somos viejos conocidos. ¿A que horas?

DEL. A las cuatro; despues de la Bolsa.

PON. Convenido; hasta luego.

ESCENA V.

DELMONTE, ARTURO.

DEL. ¡Otro flojo! ¡Comprar tierra para cultivar! ¡Que ocurrencia! ¡En vez de comprar para volver á vender! Nunca le darán el trigo y la alfalfa lo que.... á mi el boletito de las dos leguas del vasco que, justamente, parecen mandadas hacer para él. Mire, Arturo, conteste esas cartas como he indicado en el margen.

ESCENA VI.

Dichos, DURÁN (con un atado, modestamente vestido pero mucho mejor que en el primer acto).

DEL. ¡Oh! señor Durán. Adelante. ¿Cómo le vá? ¿qué me trae hoy?

DUR. Buenas tardes, señor Delmonte. Aquí le traigo unos cigarros de mi flor.

DEL. ¡A ver!

DUR. (*Abre varias cajas*). Son todos habanos legítimos y ricos. Baratos no se puede decir que sean, porque valen mucho, pero por lo que son, no son caros. Aquí tiene unas brevas como para fumar despacio, despues de una buena comida y de un día en que se ha ganado mucha plata. (*Delmonte toca, mira los cigarros en conocedor*). Estos otros son regalías exquisitos, para convidar al cliente rehacio y convencerle de que tambien él tiene que dejarse fumar. Aquellos son para fumar en la Bolsa, ó escribiendo, ó en la calle. Treinta, cuarenta y veinte la caja.

DEL. ¡Que precios!

DUR. Señor Delmonte, no se queje; ya sabe que con V. no quiero ganar mucho. Esa devolución que me hizo de los cuarenta centavos, hace un año, en circunstancias tan crueles para mí y tan difíciles para V., como supe después, me ha quedado grabada en la memoria, en el corazón.

DEL. (*Medio aparte; como soñando*). Los cuarenta centavos aquellos; si, me acuerdo. ¿Como no me voy á acordar?.... la leche en la Martona; el peso de nikel de Martín (*melancólico*) ¡Que tiempos aquellos!.... (*entusiasta*) ¡Y que tiempos los de hoy!! ¡Cuarenta centavos! ¡Cuarenta mil pesos!! ¡¡Cuarenta millones!!! V. es un buen hombre, Durán. No hablemos de la devolución que le hice de los cuarenta centavos, sinó del préstamo que V. me hizo de ellos. ¿Qué es lo que podría hacer para V.?

DUR. ¡Ah! si V. pudiese hacerme el servicio de indicarme una buena colocación para mis pequeñas economías, se lo agradecería mucho.

DEL. (*como soñando*). ¿Siempre economizando, entonces? Hormiga admirable que forma con constancia su montoncito para que cualquier transeunte, queriendo ó sin querer, se lo deshaga de un puntapié. ¿Cuánto tiene?

DUR. Cinco mil pesos, señor. He trabajado con mucha suerte; pero todo ha subido tanto que ahora veo que, para comprar la casita con que sueño, necesito cinco mil más; y como la caja de ahorro dá muy poco interés, quisiera colocar mejor lo que ya tengo.

DEL. Mire, le voy á dar un verdadero consejo de amigo, un buen consejo. Compre la casa con lo que tiene; yo mismo se la encontraré; que sea de ocho, de diez, de quince mil pesos, no importa; le proporcionaré lo que le falta y poco á poco, con su trabajo y sus economías irá pagando. Ahorrar está bien, pero él que no se crea compromisos nunca adelanta.

DUR. ¡Oh! no me tente, señor Delmonte. No sería vida; ya le dije, no sabemos más que ahorrar y esto sería especular, sería arriesgar mucho.

DEL. No arriesgaría nada, hombre.

DUR. No me animo; búsqueme otra cosa.

DEL. (*pensativo*) ¡La hormiga! ¡el montoncito!.... ¡la patada!.... (*con resolución*). Bueno, amigo, entonces, ya que es así, emplee V. su capitalito en la nueva sociedad El Ahorro Argentino,

fundada bajo los auspicios del señor Carvallo, hombre intachable que todavía nunca quebró, financista de gran valer, incapáz de meterse en un negocio que no le produzca grandes beneficios. La suscrición de acciones ya casi está cerrada; pero puede V. depositar sus fondos para ser empleados en pases de bolsa, al 2 y 3 por ciento al mes, admirablemente garantidos por valores de primer orden.... hoy, tasados muy abajo de su valor real.... futuro. Es un gran negocio; sin contar que cada mes, cobra V. si quiere, los intereses y hasta puede retirar el capital, si lo necesita.

DUR. ¿Dos ó tres por ciento mensual de interés? Esto si me gusta. ¿Pero es negocio seguro?

DEL. Cuando yo se lo recomiendo.

DUR. Es cierto, perdóneme. Es que, ¿sabe? perder ese dinero, esos pocos pesos, de que cada centavo es una gota del amargo y sagrado sudor de los seres que más quiero en el mundo, me parecería un crimen.

DEL. (*Prendiendo un grueso cigarro*). ¿Y porque los va á perder? El «Ahorro Argentino» es una invención genial. V. verá; le mandaré prospectos; son admirables.

DUR. Bien, entonces, le voy á endozar mi libretita de la caja de ahorros. Aquí la tengo.

DEL. Como guste. (*Durán se sienta y firma la libreta*).

DUR. Ahí está; y le quedo mil veces agradecido. ¿Le debo alguna comisión?

DEL. No faltaría más. Al contrario, si V. encuentra suscritores, le haré pagar yo un buen tanto por ciento.

DUR. Muy bien; buscaré. Adios señor Delmonte. Hasta luego ó mañana.

DEL. Adios Durán.... (*se vá éste*). (*Algo triste*): Queda estrenado el Ahorro Argentino; estará satisfecho Carvallo.... ¡Bah! ¡adelante!

ESCENA VII.

ARTURO (escribiendo y copiando cartas), DELMONTE (toma el sombrero, el bastón, guantes, etc.), OTERO (vestido como en el primer acto, con un sombrero nuevo).

DEL. (*á Arturo; por salir*). Volveré á las cinco. Voy á la Bolsa, y despues á lo de Martín. Si me buscan, ya sabe.... (*entra Otero*) ¡Ah! mi viejo amigo; ya me iba.

OTE. ¿Muy apurado?

DEL. Así no más. ¿Tiene alguna novedad?

OTE. Pasaba, entré. Mañana á las dos, estará Carvallo en mi oficina para firmar la escritura de venta de los dos terrenos que V. vendió por cuenta de él: el de la Chacarita y el de Liniers. ¡Dos millones y medio de pesos! Creo que, entre los dos, no le cuestan arriba de trescientos mil. ¡Que negocio!

DEL. No es del todo malo. Pero los compradores, así mismo, se van á ganar un platal. Dicen que los van á vender en seguida, en lotes.

OTE. Harán bien. Pues en estos momentos, hay mucha plata. He visto en mi vida días de especulación y de prosperidad; pero no me acuerdo haberlos visto iguales. Todos hablan de millones como si los tuvieran.

DEL. Y los van á tener, señor Otero. Todo el mundo ya los tiene en parte. Fíjese en las calles, como anda la gente. Míreme á mí comc ando, y acuérdese de como andaba, el año pasado. Creo que V. es el único que sigue vistiendo como antes.

OTE. Perdone, he comprado un sombrero nuevo.

DEL. ¡Se gana mucha plata! señor Otero, y le aseguro que agradezco profundamente al señor Martín su recomendación para Carvallo. Me ha valido ya una fortuna, puedo decir.

OTE. A mi ahijada es que debe estar V. agradecido; pues ella fué quien tuvo la inspiración de hacerlo recomendar á Carvallo por mi compadre.

DEL. ¡No diga!

OTE. Así.
DEL. Entonces mi dicha no puede ser más completa, señor Otero. V. me quita las dudas que todavía tenía de los sentimientos de Anita hacia mí. Ya que los tiene como los soñaba, voy á tratar de apurar el momento feliz de nuestro enlace.
OTE. Sea prudente. Ya sé que V., hoy, parece estar en muy buena situación y que, por otra parte, los negocios de mi amigo Martín andan á las mil maravillas, pero Anita es una persona muy juiciosa y muy correcta en sus juicios. ¿Quién sabe si se contentará con esas apariencias?
DEL. ¿Apariencias? ¿Quiere ver mi cuenta en el Banco?
OTE. No quiero ver nada. Le digo, no más; y estoy segurísimo de que Anita tendrá sobre todo esto la misma opinión que yo.
DEL. ¿Cual es su opinión?
OTE. Mi opinión es que la especulación actual será benéfica para el país, porque fomenta la división de la tierra; pero que su exageración también arruinará, como siempre, á la mayor parte de los á quienes hoy enriquecen; y tambien que, fuera de las que dá el trabajo, las riquezas, raras veces, tienen la cara muy limpia.
DEL. ¿Y no es trabjo el mío? ¿trabajo honrado?
OTE. Es trabajo, ¿como diré? de parásito, no de productor.
DEL. Pero me dá resultados; esto es lo priucipal.
OTE. No se descuide, mi jóven amigo; pues si para subir andamos con tanta velocidad, figúrese como será la bajada.
DEL. Si no hay peligro, señor Otero, no hay peligro. ¿Lo llevo en mi automóvil?
OTE. Gracias; me gusta más el tramway.
DEL. Miedoso, atrasado.
OTE. ¿Qué quiere? la edad.... y la experiencia.

LA TIENDA DE MARTÍN, como en el primer acto, pero muy lujosa; espejos; arañas de luz eléctrica; los estantes rellenos; tres ó cuatro dependientes, ocupados constantemente en arreglar paquetes, cuando no en despachar algunas parroquianas. Un peón, pero de librea, ayuda en la puerta del depósito á recibir los paquetes que se mandan á domicilio. La disposición general es igual, pero la tienda se ha modernizado; los muebles son de lujo. Hay una caja cerca de la puerta, donde se pasa á pagar.

Entran y salen casi continuamente clientas, todas ricamente vestidas; los mismos dependientes bien vestidos. Los escaparates ricamente guarnecidos. El escritorio de Martín en el mismo sitio, pero es una mesa rica con su sillón. En fin todo denota lujo, prosperidad, riqueza; en la calle mucho movimiento.

ESCENA VIII.

INSPECTOR, DEPENDIENTE, Doña ANTONIA (ricamente vestida), CAJERO. (Varios dependientes y clientas, mudos, comprando y vendiendo).

ANT. (*Al Inspector*) ¿Tienen abanicos?
INS. Si señora. ¡Vean, abanicos!
DEP. (*Se adelanta*). Abanicos ¿De que clase, señora?
ANT. Una cosa buena, para hacer un regalo.
DEP. (*Abre una caja*). Aquí tiene V. uno de márfil con blonda.
ANT. ¿Cuanto vale?
DEP. Este es de cuarenta y cinco pesos, señora.
ANT. Quisiera algo mejor.
DEP. Aquí tenemos uno de carey, con incrustaciones de oro, guarnición de Bruselas. Ciento cincuenta.
ANT. No está mal. A ver otro.
DEP. ¿Este? ciento ochenta: hermosa pieza, con pintura auténtica y firmada, de.... (*no puede leer*) Gutierrez ó Gimenez, célebre artista; muy ponderado, premiado en la exposición de Valladolid.
ANT. Me gusta más de encajes.
DEP. Aquí tiene uno precioso, señora, lo que en punto de Inglaterra, se hace de más moderno. Doscientos pesos.
ANT. Es bonito, es bonito. Me gusta. Me lo voy á llevar. Tome, cóbrese.

DEP. (*Vá hacia la caja*). ¡Doscientos de quinientos! (*devuelve el cambio á Antonia y le dá el abanico envuelto*). Señora, aquí tiene V.; mil gracias.

ESCENA IX.

Dichos, MARTÍN (entra por la puerta de la derecha, tapada por una rica cortina. De sombrero de copa; jaquet, bastón, guantes en la mano, muy paquete).

MAR. (*á Antonia*) ¡Como está V. señora? ¿Su esposo?
ANT. Muy bien, gracias. ¿La familia?
MAR. Buena, toda.
ANT. Dígame, señor Martín? ¿Cuanto le he quedado debiendo de esa cuenta vieja? ¿sabe?
MAR. ¿Como no voy á saber, Doña Antonia? Eran doscientos ochenta pesos.
ANT. Si, algo así. Bueno, tome, cóbrese. No me gusta tener deudas.
MAR. V. me hará esta justicia, señora, que nunca la fastidié.
ANT. Es verdad; y por esto aprovecho de que andamos algo ricos para cumplir con V.
MAR. ¿Ricos? me alegro.... ¿Alguna herencia? seré curioso.
ANT. No; sólo que Juan ha conseguido del Banco un descuentito; veinte mil pesos, y esto ayuda mucho.
MAR. Me alegro. ¿Se ha hecho comerciante don Juan?
ANT. No, ni piensa; siempre tiene su empleo en la Municipalidad; pero tiene muy buenas relaciones.
MAR. No lo dudo, tan simpático y tan servicial como es.
ANT. Hubiese podido conseguir mucho más, pero no quiso.
MAR. Hizo bien; despues, si sucede cualquier cosa, son compromisos.
ANT. Tiene razón; adios, señor Martín. Recuerdos á su señora y á Anita (*sale*).

ESCENA X.

MARTÍN. (Los dependientes, inspector, cajero. clientes, seguirán desempeñando muy discretamente su papel en todas las escenas en que no tengan que hablar).

MAR. (*Lleva á la caja los pesos 280 de Antonia*). Tome; apunte esto á ganancias y pérdidas. ¡Es admirable! Todo se vende ahora; todo se cobra ... ¿Durará?

ESCENA XI.

MARTÍN, IRIARTE (muy bien vestido; erguido).

IRI. ¿Como está señor Martín?
MAR. Bien, señor Iriarte? ¿Viene V. para el alquiler?
IRI. Si señor. Aquí tiene el recibo: seiscientos pesos.
MAR. ¡Seiscientos pesos! ¡Que barbaridad! ¡Cuando pienso que hace un año, le pagaba trescientos pesos y que me tuvo que rebajar á doscientos cincuenta. ¿Se acuerda V.?
IRI. ¿Como no me voy á acordar? Pero ¿que quiere? los tiempos cambian: y á este respecto, justamente, le quería decir que desde el mes próximo, ganará la tienda que V. ocupa ochocientos pesos.
MAR. ¡No embrome! Señor Iriarte, ochocientos pesos ese tendejón. Es una locura.
IRI. Mire, señor Martín, yo no lo obligo á quedarse. ¿Porqué no busca V. otra casa?
MAR. Demasiado sabe V. que no hay una tienda desocupada; que hasta los zaguanes de las casas particulares, los alquilan los lustra-botas á precios absurdos.
IRI. ¿Y entonces? ¡la demanda y la oferta, señor Martín! ¿Se acuerda?
MAR. Están abusando los propietarios. Ha de venir el día del derrumbe.
IRI. No lo desee V., señor Martín, que el día del derrumbe, todos sufriremos.
MAR. ¡Oh! pero están edificando mucho.

IRI. Si, pero cuesta mucho edificar, hoy; y los alquileres en las casas nuevas no podrán ser muy baratos. También los impuestos ahora están en proporción de los alquileres que cobramos y le aseguro que no es poca cosa lo que se paga; sin contar que cuando se nos desocupen las casas ó que los inquilinos no tengan con que pagar el alquiler, seguiremos pagando nosotros.

MAR. Entonces el gobierno reducirá los impuestos.

IRI. Si. ¡Maní!
Bueno. Adios, señor Martín.

ESCENA XI.

Dichos, JULIA.

JULIA (*Entrando por la puerta de la derecha. Está vestida ricamente, como para salir, con mucho gusto y elegancia*). ¡Señor Iriarte!

IRI. ¡Oh! Señora. ¿Como está V.? ¡Tanto tiempo que no tenía la dicha de verla!

JULIA Señor Iriarte, sabe que se vuelve á llover en nuesto dormitorio; cada vez que llevue....

IRI. Mire, señora; haga V. las composturas que quiera. Estoy cansado de pagar á lós albañiles las exageraciones que piden y he decidido que, aunque mis casas se vengan abajo, no muevo un dedo. El inquilino que no esté conforme, que se mude.

JULIA Pero....

IRI. No puedo, señora. He dicho. Salud.

ESCENA XII.

JULIA, MARTÍN.

JULIA ¡Que hombre! ¡que sin vergüenza! y tú que te quedas ahí, mirando, sin abrir la boca.

MAR. Es que me la acaba de tapar con otro aumento de doscientos pesos.

JULIA ¡Otro aumento! ¡y de doscientos pesos! Pues estamos frescos; es la ruina.... (*un tiempo*). Mira, Pedro; no puedes darme quinientos pesos?....

MAR. ¡Quinientos pesos! ¿Para que?
JULIA Tengo varias cuentas que pagar y no me alcanzó la plata del mes.
MAR. ¿No te alcanzó? ¿Pero como diablos, es esto? Antes, te daba doscientos pesos por mes y vivíamos regularmente bien; ahora te doy trescientos pesos por semana; vivimos más ó menos lo mismo, y no te alcanza para nada.
JULIA Es que todo, ahora, es muy caro. Tambien tenemos dos sirvientas y yo gasto más para vestirme. ¿Te parece que hago mal? (*movimiento de lucir el traje*).
MAR. Me parece, me parece que hemos cambiado mucho, todos. Es la verdad que todo ha subido, pero tampoco nadie negará que nos hemos creado necesidades que no teníamos antes, y que no.... necesitábamos.
JULIA (*cariñosa*). ¡Bah! ganas tanta plata ahora. Esa quinta que compraste te va á dejar una fortuna; así me lo aseguró Delmonte. Has hecho ya en tierras algunos negocios que demasiado dicen que no es mentira. ¿Qué son quinientos pesos más ó menos!
MAR. (*Saca de la cartera 500 pesos y se los dá*). ¡Esas mujeres! ¡lo que gastan!
JULIA (*cariñosa*) ¿No me podrías dar 100 pesos más?
MAR. ¿Para?
JULIA Para la corsetera.
MAR. Toma. La suerte que no llevamos corsé los hombres.
JULIA Gracias; eres un bueno. Hasta luego.

ESCENA XIII.

MARTÍN (en su escritorio, ocupado). Los DEPENDIENTES y PARROQUIANAS.

INS. ¡Vean guantes! (*introduce á la clienta*).
DEP. ¿Guantes de que clase? señora.
CLIE. De cabritilla.
DEP. Tenemos estos á cuatro noventa y cinco; muy baratos y muy buenos.

Clie. ¿Más largos tiene?
Dep. Si señora, guantes de doce botones á diez pesos cincuenta.
Clie. Me gustan estos, mándeme una docena.
Ins. ¡Vean medias!
Dep. ¿Medias de algodón? señora ¿de hilo?
Otra clienta ¿De seda, tiene?
Dep. Si señora; aquí tiene V., 8, 10 y 12 pesos el par.
Otra clienta Déme de las de á doce pesos; una docena. Me las mandará. (*Sigue la venta*).
Mar. Lo más caro, siempre, ahora; lo más caro. ¡Que país, éste! (*algo irónico*).

ESCENA XIV.

(Durante las escenas siguientes hasta la XX, debe seguir discretamente el movimiento de entrada y salida, venta y cobranza con algunas clientas).

MARTÍN, ANITA (vestida tan sencillamente como en el 1er. acto).

An. ¿Ocupado, papá? trabajando.
Mar. Estoy haciendo cálculos, hija. ¿Sabes que si es cierto lo que dice Delmonte, tenemos una verdadera fortuna con esa quinta que compré en Flores?
An. ¡Oh! pero Delmonte, Delmonte; dice muchas cosas que yo no sé porque no las puedo creer. Aunque me dé pruebas de que no miente nunca me parece que sea verdad lo que dice. Es una idea que, á pesar de mi buena voluntad, no puedo llegar á vencer.
Mar. Pero, hija, el cálculo es fácil; diez hectáreas á cinco mil pesos: son cincuenta mil pesos por los cien mil metros cuadrados; y con el tramway proyectado cada metro enseguida valdrá cinco pesos, total: quinientos mil.
An. Y si el tramway no pasa, te quedas con los cincuenta mil pesos empeñados en una quinta que no te servirá para nada.
Mar. Siempre nos servirá para ir á veranear.
An. Si, lindo casucho, que vendrá á costar más alquiler que la tienda.

MAR. No tengas cuidado; los negocios andan muy bien, y pronto la realizaré. Dime, Anita, ¿Porque no te vistes un poco mejor? tu madre es más coqueta que tú. Á tu edad, no sería demás llevar vestidos algo más alegres, hasta algo más vistosos. Ya sabes que en la tienda puedes elejir á tu antojo.

AN. Si; ya sé que á Delmonte sobretodo le gustaría. Pero el vestir lujosamente me parece algo como una forma de la mentira, y si cree él que me han acabado de subyugar sus primorosos sombreros de copa y sus trajes elegantes, está equivocado. Los verdaderos artesanos del progreso del país siguen trabajando con el mismo traje.

MAR. Me parece que lo que progresa poco es tu inclinación hácia Delmonte. ¿Te ha faltado en algo?

AN. No; al contrario, y siempre está muy cariñoso conmigo, muy amable, tratando de conseguir una contestación definitiva que no me atrevo todavía á darle.

MAR. Y ¿Porqué? ¿si te gusta? sobretodo que ahora tiene una posición muy buena, y muy segura.

AN. No me disgusta. Pero, prescindiendo de su posición, no me parece que sea el hombre de carácter acrisolado con quien he soñado siempre.

MAR. ¡Oh! Si te figuras que en este mundo se realizan los sueños, nunca te casarás.

AN. Más bien sola y no mal acompañada. En fin, todavía no digo que no, pero tampoco digo que sí.

MAR. ¡Que muchacha, esta! si todas fueran así, nadie se casaría.

AN. ¿Quién sabe? puede ser, al contrario, que los hombres vacilarían menos.

ESCENA XV.

Dichos, PONCE.

PON. ¿Como está, señor Martín?.... ¿No me conoce?

MAR. Si.... ¿á ver?... ¡como no! el señor Ponce, Alberto.

PON. Justamente. ¿Y V. señorita? ¿Se acuerda de mí?

AN. Poco, señor. Lo he visto, creo, una sola vez, y hace tiempo.

PON. Es cierto, como cuatro años. ¿Su señora madre está buena?

AN. Si, señor; gracias. Ha salido, en este momento.

PON. Señor Martín, ha querido una feliz casualidad obligarme, esta vez, á venir á saludarle, de lo cual me alegro. Un señor Delmonte me dió cita aquí, en su casa, á las cuatro, para un campo que quiero comprar. ¿No vino todavía?

MAR No ha venido todavía; pero no ha de tardar; somos muy amigos y siempre viene aquí, despues de la bolsa. Tome V. asiento y conversaremos un rato, esperándole. (*Se sientan*). ¿Qué ha sido de su vida, durante tanto tiempo?

PON. Como V. se acordará, despues de la muerte de mi madre, fuímos todos á vivir en el campo. Mi padre había comprado unas cuatro leguas en el sud de Córdoba y las pusimos en explotación. Nos fué bien; son tierras buenas, magníficas para la alfalfa. Aprendimos á cultivar el suelo y á conseguir de la tierra las riquezas que con tanta liberalidad regala al que con su trabajo se las pide. Desgraciadamente, al año, falleció nuestro padre.

MAR. ¿Falleció?

PON. ¿No supo?

MAR. No supimos nada; cuanto siento; ¡pobre!

PON. Así es. Nos repartimos amigablemente la estancia y quedé yo con una legua, casi toda cultivada que, en tres años, me ha dado con que poder comprar dos más, á pesar de la suba considerable que han tenido los campos, y á esto vine. Carvallo me indicó á este señor Delmonte como un excelente corredor; lo ví, y me dió cita aquí.

AN. ¿V. vive siempre en la estancia?

PON. Si señorita, siempre.

AN. ¿Debe de ser bien triste esta vida del campo?

PON. (*Se pone de pié*) No tanto, señorita. Por cierto, hay que contar poco con los recursos de la vida social. Pero la misma falta de vecinos muy cercanos lleva en sí, le aseguro, sus compensaciones. Despues, tiene uno mucho que hacer, mucho que atender, y los días pasan rápidos, sin pensar. La contemplación de la maravillosa ayuda que presta la naturaleza al esfuerzo del hombre ocupa del modo más grato los momentos de reposo que puede uno tener; y la misma melancolía del fértil desierto pampeano se vuelve goce para el alma.

AN. ¡Como se conoce que le gusta la soledad!

PON. No siempre, señorita. Hay días que demasiado siento que algo me falta; y en ellos, en vano duplico mis esfuerzos, en vano trabajo hasta caer rendido de cansancio, me sigue faltando algo; tanto que entonces me pesa mi soledad hasta hacerme doler el corazón.

MAR. ¿Porque no se casa? amigo. Según veo, está V. maduro.

PON. En ello he pensado y pienso, más que nunca. Pero mi genio no es muy atrayente, y temería, si tomase por esposa á alguna de esas preciosas y delicadas muñecas pintaditas y de poco seso que abundan por las calles de la ciudad, toda clase de desgracias. Tampoco he encontrado, hasta hoy, en la campaña, mujer que pueda realmente compartir mis gustos.... intelectuales, diré; pues, no vaya V. á creer que haya perdido en el campo la instrucción que, á costa de tanto sacrificio, me hizo dar mi finado padre, ni la mala costumbre de interesarme en todos los detalles del movimiento mundial científico, artístico y literario. Crio animales, guiándome en los métodos más modernos adaptables á nuestro país, y como buen hacendado, quiero

que lleguen á reventar de gordura; pero tampoco quedo insensible á los espléndidos juegos de colores de sus brillantes y variados pelajes, cuando bajo el rayo del sol, se mixturan entre los pastizales tupidos.

AN. (*Algo soñadora*). Así entiendo que sea amable la vida del campo. Para quien á la vez sepa aprovechar la generosidad y comprender las bellezas de la naturaleza, debe de ser la vida ideal.

PON. ¿Cierto? Señorita. Mis hermanos y yo bendecimos á nuestro padre por habernos arrancado con tiempo á la vorágine de la vida urbana. Nos encontramos felices por ello, sobretodo cuando en algún viaje corto que hagamos á la capital, podemos comparar nuestra tranquilidad de campesinos á las inquietudes siempre renacientes de que parecen todos agobiados, aquí.

MAR. Sí, si. Lo único que á V. le haría falta es una buena compañera que le ayudase.... á criar.

PON. A criar hijos como los quiero, si. Efectivamente, los goces de la familia son indispensables al hombre de campo; la misma naturaleza, en su exuberancia de reproducción, se lo canta á todas horas; pero cuando del acierto en la elección depende la felicidad de toda la vida, ¿quien no vacila? (*sacando el reloj*). Las cuatro y media. Tengo que dar una órden á mi consignatario; ya que no viene todavía el señor Delmonte, voy y vuelvo en seguida. El tiene la culpa; si viene, V. lo hace esperar.

MAR. Perfectamente.

ESCENA XVI.

MARTÍN, ANITA.

AN. ¿No vés? papa, como vacilan los hombres y porque.

MAR. ¡Bah! los campesinos son forzosamente algo lerdos para decidirse.

AN. Será que tienen mucho tiempo para reflexionar.

MAR. Además, este señor tendrá pocas relaciones y por esto no sabrá donde elegir.

AN. Puede ser; pues no me parece que pueda ser por falta de tino.

ESCENA XVII.

Dichos, DELMONTE.

(Se oye la corneta del automóvil).

DEL. (*Triunfante*) ¡Aquí estoy! ¿Como está, señor Martín? Señorita, que todavía no quiere que le diga Anita, estoy á los pies de V. Vengo de la bolsa y estoy lo más contento. Todo á pedir de boca, señor Martín; el Puerto San Bernabé está á 140; la navegación eléctrica del Río Carapachay á 180, sin vendedores; las minas del Dorado á 110, pero muy firmes, sin suba artificial, como valor, que son, de todo reposo, y como Carvallo me paga según convenio anterior, en acciones á la par de esas compañías, todas mis comisiones, y me debe ya una cantidad considerable, me encuentro, con esta suba, dueño de bastante capital para llevar pronto el definitivo asalto al querido objeto de mi ambición.... sentimental. ¿No le parece? señor Martín. ¿No le parece? señorita, que he trabajado con inteligencia, seriedad y constancia? ¿No se decide todavía á decirme que si? Acabaré por creer que V. es por demás exigente ó que no me quiere.

MAR. Tiene razón Delmonte.

AN. ¡Papá! No digo que esté en mal camino, pero se apura mucho.

MAR. No se apura nada, hombre; sino que hace meses que estás indecisa.

DEL. ¿Me apuro? ¡pues, señor! Diga V. que me apuré en levantarme una situación como para mantener á mi familia, según la legítima exigencia manifestada por V. y que real-

mente, bajo ese concepto, en un año, he adelantado bien; pero encuentro que, al contrario, he demorado demasiado en solicitar de V. una contestación definitiva.

AN. Puede ser. Bueno, ya sólo le voy á pedir un mes más para contestarle.

DEL. ¿Porque un mes? De aquí un mes, no sabrá más de mí que lo que puede saber ahora.

AN. No importa; déjeme un mes para resolver.

DEL. Bien, un mes. Testigo, el señor Martín. Tomo nota; no hablemos más.... ¿No vino por casualidad un señor Ponce, á quien había dado cita aquí?

MAR. Si, vino, y conversamos un momento. Nos conocíamos un poco de antes, pero viendo que V. no llegaba, fué á hacer una diligencia, y volverá en seguida, según dijo.

DEL. Es cierto que llegué un poco atrasado.... ¡Ah! ya viene.

ESCENA XVIII.

Dichos, PONCE.

DEL. (*Aproximándose á la puerta para recibirle*) Lo hice esperar, señor Ponce.

PON. En excelente compañía.

MAR. Demasiado amable. Están en su casa. Hagan Vds. sus negocios; los dejamos. (*El y Anita entran en las habitaciones*).

ESCENA XIX.

DELMONTE, PONCE.

DEL. Tengo para V. dos leguas en el partido de Villegas; campo superior, especial para agricultura. ¿Le gustaría?

PON. Como situación, si. Queda saber el precio.

DEL. Piden setenta y cinco mil pesos por legua.

PON. ¡Setenta y cinco mil pesos! ¡que barbaridad!

DEL. No crea; para evitar clavos, tomé mis datos; en la bolsa consulté á cinco corredores de los mejores, y todos estuvieron contestes en que era un precio muy razonable.

PON. Siempre se puede ver. ¿Qué campo es?
DEL. Si está V. conforme con el precio, firmemos un boleto de venta previa vista, y V. lo irá á revisar.
PON. Bien, si el campo es realmente muy bueno, el precio, aunque algo alto, no sería cuestión. Haga el boleto así, dándome ocho días.
DEL. Bueno. (*Se sienta y escribe, leyendo*): Conste por el presente que vendo al señor Alberto Ponce un campo conocido por de Echeverry....
PON. ¿De Echeverry? ¿dice? ¿lindero con el de Julio Espinosa?
DEL. Justito. Así me dijo el vasco.
PON. Haga el boleto definitivo. Es mío. No necesito revisarlo, lo conozco.
DEL. ¡Mejor! (*sigue haciendo el boleto, firma uno y hace firmar el otro por Ponce*). Entonces; ¿es buen campo?
PON. (*Poniendo en su cartera el boleto*). Es un campo que por cien mil pesos legua es barato. Podemos escriturar cuando guste. Los fondos están listos.
DEL. Le avisaré. Tengo que ver al vendedor y al escribano.
PON. Me quisiera despedir del señor Martín.
DEL. (*Se acerca á la puerta y llama*). Señor Martín.

ESCENA XX.

Dichos, MARTÍN, despues ANITA y ECHEVERRY.

MAR. ¿Han acabado?
PON. Si señor, y me quería despedir de V.
MAR. Señor Ponce; ya sabe V. que la casa está á su disposición y siempre nos gustarán mucho sus visitas (*llamando*) ¡Anita! se despide el señor Ponce. (*Asoma Anita, Ponce la saluda*).
ECH. (*Entra Echeverry como buscando, y enojado*). (*Al Inspector*): Dígame señor..... (*Viendo á Delmonte*) ¡Ah! aquí está. ¡Buenas tardes! señor, venir yo reclamar papel

venta campo. Tener oferta setenta mil pesos legua. Y campo vale.... (*Lo vé á Ponce y exclama*) ¡Señor Ponce, V. aquí! decir la verdad; valer ó no valer campo de Echeverry setenta mil pesos?

(Anita sigue escuchando toda la escena desde la puerta).

PON. Si, vale; como no.

ECH. (*á Delmonte*). Ya vé.

DEL. ¿Y de allí, si vale, mejor para el comprador; ya lo vendí.

ECH. ¿A quien? ¿Cuanto?

DEL. Esto no le importa. El campo ya no era suyo, sino mio.

ECH. ¿Suyo? ¿Con que haberlo pagado V. á mí?

DEL. ¡Oh! ¿no me lo vendió esta mañana? ¿Quiere ver el boleto?

ECH. ¿Boleto? Pedir V. boleto para facilitar vender. Dijo valer escaso cuarenta mil. ¡Mintió!

DEL. Mida V. sus palabras, señor Echeverry.

ECH. (*Echándose la boina á la nuca*). Medirle espaldas con los puños, ladrón.

DEL. ¡Pero; señor! voy á llamar á un vigilante.

ECH. Llamar, llamar; para llevar V. preso, y hacer devolver papel.

PON. Mire, señor Delmonte; aquí tiene V. mi boleto. No quiero entrar yo en negocios.... en pleitos, diré.

DEL. No, señor; de ningun modo; si no hay tal pleito....

ECH. Señor Ponce: ¿V. comprar campo mío á este cachafáz?

PON. Cálmese, Echeverry, si; me lo acaba de vender.

ECH. ¿Y cuanto, pagar?

PON. Setenta y cinco mil pesos legua

ECH. (*á Delmonte*) ¿No ve? ¡Bandido!

DEL. ¡Oh! ya no se puede esto sufrir; y voy á tomar medidas. (*Dispara para la calle. Echeverry lo quiere detener; Ponce le corta á éste el paso*).

ESCENA XXI.

Dichos, menos DELMONTE.

PON. Mire, Echeverry. Por lo que es de mi parte, V. ya puede suponer que he obrado con toda buena fé.

ECH. Claro, yo conocer V. Pero ¿hacer que? con ese bribón canalla.

PON. Estudiaremos el caso. Transaremos, ó pleitearemos. De cualquier modo, ya sabe V. que yo he comprado su campo en setenta y cinco mil pesos legua; es decir más que la oferta que le han hecho; queda saber de quien será la plata, si de V. ó de ese señor; para esto hay tribunales y (*tendiéndole la mano*) seré su testigo, Echeverry.

ECH. Gracias, señor Ponce. Aquí tratarse la mitad de la fortuna de toda familia mía, ganada con trabajo de muchos años, padre, madre, hijos y todos, y repartir.

PON. Cuente conmigo. Señor Martín, hasta mañana; señorita, me siento feliz de haber reanudado relación con Vd.; y perdóneme lo que, en un momento quizá de exaltación algo campestre, he podido decir de las señoritas de la ciudad, pues me voy convencido de que tambien existen ejemplares llenos de las perfecciones que ando buscando.

AN. No me dí entonces por aludida, señor; y menos me daré ahora.

ESCENA XXII.

MARTÍN, ANITA.

MAR. Has visto que escándalo ha venido á hacer aquí ese vasco. Por suerte no había nadie en la tienda. ¿Y que más quiere que haber vendido por ochenta mil pesos un campo que habrá comprado por ochocientos el padre de él? Delmonte ha hecho un buen negocio y se ha de defender; y hará bien.

AN. Pero, papá, ¿llama V. esto un negocio? más bien huele á estafa.

MAR. ¿Estafa? pues entonces no hay negocio que no sea estafa.

AN. A mi me parece negocio sucio y me disgusta sobremanera.

MAR. ¡Pero no ves que Delmonte se gana en él setenta mil pesos!

AN. No los gana; los roba al vasco; siempre lo mismo; el trabajador víctima del parásito.

MAR. Pues tratas bien á tu novio.

AN. No he honrado á nadie todavía con ese título. (*Se retira*).

ESCENA XXIII.

MARTÍN, DURÁN.

DUR. Señor Martín ¿me puede V. conceder algunos momentos? Es para hablarle de un gran negocio.

MAR. ¿Ya no se ocupa V. de corretaje?

DUR. Si señor; al contrario, más que nunca. Pero hoy no le vengo á proponer algunas piezas de género. Quiero que la generosidad que V. tuvo de perdonarme el cuento del tío que á sus expensas me hicieron, tenga otra recompensa que lo poco que he podido hacer hasta hoy. Tengo encargo de comprar varios terrenos en los suburbios, y á muy buenos precios, y he pensado en hacerle aprovechar la ocasión. ¿Quiere V. vender su terreno en Flores?

MAR. Según el precio.

DUR. Pueden pagar mis clientes,—forman un sindícato poderoso,—trescientos mil pesos en dinero, por las diez hectáreas, dándoles plazos algo largos.

MAR. Es muy poco, Durán, trescientos mil pesos. No ve que con el tramway....

DUR. El tramway está todavía muy lejos; se está tramitando la concesión. Ni en diez años lo vé V. construído; créame, señor Martín, aproveche la bolada.

MAR. Es muy poco. Si fuese medio millón, todavía.

DUR. Medio millón le puedo dar, pero no en dinero, sino en acciones.

MAR. ¿En acciones? ¿que acciones?

DUR. Son títulos de primer órden, cotizados todos en la bolsa: el Puerto San Bernabé, la Navegación eléctrica del Carapachay, las minas del Dorado y el Ahorro Argentino; V. puede tomar de cada cual la cantidad que le parezca.

MAR. ¿Y le parece negocio, esto?

DUR. Mire, señor Martín, para mí, no vacilaría. En la bolsa, se disputan esos valores; y no hay duda que van á subir todos muchísimo. En todos ellos está Carvallo; y donde empuja ó tira Carvallo, no hay pantano que valga para detener el coche. Haga el negocio con acciones. Mañana mismo, si necesita, puede empezar á realizar despacio, pero antes que haya acabado de vender la mitad, duplican las acciones y se gana un platal.

MAR. ¿Y que acciones tomaría V.?

DUR. Algo de todas; pero por lo menos la mitad, si quieren ellos, ¿quien sabe? del Ahorro Argentino. Es el gran negocio; todavía está en 110; no ha pegado el salto y no va á tardar.

MAR. El «Ahorro Argentino», suena bien.... y es novedad. Una sola vez he oído hablar de él por Delmonte, pero oir hablar de ahorro por Delmonte me parecía tan extraño....

DUR. Pues, el fué que me hizo colocar en él mis economías. Ya ve, señor Martín, si mi consejo es sincero.

MAR. Si me dejan la casa con mil metros cuadrados, hago el negocio.

DUR. Estaba prevista esa exigencia suya, como muy natural, y estoy autorizado para firmar el boleto así; pero con la condición que V. pagará la escritura.

MAR. Bueno; conforme; siéntese y hágalo. La ocasión es calva; ¿quién sabe si mañana?....

DUR. (*escribiendo*). Sobretodo que fijamos las acciones al precio de hoy y que mañana, seguramente, subirán. ¿V. conoce los precios?
MAR. Si; me los dijo Delmonte.
DUR. Aquí tiene. Firme V. aquí y yo acá.
MAR. (*firma*) ¿Quién firma en nombre del sindicato?
DUR. El mismo Carvallo. Aquí está el documento autorizándome á firmar por él el boleto provisorio.
MAR. (*Con cierto recelo pasajero*). ¿Carvallo?
DUR. Carvallo, si; el mismo Carvallo; ya ve si es garantía. Puede V. entregar los títulos de propiedad al escribano Otero. Hasta luego. (*sale*).

ESCENA XXIV.

MARTÍN. Después JULIA.

MAR. ¡Quinientos mil pesos! ¡medio millón! ¡empezamos á ser gente! y esas acciones están en el principio de la suba. (*Entra Julia; baja del coche*).
JULIA Prestame seis pesos para el coche.
MAR ¿Ya no tienes plata? (*le dá cambio*).
JULIA No me hables, hombre. Se vá el dinero, que dá miedo. Fígurate que.... no me atrevo. He pagado apenas la mitad de lo que debía y vengo sin un peso.
MAR. ¿Pero en que gastas tanto?
JULIA ¿Qué sé yo? una porción de cosas.... útiles todas, no vayas á creer! pero todo se ha vuelto tan caro.
MAR. Veo que hice bien en ganar medio millón.
JULIA ¿Medio millón?
MAR. Si, vendí la quinta.
JULIA ¡Oh! ¡que suerte! (*lo abraza*).
MAR. Y todavía quedo con la casa y mil metros.
JULIA ¡Bah! Por lo que vale; un casucho viejo, todo destruído.

ESCENA XXV.

Dichos, OTERO.

OTE. Buenas tardes.
MAR. ¡Ah! justamente, necesitaba verle. ¿No le hace cosquillas la palma de la mano?
OTE. No. ¿Porque?
MAR. Forque vá á ganar plata. Le tengo que dar una buena escritura.
OTE. ¿Compró V. algo?
MAR. No, mi amigo; vendí; y vendí bien y á gente que no se me ha de echar atrás.
OTE. ¿Se puede saber?
MAR. He vendido por quinientos mil pesos, la quinta de Flores.
OTE. ¡Bravo!
MAR. Quedándome con la casa y mil metros.
OTE. Muy bien.
MAR. Pagadero al contado.
OTE. (*Admirado*). ¿Al contado?
MAR. Si señor. En acciones....
OTE. ¡En acciones! ¿Del banco de Londres, del Ferro Carril del Sud?
MAR. No; pero del Ahorro Argentino, del Puerto San Bernabé, y otras sociedades....
OTE. ¿El comprador es Carvallo?
MAR. ¿Como sabe?
OTE. No hay que ser gran adivino.

TELÓN.



ACTO TERCERO

LA TIENDA DE MARTÍN; con el mismo lujo de espejos y muebles, pero con poca mercadería en los estantes; no tan pobre el surtido como en el primer acto, pero sólo con restos del lujoso surtido del segundo. Dos dependientes, ociosos, parados detrás del mostrador, miran melancólicamente, sin moverse casi, el poco movimiento de la calle. Bostezan. De vez en cuando alguna clienta; regatea y no compra.

ESCENA I.

MARTÍN, (sentado en su escritorio, con un lapiz en la mano, haciendo cálculos en papeles sueltos).

MAR. Dos mil quinientos «Ahorro Argentino» á ciento diez: doscientos setenta y cinco mil. Quinientos «Puerto San Bernabé» á ciento cuarenta: setenta mil. Quinientos «Navegación eléctrica del Carapachay» á ciento ochenta: noventa mil. Mil «Minas del Dorado» á ciento diez: ciento diez mil. Total quinientos cuarenta y cinco mil pesos.

Para redondear el número, me hicieron tomar mil acciones de las minas del Dorado; no sé si he hecho muy bien, porque así quedo debiendo á Carvallo cuarenta y cinco mil pesos. y treinta mil que ya le debía de los 50 que me descontó, justamente para comprar ese mismo terreno que le acabo de vender en quinientos mil, son setenta y cinco mil. Es una broma, porque no quiero quedar em-

peñado ya (*se levanta*). El mayor privilegio del hombre rico es, á mi parecer, de poder decir: no debo nada á nadie. Mañana mismo, empezaré á vender algunas acciones hasta ponerme al día, y despues, ¡á dormir! Que suban ó bajen, poco me importará, no quiero especular; pues con sólo los dividendos, tendremos para vivir como príncipes.
¡Ah! No tener preocupaciones: ¡Que sueño!.... (*agitado, al oir la corneta del automóvil triunfante*) ¡Ah! vamos á ver como anda esa bolsa.

ESCENA II.

Dicho, DELMONTE.

DEL. ¡Que rica cosa! amigo. La bolsa está hecha un volcán. Todo abrió en suba: el San Bernabé á ciento sesenta; el Dorado á ciento cincuenta; el Carapachay á doscientos diez; y el ahorro, el Ahorro argentino, en que nadie tenía fé, todos ahora se le echan encima como si se lo quisieran comer; y subió cuarenta puntos en cinco minutos.

MAR. (*emocionado*) (*tomando papel y lapiz*). Á ver, á ver; dicte; ¿como dice? ¿el Dorado ¿á?

DEL. Ciento cincuenta; el Carapachay doscientos diez; el San Bernabé ciento sesenta.

MAR. ¿Y el Ahorro.... el Ahorro Argentino?

DEL. Puede poner ciento cincuenta. Pero ya debe de valer más.

MAR. (*calculando rápidamente*) Trescientos veinte y cinco mil, ochenta mil, ciento cinco mil y ciento cincuenta mil; cinco y cinco, diez; seis; seis; ¡Seiscientos sesenta mil pesos! (*abraza á Delmonte*) Amigo Delmonte, por fin habremos tenido en la vida un poco de suerte. ¿Sabe lo que voy á hacer? voy á vender quinientos «Ahorro» á ciento cincuenta. Así pago lo que debo; liquido la tienda y vivo

tranquilo y descansado. ¡Ah! esto de no tener ya preocupaciones, ¡que alivio!

DEL. ¿Qué vá á vender ahora? hombre, sería locura. ¿No vé que todo sube?

MAR. Bueno; justamente.

DEL. ¡Oh! pero si vá á subir mucho más, yo he comprado hasta allí, para fin de mes. Carvallo fué quien me dijo; él compra y compra. Lo que si, por otro corredor que yo, para que no sepan.

MAR. Pero. ¿Como es entonces que me ha comprado la quinta á pagar en acciones?

DEL. Bastante lo está sintiendo. Dice que nunca ha hecho semejante chambonada; que ese zonzo de Durán es el culpable; que lo tomó medio distraído. En fin dice que sus acciones las volverá á comprar, y muchas más, á cualquier precio. Todo esto me lo dijo en secreto; no vaya....

MAR. ¡Que esperanza! Entonces, esperaré. V. me tendrá al corriente.

DEL. Claro; como siempre.

ESCENA III.

Dichos, ANITA (aparece en la puerta de la derecha), MARTÍN (vuelve á sus cálculos).

DEL. Señorita; dichosos los ojos que la ven. ¿Se nos había perdido? ¿Estaba resentida por algo, conmigo?

AN. No, señor; estuve muy ocupada.

DEL. ¿Bordando pañuelos para el señor Carvallo?

AN. No; pensando; estudiando mis propios sentimientos, y tratando de poner de acuerdo ciertos latidos de mi corazón con la rectitud de mi carácter. No pude.

DEL. No habrá sido buena relojera. ¿Podría en algo ayudarla?

AN. Puede ser. Dígame: ¿Cómo arregló con el vasco Echeverry?

DEL. ¿Con Echeverry? Estamos pleiteando, y seguramente perderá, pues estoy en mi pleno derecho.

AN. Pues á mí me parece que V. debería ceder y devolverle el boleto que V., por sorpresa, le hizo firmar, abusando de su título de corredor.

DEL. Pero, señorita; ¿no vé V. que se trata para mí de una suma importantísima y que la necesito para rodear á mi mujercita amada, cuando nos casemos, de todas las comodidades de la vida? No quiero tenerla sumida en la pobreza, ni siquiera en la mediocridad; quiero para ella, vida amplia, lujo, coche, toilettes, joyas, palco en la ópera, citaciones en la vida social, esas mil cosas que constituyen la felicidad de una mujer. Para ello he trabajado y sigo trabajando con inteligencia, seriedad y constancia. ¿No he cumplido el programa que V. me impuso?

AN. En mi concepto, de la seriedad hacía parte la honradez. No creí necesario mentarla.

DEL. Pero, ¿será faltar á la honradez el aprovechar una ocasión excepcional que se me presenta de ganar cincuenta ó sesenta mil pesos? ¿Para que servirían los campesinos si no fuera para costear el lujo de los habitantes de la ciudad? ¿Qué hubiese hecho ese vasco con esa plata? comprar una boina nueva y zapatos para los chicos. Mire, Anita....

AN. ¡No me llame Anita!

DEL. Mire, señorita; con esos escrúpulos tiene uno que morir pobre. Permítame prescindir de ellos.

AN. V. es dueño. Adios, señor Delmonte (*se vá*).

ESCENA IV.

MARTÍN, DELMONTE.

DEL. ¿Ha oído?
MAR. No hombre; estaba haciendo cálculos. ¿Sabe que pronto voy á tener el millón?
DEL. No hay la menor duda; y quizá por esto sea que con tanta frescura, me despide su hija.
MAR. ¿Cómo? ¿que ha habido con Anita?
DEL. Parece muy enfadada con el asunto Echeverry. Me deja entender que hago mal en no ceder al vasco y en no devolverle su boleto; hasta me dijo claramente que estoy faltando á la honradez.
MAR. No haga caso ¡hombre! son cosas de muchacha. En la escuela normal les enseñan moral; y por supuesto llegan á creer que son cosas que en la vida se pueden poner en práctica. Pero se le pasará.
DEL. Bien, entonces, cuento con V. señor Martín, para hacerle comprender....
MAR. (*enfático*) Cuente conmigo, amigo; conozco mis deberes de padre. (*Salen ambos; Delmonte á la calle; corneta automóvil. Martín á su habitación*),

ESCENA V.

Los dos DEPENDIENTES. Dos CLIENTAS (mucho menos elegantes que el acto anterior).

1a CLIEN. ¿Tienen género para vestido?
1er DEP. ¿De seda?
1a CLIEN. No.
1er DEP. ¿Lana y seda?
1a CLIEN. ¿Cuánto vale el metro?
1er DEP. Un peso y medio.
1a CLIEN. Sería mucha plata.

1er Dep. ¿De mezcla lana y algodón? tenemos cosas muy buenas y muy baratas.

1a Clien. Bueno; veamos, y no me venda muy caro, pues todos dicen que el dinero ahora anda muy escaso y que nos tenemos que sujetar un poco.

(Sigue viendo, midiendo etc).

2a Clien. ¿Tiene pañuelos de mano?

2o Dep. Si señora. ¿Con encajes?

2a Clien. ¡No!

2o Dep. ¿Bordados?

2a Clien. Tampoco; sencillos, quiero, baratos.

2o Dep. ¿De hilo, con iniciales? ¿á 12 pesos docena?

2a Clien. ¡No! son muy caros. Deme de algodón; de esos, ¿sabe? tan bonitos, con vainilla, á treinta centavos. Deme tres.

(El Dependiente la sirve. Se vá).

1er Dep. ¿Ha visto que pobreza?

2o Dep. Parece increible. Esas mismas que hace pocos meses, tiraban la plata á troche y moche, ahora andan como ratas por tirante. Adios, seda; venga el algodón

1er Dep. ¡Oh! si les vendiesen fiado, todavía las vería.

2o Dep. Ya lo creo. ¡Si son más derrochadoras! Cuanto tienen, tanto gastan.

1er Dep. Es el vicio del país; en todas las clases sociales, es lo mismo.

2o Dep. La suerte que en la administración....

ESCENA VI.

DEPENDIENTES. DURÁN (con un atado debajo del brazo).

Dur. ¿Está el patrón?

1er Dep. ¿Qué traes ahí? ¿ché?

Dur. Una pichincha.

1er Dep. ¿De qué?

Dur. Son unas piezas de seda que á cualquier pre-

cio quiere vender un cliente mío; quien, según creo, está por declararse en quiebra.

1er Dep. ¿Quién? ¡ché!

Dur. No seas indiscreto. No te lo puedo decir. Anda, búscame al señor Martín.

1er Dep. No te las vá á comprar, hombre. No hay un peso en la casa (*vá á llamar*). Señor Martín.

ESCENA VII.

Dichos, MARTÍN.

Mar. (*entrando*) ¿Qué hay? (*Lo vé á Durán*) ¡Ah! ¡Mi buen Durán¡ ¡Cuán contento estoy de verle! (*Lo abraza*). (*Durán queda muy sorprendido, primero*). A V., á sus consejos, debo mi fortuna; y tambien á su abnegación, pues he sabido que le valió la ira del señor Carvallo. Pero le aseguro que V. no encontrará en mí á un ingrato

Dur. Pero señor; si yo no he hecho nada de particular. Sólo he cumplido con mi deber de corredor, al indicarle lo que, en su lugar, hubiese hecho.

Mar. Agregando la modestia al mérito; muy bien; pero no quita esto que sin V. quizá me dejo tentar por los trescientos mil al contado, en vez de tomar en pago las acciones que hoy me dejan una utilidad enorme.

Dur. ¿No las vendió V.?

Mar. No, ni una, hasta ahora.

Dur. ¡Ah! ¡bien! no vaya á venderlas; mire que apenas principia la suba. Carvallo aconseja á todos sus clientes de no vender las suyas; más bien, dice, comprar, aunque sean un poco caras. Le aseguro que lo entusiasma á uno ver la confianza que tiene ese hombre. Es un gran financista. Yo creo que las ha de llevar á alturas que ni siquiera sospechamos.

MAR. Y ¿V. tiene también acciones?

DUR. Si señor, del «Ahorro Argentino». Por su mismo nombre, ha sido siempre mi valor preferido. Delmonte fué quien primero me hizo entrar en el negocio, como depositante; pero ahora lo convertí todo en acciones. Es más seguro. El trabajo inteligente y la colocación atinada de las economías que son su fruto, son las grandes palancas del éxito; y creo que ya estoy muy cerca de poder realizar mi sueño y comprar una buena casa. Espero el momento propicio para vender mis títulos.

MAR. Todavía no le he pagado su comisión por la venta de la quinta; se la voy á dar. Y como es justo que V. participe de la suerte que le debo, se la voy á pagar en acciones. (*vá á la caja y saca un título*). Aquí tiene V. un título de cincuenta acciones del «Ahorro Argentino».

DUR. ¡Cuanto le agradezco, señor Martín. Ya casi, casi, con esto, se me va completando la suma. (*Deshaciendo el atado*). Aquí le traía un negocito, pequeño pero muy bueno; es un lote de piezas de seda que darían muy baratas. Valen de tres á cinco pesos el metro; como V. lo vé, es muy lindo género.

MAR. Efectivamente; y ¿á como lo dán?

DUR. Pieza con otra, á peso y medio el metro; son trescientos cincuenta metros. Al contadito, por supuesto.

MAR. ¡Caramba! Sería brillante negocio. Pero no lo voy á poder hacer.

DUR. ¿Porqué?

MAR. No tengo plata disponible. Ahora, si quiere acciones.

DUR. Si fuera para mí.... Pero el dueño necesita fondos.

MAR. Venderá las acciones.

DUR. ¡Eh! V. sabe como son esos negocios; más fácil es vender mil acciones para fin del mes que cinco al contado.

MAR ¡Que cosa particular! Y es así, no más.... Entonces dejaremos el negocio. ¿Qué le vamos á hacer?

DUR. Es de sentir, pero si no hay más remedio. Hasta la vista, señor Martín (*sale*).

ESCENA VIII.

MARTÍN, OTERO.

OTE. ¿Cómo está, compadre?

MAR. Bien, amigo, bien; como quien boga en la nave dorada de la mismísima fortuna.

OTE. ¡Qué poética se le ha vuelto el alma! ¿Será con la suba de sus acciones?

MAR. Claro. No vé que pronto voy á divisar el puerto del millón.

OTE. Si sigue así, si. Pero ¿quien sabe? todo esto me parece muy hinchado para durar. Es de temer que cualquier pinchazo haga reventar el globo y entonces, adios la nave dorada, ó enchapada.... ¿Cómo estaba diciendo?

MAR. No se burle; hombre. V. es muy pesimista.

OTE. No; trato de ser razonable; y cuando veo que todo duplica, triplica, decuplica de valor, casas, terrenos, estancias, valores industriales y valores.... de la industria, y todo en un momento, se puede decir, sin saber porque ni como, me parece que la nave dorada está con miras de zozobrar de repente en algún río Carapachay, antes de dar con el puerto del millón, ni siquiera con el de San Bernabé.

MAR. Alusiones picantes y ponzoñosas á empresas prósperas en las cuales el señor no tendrá seguramente participación.

OTE. ¡Dios me libre! No me dá bastante mi oficina para que la pueda empapelar de tan costosa manera. Y venía justamente, compadre, á pedirle plata. Carvallo me confirmó lo que,

por lo demás, decía el boleto de venta de su quinta en Flores, que el vendedor, es decir V., tenía que pagar la escritura de venta.

MAR. Sí, así ha sido conxenido.

OTE. Pues, aquí tiene la cuenta. Con sellos, diligencias, copia, etc., son setecientos cincuenta pesos, que con el mayor gusto recibiré, pues los necesito mucho.

MAR. (*mirando la cuenta*). Caramba, es que no tengo plata en este momento.

OTE. Como ¿no tiene plata? un hombre tan rico.

MAR. Rico, rico, sí; pero no tengo disponible. ¿Quiere acciones?

OTE. (*riéndose*). No, no, ¡ché! no busco colocación para mis capitales. ¿Entonces? ¿cuando vuelvo?

MAR. Voy á ver. Véngase esta tarde.

OTE. ¡Mire que necesito, hé! ¡formal! y plata que sea plata. ¡Hasta luego!
(*Se oye la corneta del automóvil*). Ahí viene el otro loco.

ESCENA IX.

MARTÍN, DELMONTE.

DEL. ¡Buenas noticias! pero, ¡que susto!

MAR. ¿Qué ha habido?

DEL. Nada, por suerte; pero hubo cierta restricción momentánea en el crédito y la plaza estaba congestionada; al finalizar la primera rueda se podría temer, no digo un cataclismo....

MAR. (*asustado*). ¡Cataclismo!

DEL. No, pero un retroceso, alguna paralización. Por suerte, el gobierno ha resuelto decretar una emisión de doscientos millones de pesos. Y con esto, señor, la tenemos ganada.

MAR. Pero el papel no vá á valer nada.

DEL. Y ¡que importa! si tenemos mucho. Lo que vá á valer son nuestras acciones, las tierras, todo. La prosperidad del país se vá á afirmar de un modo bárbaro. Los negocios de todas

clases van á recibir un impulso irresistible; ya dicen que se van á abrir las famosas diagonales, tan necesarias; que la exposición universal es un hecho; que.... ¿que se yo? ¡si todo se vá á hacer! El dinero ya es más fácil. Acabo de conseguir de Carvallo, sin mayor dificultad, para Manuel Fernandez, ¿sabe? el fabricante de muebles, los diez mil que pedía. El hombre está loco de contento. Carvallo se los dá como comanditario; ¡una gran garantía. para el industrial! Como se conoce que en este país, lo único que falta es el capital! ¡Basta una emisioncita de doscientos millones y todo se vá á las nubes! ¡que! ¡al cielo! Antes de quince días, tiene V. su millón.

MAR. ¡Ojalá!

DEL. Dígame; ¿me puede facilitar hasta mañana cinco mil pesos?

MAR. ¿De donde?

DEL. ¡Caramba! ¿y quinientos?

MAR. Si no los tengo.

DEL. Présteme cincuenta, entonces.

MAR. ¿Cincuenta?.... Es que tengo muy poca plata en casa; le puedo prestar cinco, si quiere.

DEL. Bueno.... siempre ... *(Martín se los dá)*. Ya ve que situación curiosa la de nuestra plaza. Todo vá bien, admirablemente; todos se puede decir que somos gente de capital y así mismo estamos sin un peso disponible. Esos Bancos malditos, señor, son los que embroman; ellos son los que tienen la culpa, con sus restricciones. ¡Ah! si todos fuesen como Carvallo. Ahí tiene un hombre liberal y que entiende las cosas. ¿Habló V. con Anita?

MAR Todavía no.

DEL. Cuento con V.

MAR. Sí, sí.

DEL. Hasta luego *(á parte)*. ¡A almorzar, con los cinco!

(Corneta de automóvil).

ESCENA X.

MARTÍN, JULIA (vestida para salir tan ricamente como en el 2º acto).

JULIA *(autoritaria)* Dáme cien pesos.
MAR. ¡Cien pesos! ¿para?
JULIA Para gastar.
MAR. No, no, ché; no tengo.
JULIA ¿No tienes? y no decías que casi tenías un millón.
MAR. En acciones. Pero no tengo plata.
JULIA Pues, vendelas.
MAR. Creo que no se puede por ahora.
JULIA Estamos frescos. Dame cincuenta, siquiera.
MAR. No, no tengo.
JULIA ¿Entonces?
MAR. Bueno, te daré cinco.
JULIA Pero ¡que millonario! este *(toma los cinco pesos)*.
MAR. Paciencia; paciencia *(sale Julia)*.

ESCENA XI.

MARTÍN, IRIARTE.

IRI. *(modesto)* ¿Como está? Señor Martín.
MAR. *(ya sin entusiasmo)*. Así, así, no más; señor Iriarte. ¿Cómo andan las cobranzas? ¿Siempre subiendo los alquileres?
IRI. Sí; suben. Pero es un trabajo para cobrarlos. No sé lo que tiene la gente. La situación es inmejorable, pero nadie tiene dinero. Yo no quiero darme por financista, pero, en este país, lo que falta es capital, y lo que necesitamos es una buena emisión.
MAR. Dicen que la van á decretar.

IRI. Bien hecho, amigo. ¿Y de cuanto será? ¿no sabe?

MAR. Dicen que de doscientos millones.

IRI. ¡Así me gusta! Esto es gobernar. ¿Que nos importa el oro á nosotros? ¡No somos ingleses para que nos gusten las libras esterlinas! Nosotros los criollos, estamos acostumbrados al papel; y papel queremos. ¿Qué está sucio? el dinero nunca está sucio.

Y dígame; ¿su amigo Delmonte no me podría encontrar doscientos mil pesitos sobre hipoteca? Me metí en negocios de tierras, y he ganado mucho dinero; pero, en este momento es algo difícil vender y tengo muchos compromisos.

MAR. ¿Los terrenos no se venden?

IRI. Muy poco.

MAR. Pero ¿y todos estos remates?

IRI. Pura farsa. Ahora ni pagadero en ciento veinte mensualidades quiere comprar la gente.

MAR. Si quiere, se los presto yo.

IRI. *(admirado)* ¿Usted? ¿y de donde sacó tanta plata?

MAR. ¡Oh! tambien de mis negocios en tierras.

IRI. ¡Vaya! ¡vaya! con el hombre. ¡Bravo! ¿y á que interés?

MAR. Le debo avisar primero que no le daré dinero, sino acciones.

IRI. ¿Acciones? ¿de qué?

MAR. ¡Oh! muy buenas; tan buenas como dinero efectivo; pero no tengo otra cosa que ofrecerle.

IRI. Es que yo no quiero acciones; yo quiero plata. ¿No sabe si Carvallo?....

MAR. Él, si, es probable; pero ¿quien sabe á que interés? en semejantes momentos de restricción, si no pide doce por ciento....

IRI. Lo voy á ver. Adios señor Martín. *(Se vá)*

ESCENA XII.

MARTÍN, ANITA.

MAR. Hasta el mismo Iriarte buscando plata. ¿Quien hubiera creído?

AN. *(entra y se dirije al escritorio).* ¿Puedo poner los libros al día papá?

MAR. Sí, hija. Tengo justamente que salir. Pero antes, dime: ¿Qué es lo que tuviste con Delmonte? me dijo que lo habías despedido?

AN. Es cierto. Nunca me casaré con un hombre incapaz de distinguir el bien del mal; que llama negocio, la estafa, y trabajo, la especulación; que no vé en la vida más que las satisfacciones materiales y confunde el lujo con la felicidad.

MAR. Pero, Anita, con estas ideas, nunca encontrarás con quien casarte.

AN. No me casaré.

MAR. Los jóvenes de hoy, fuera de muy pocas excepciones, no piensan en otra cosa que en ganar plata.

AN. Si todavía pensasen en ganarla honradamente; pero no es así.

MAR. Roberto es un buen muchacho; haces mal. Es un trabajador; es activo, inteligente; ha dado pruebas de gran habilidad. Tiene la confianza de Carvallo.

AN. Dios los cría y ellos se juntan.

MAR. No hables mal de Carvallo; á él debo en parte mi fortuna.

AN. Lo que todavía llama V. su fortuna. Lo que más claramente le debe V. son los setenta y cinco mil pesos que vencen á fin de mes.

MAR. Antes del vencimiento se los he de pagar.

AN. ¡Dios quiera! Pero todos estos negocios me entusiasman poco; y cuando apunto en los libros esas cantidades enormes, que no sabe

uno de donde salen, me parece que, por error, apunto centavos en la columna de los millones.

MAR. Y sin embargo, aquí está la realidad.

AN. ¿Y no será más bien realidad lo que, esta mañana, por falta de tener veinte pesos, tuve que decir al panadero: «Mañana ó pasado, le pagaré la cuenta?»

MAR. No seas así, Anita. No soy ningún loco.

AN. Hay hombres cuerdos que se hacen ilusiones.

MAR. Callate, callate; ¿qué entiendes tú de negocios? Hasta luego. *(A los dependientes):* Pueden ir cerrando; gastar luz no vale la pena. *(Los dependientes ponen los postigos de las vidrieras, dejan abierta la puerta y se van).*

ESCENA XIII.

ANITA (trabajando en los libros, tres ó cuatro picos de gas prendidos).

AN. ¡Pobre papá! con sus grandes negocios. Empujado por ese pillo de Delmonte y por ese tonto activo de Durán, manejados ambos sin saberlo, por Carvallo, un bandido de negocios, difícilmente evitará de caer víctima de su inoportuna ambición.

ESCENA XIV.

Dicha, PONCE.

PON. Señorita, aprovechaba la amable autorización que tuvo á bien darme su señor padre de visitarlos, para venir á saludar á Vds. ¿Todos buenos?

AN. Si, señor. Papá y mamá salieron; pero no han de tardar y si V. gusta sentarse un rato.

PON. No quiero ser indiscreto. ¿Estaba V. trabajando?

AN. Poniendo al día la contabilidad de la casa. Pero no corre prisa alguna.

PON. Tarea fastidiosa, no.

AN. No crea. Hay periodos monótonos, de poco interés, que no son, por lo demás, siempre los peores como resultados: «Pueblo sin historia, pueblo feliz»; pero de repente se inicia algún negocio más importante, alguna especulación; se abre una cuenta nueva, á veces llena de inesperadas peripecias y, con un poco de imaginación, se puede uno interesar en esto como en la historia de su misma vida.

PON. V. entonces es de las que piensan que una mujer puede no interesarse exclusivamente en sus vestidos y.... en los ajenos.

AN. Siempre he pensado, señor, que cualquiera que sea el trabajo que tenga uno que hacer, se debe interesar en él, para hacerlo bien.

PON. Pero hay trabajos poco interesantes, hasta fastidiosos.

AN. No creo que los haya. Por lo menos, hasta hoy, no he encontrado ninguno. Leer ó escribir, bordar ó cuidar mis cuatro plantas y mi canario cantor, ocuparme de las faenas domésticas ó de la contabilidad paterna, cortarme un vestido ó confeccionar una gorra, todo me gusta, me interesa, y trato de hacerlo lo mejor que pueda.

PON. Sabe V. que muy contadas son las señoritas que piensan así.

AN. ¡Oh! ya somos muchas, y cada día, seremos más, porque es nuestro propio interés, y pronto pasará el reino de las que llamaba V., el otro día, muñequitas.

PON. ¿He sido tan atrevido?

AN Ha sido, si; y ya hecho bien. Yo también considero que sin renunciar á sus dotes naturales de gracia atrayente, ó de hermosura física, sin dejar en fin de ser mujer, en la

más amable y delicada acepción de la palabra, puede una señorita saber otra cosa que embadurnarse la cara con afeites y el espíritu con supersticiones.

PON. ¡Que lástima que no haya podido dar todavía con alguna de las muchas que dice V. que son las que así piensan! Es cierto que aunque la encontrase, poco la podría seducir la triste perspectiva de desterrarse en el campo.

AN. ¡Oh! pero V. lo pinta con colores bastante brillantes para hacerlo querer.

PON. ¿He pintado yo....?

AN. Ha pintado, si ¿No se acuerda? el otro día.

PON. Pero señorita, si fuese presumido, notaría con orgullo que V. se acuerda mejor que yo de las impertinencias que me han podido escapar.

AN. Impertinencias no puede ser lo que brota del corazón.

PON. Confuso me vuelvo, señorita: y nunca campesino se encontró en tan difícil paso. ¡Ah! ¡si sólo se tratase, con mi alazán, de saltar un alambrado! pero estoy á pie y me conduce V. por senditas tan resbaladizas que tengo miedo de pisar las flores que quería juntar para V.

AN. ¿Flores?

PON. Todo un ramo, para poner en el medio.... mi amor.

AN. ¡Señor!

PON. Perdóneme, señorita; tengo á mi favor una circunstancia atenuante.... ha sido con premeditación.

AN. *(sonriéndose)*. Y alevosía.

PON. Tambien; es cierto. Ahora, me defenderé. Desde el primer momento en que la ví, V. se volvió el único objeto de mi pensamiento; y cuando fuí bastante feliz para ver que parecían agradarle mis ideas, y la oí expresar las suyas, comprendí que nunca existiría para mí otra mujer; que la suerte había puesto en

mi camino á la compañera ideal, no para burlarse de mí, sino para que la conquistara; y si hoy he venido, le confieso que era para acabar de cerciorarme de la profunda comunión moral que sospecho existe entre nosotros y suplicarla de ser mi esposa.

AN. Su pedido, señor, me honra y me sorprende. Mis méritos son pocos para....

PON. Si para disimular la insuficiencia de los míos y hacer que no desechara V. mi súplica, bastase mi amor, me estimaría el más feliz de los hombres. No le puedo ofrecer, es cierto, una vida de placeres bulliciosos, pero sí, toda la tranquila felicidad de un hogar exento de los sobresaltos inevitables en la vida de las ciudades. Poco lujo, comodidades muy relativas admite la vida campestre, pero compensan esas deficiencias las productivas é interesantes ocupaciones, el aire sano, el esplendor de los espectáculos de la naturaleza. ¿Hablaré de mi posición? Podría ser ella....

AN. Señor, por favor.

PON. Permítame seguir. Podría ser ella un obstáculo, si fuese V. de sentimientos menos elevados; pues creo saber que su señor padre posee hoy una gran fortuna.

AN. ¿Quién sabe? señor.

PON. Pero la mía, aunque mediocre, es suficiente. señorita, para asegurar la vida holgada de la familia....

AN. Dígame, señor Ponce. ¿En que quedó V. con este vasco Echeverry? el otro día.

PON. En que de cualquier modo, quedaba yo dueño del campo por los ciento cincuenta mil pesos, los cuales deposité en el banco á la orden de quien corresponda, cuando se acabe el juicio. Es una propiedad más que me apresuro á depositar á sus pies.

AN. ¡Oh! no vaya V. á interpretar mal esa pregunta indiscreta; sólo quería saber si quedaría perjudicado este pobre hombre.

PON. Creo que no, señorita; y de cualquier modo no lo sería por mí....

AN. ¿No le parece, señor Ponce, que hemos conversado mucho de cosas que también podrian interesar á mis padres?

PON. ¿V. me autoriza á seguir la conversación delante de ellos?

AN. ¿Debo?

PON. *(suplicando).* ¡Oh! si.

AN. .... Bien.

PON. *(besándole la mano).* Gracias, señorita; gracias mil, Anita.

ESCENA XV.

Dichos, MARTÍN (viene de la calle).

MAR. *(sorprende el gesto).* ¿Declaración de amor?

AN. El señor Ponce te explicará, papá.

PON. Estoy autorizado, señor Martín, por la señorita, su hija, para solicitar de V. que me conceda su mano.

MAR. Es que....

PON. No crea V. señor, que ningún interés material me haya dictado mi resolución.

MAR. Es que....

PON. Ya sé, señor, que su fortuna le dá derecho á tener para su hija querida, otras ambiciones.

MAR. No precisamente, pero....

PON. No se oponga V. señor.

MAR. ¿Y que dices tú? Anita.

(Entra Delmonte y oye, sin ser visto; se queda estupefacto).

AN. Que no veo inconveniente alguno, papá, en que accedas á los deseos del señor Ponce.

ESCENA XVI.

Dichos, DELMONTE.

PON. Ya vé V. señor; y como por mi parte, no tengo ningún asunto que más me apremie,

me quedaré para aprontar con mi querida Anita todo lo que necesitemos para nuestro nido.

DEL. *(aparte):* ¡Cuando pienso que yo fuí quien le dió cita aquí! ¿Estorbo?

PON. No, no. Pase V. adelante y permita que le presente á mi futura esposa.

DEL. Señorita, mis felicitaciones. *(En voz baja á ella):* Pero pensaba transar con Echeverry; ahora, ni á palos. Señor, su elección prueba, una vez más, que los hombres de campo tienen el ojo certero. *(A parte):* Lo que sí, á veces, basta un temporal para rebajar la gordura de lo apartado.

ESCENA XVII.

Dichos, JULIA (de la calle).

JULIA ¡Ay! que cansada estoy! Buenas tardes, señor Ponce; tan amable de habernos venido á visitar. Señor Delmonte, ¿cómo está V.? ¡Ah! esto de recibir visitas en una tienda me dá no sé que. Mira, Pedro, sería tiempo que organizasemos nuestra vida con más confort. Ya somos millonarios, bien creo que siquiera podríamos tener casa aparte.

MAR. Tiempo al tiempo, Julia. Deja que realice parte de mis valores y entonces liquidaremos el negocio y lo arreglaremos todo. *(A Delmonte):* ¿Como cerró la bolsa, hoy?

DEL. Sólo estuve en la primera rueda. No hubo más novedad que lo que le dije *(con intención):* pero puede ser que haya habido en la segunda, mientras estaba yo con Carvallo. Voy á ver.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos DELMONTE.

MAR. *(á Anita).* Aprovecharemos de que no hay «intrusos» para poner á tu madre al corriente del acontecimiento.

AN. Mamá, espero que no tendrá V. inconveniente en que me case con el señor Ponce.

JULIA ¿Con el señor Ponce? ¿Y Delmonte?

PON. ¿Delmonte?

MAR. *(á parte).* Hay personas de mucho tacto.

AN. *(sin turbarse):* ¿Delmonte?.... ¿no dijo que iba á la bolsa?

JULIA *(reponiéndose):* ¡Ah!.... ¿Sabe él? ¿le dijeron?

PON. *(como queriendo saber).* Si señora, tuve el gusto de presentarle á mi futura esposa.

JULIA ¿Y pareció gustarle?

AN. Quedó muy conforme. Aprecia mucho al señor Ponce.

JULIA Me alegro mucho. *(En voz baja á Anita):* ¿Serás loca? ¡Con ese campesino!

ESCENA XIX.

Dichos, OTERO.

OTE. Servidor de Vs. y ¿Que me dice, mi pobre Martín, del pinchazo? ya vé lo que le decía yo que bastaría un alfilerazo para hacer reventar el globo y para que se vaya todo al bombo.

MAR. ¿Qué dice? ¿de que alfilerazo habla?

OTE. ¿No sabe? pues, llegó, despues de la primera rueda, un telégrama de San Fernando, anunciando que, con la sequía, quedaba casi cortado el Carapachay y no daba paso. Las acciones de la «Navegación eléctrica» que

habían llegado á 300 por arte y gracia del que maneja los títeres, de repente empezaron á bajar: doscientos cincuenta, doscientos, ciento ochenta, ciento cincuenta, ciento veinte, cien, ochenta, y están ahora á veinte, á nada; y como todos los valores, hijos del mismo padre, son siempre más ó menos solidarios unos de otros, empezaron tambien á derrumbarse el «Puerto de San Bernabé», «Las Minas del Dorado» y el famoso «Ahorro Argentino»; y de todo esto, en este momento, mi pobre Martín, creo, no se sacaría, bien vendido, el precio del papel.

MAR. Pero esto no puede durar. No es más que un pánico. Con la primera creciente, mañana ó pasado, el Carapachay volverá á subir y la navegación eléctrica tambien.

OTE. Puede ser, ¿pero quien sabe? Ha de haber habido en todo esto, algo más que la bajante del Carapachay.

ESCENA XX.

Dichos. DURÁN, (entra muy cabizbajo).

DUR. *(humilde).* Buenas tardes, señor Martín.

MAR. *(seco).* Buenas tardes. ¿Y V.? ¿Qué noticias trae?

DUR. Señor, dice el señor Carvallo que la verdadera causa del krack.. .

MAR. ¿Cómo llama eso?

DUR. El krack.

OTE. Bonita palabra ¿criolla?

DUR. No señor; es una expresión muy generalizada y especialmente usada en todas las bolsas del mundo.... despues de las grandes subas.

OTE. El krrack.... ¡Expresivo!

MAR. ¿Y vamos á ver? ¿qué dice Carvallo?

DUR. Dice que no es el Carapachay él que tiene

la culpa, sino las tenebrosas maquinaciones de los partidos opositores; la langosta que, según parece, abunda ya en el Paraguay y amenaza invadir el Chaco, y sobre todo la suba del descuento en Lóndres. Asegura que hay que liquidar, aunque traiga la liquidación momentáneos trastornos.

OTE. Si, momentáneos, para él; y la ruina sin remedio para los demás.

MAR. ¿Y la emisión?

DUR. *(al oído):* No quiere el general.

ESCENA XXI.

Dichos, DELMONTE.

DEL. *(Restregándose las manos, con aire de venganza satisfecha; mira de vez en cuando socarronamente á Ponce).* Señor Martín; ya veo por lo compungido de su cara que conoce las noticias. Le aconsejé mal cuando le impedí vender algunas acciones de las muchas que tenía V , pero lo mismo hubiera quedado arruinado.

MAR. Tampoco le reprocho nada, pero no veo bien el motivo de la satisfacción que demuestra.

DEL. Mi satisfacción, créalo, no proviene de su ruina, pero si de que ella pueda hacer fracasar ciertos proyectos que no tenían más cimientos que su pasada prosperidad. Cuando, investido de la confianza del señor Carvallo, venía á darle á V., esta tarde, los medios de evitar las consecuencias del cataclismo que yo mismo tenía que promover en la bolsa, sorprendí la traición que se me había preparado y resolví abandonarlo á su suerte. Por mi hábil cooperación....

OTE. *(á parte).* Complicidad.

DEL. ha podido conseguir el señor Carvallo comprar por una miseria casi todas las acciones

del Carapachay y del Puerto San Bernabé, dos negocios magníficos, una vez que sean manejados por él, y esto despues de salir á precios espléndidos de todas las acciones que le quedaban de sus geniales invenciones: el «Ahorro Argentino» y las «Minas del Dorado».... esfumadas, hoy.

Tambien por mis acertadas medidas....

OTE. *(á parte).* Embustes.

DEL. ha quedado él, único dueño de la fábrica de muebles de Manuel Fernandez y de otras dos industrias fundadas por hombres competentes y honrados, pero sin capital suficiente. Queda tambien con la quinta en Flores que le compró á V. y otras propiedades que ese excelente amigo Durán, *(le golpea el hombro)* un verdadero apóstol del «Ahorro Argentino», le ha hecho comprar, en cambio de papeles que poco le costaban, y, — no puede ser todo ingratitud, en este mundo, — en recompensa de mis servicios, me da desde hoy participación en todos sus negocios.

OTE. *(á parte).* Sus estafas.

DEL. *(á Anita).* Mi situación, señorita, está bien asegurada, y lo puedo decir, por mi trabajo, mi inteligencia y mi constancia. He cumplido, pues, por mi parte, con las condiciones impuestas por V. ¿Cumplirá V. conmigo?

AN. En vista del cambio de situación que para mi padre importa esa ruina, señor Ponce, devuelvo á V. su palabra.

PON. Pero, señorita....

AN. Y con más energía que nunca, le confirmo, señor Delmonte, el rechazo, ahora indignado, de sus pretensiones.

DEL. Muy bien, señorita. No me faltará donde elegir. Señor Martín, á sus órdenes; y si necesita, á fin del mes, alguna ayuda para su vencimiento de setenta y cinco mil pesos, puede V. contar conmigo. Señor Ponce, siempre suyo *(se vá).*

ESCENA XXII.

Dichos, menos DELMONTE.

PON. Señor Martín y V. señora, ruego á Vs. consigan de la que siempre considero como mi futura esposa, que vuelva á consentir en compartir mi modesta fortuna y en llevar mi nombre.

Señorita, no puede haber entre nosotros cuestión de situación, ya que de ella prescindimos antes, cuando los términos estaban intervertidos.

AN. Cierto es, y fuí injusta en dudar de su lealtad y de su sinceridad. Es que basta el solo roce de tantas vilezas para empañar el espíritu más ingenuo (*dá su mano á Ponce*).

OTE. ¿Y que vá á hacer V. ahora, compadre?

MAR. ¡Qué se yo, amigo! Estoy fundido, arruinado, y todo por haber escuchado consejos; los suyos, primero, que me entusiasmaron con los negocios de tierra....

OTE. Perdone; no sea injusto. Lo que le dije salió cierto, pero no le aconsejé yo dar tierra por papelitos. Si hubiese aceptado los trescientos mil en dinero....

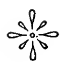
MAR. Es cierto; ha sido este otro (*enseñando á Durán*) que me hizo cometer esa estupidez.

DUR. Confieso, señor; pero Vd. sabe cual era mi propio entusiasmo, mi propio engaño. Y tambien quedamos yo y los míos completamente en la calle. Todo lo hemos perdido: ahorros é ilusiones. Obedecí ciegamente á ese señor Carvallo, y mientras él vendía por debajo de cuerda todas sus acciones, me excitaba á pregonar su alza próxima. ¿Qué quiere? señor, trabajar es poca cosa; saber trabajar es la llave; y ahora, como consuelo me dice el señor Carvallo: « No es nada esto amigo: *¡Crisis de progreso!* no más ».

OTE. La crisis para V. y el progreso para mí.

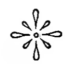
PON. ¡Bah! El verdadero progreso, sin crisis, lo elaboraremos nosotros, cultivando el suelo. Valor, señor Martín y V. señora (*toma de la mano á Anita*) ¡vengan con sus hijos! Valor, amigo Durán, acompáñenos con su familia. Para todos alcanzará la gran emisión: ¡emitiremos millones de toneladas de trigo!

TELÕN.



Aves de Presa

Comedia en tres actos



PERSONAJES

ALFREDO BARRERA, 26 años—Abogado.

ENRIQUE FALCONE, 30 » —Procurador, compadrón.

MARIANO DIAZ, 60 » —Abogado, tío de Barrera; muy correcto; levita, copa alta.

ROMAN RIVAS, 45 » —Procurador, correcto.

VENANCIO ALVAREZ, 22 » —Hermano de Dionisia.

CÁRLOS DE LA PALMA, 60 » —Pleitista; distinguido y educado.

DOMINGO TESTAFERRO, 40 » —Pleitista; algo tosco.

JACINTO LOPEZ, 28 » —Estanciero; novio de Clotilde.

ARTURO, 20 » —Dependiente de Barrera.

ZALAZAR, 50 » —Gran comerciante fallido.

FUENTES, 40 » —Usurero.

MILANES, 40 » —Especulador fundido.

MARTINEZ, 40 » —Gran comerciante próspero.

JUAN, —Sirviente de Barrera.

SEÑORAS:

ANA VAZQUEZ, 40 años—Viuda, madre de Clotilde.

CLOTILDE, 20 » —Hija de Ana; novia de Lopez.

DIONISIA ALVAREZ, 20 » —Hermana de Venancio; sencilla pero muy bonita.

DOÑA JOSEFINA, 43 » —Madre de Dionisia y Venancio; algo rústica.

DOÑA CLORINDA FERNANDEZ DE MIRAMONTE, 45 años—Señora rica.

ISABEL, 20 años—Su hija.

DOÑA FORTUNATA TERRARICA DE LAS PRADERAS, 45 años—Señora rica.

ERMINDA, 20 años—Su hija.

En Buenos Aires, 190. . .



ACTO PRIMERO

EL ESTUDIO DEL DOCTOR MARIANO DÍAZ.—Estudio sin lujo, pero con muchos expedientes en un mueble con cajas de cartón numeradas. Muchos estantes con libros de jurisprudencia. El escritorio del Dr. Díaz á la derecha, cargado de papeles, libros, expedientes; sillón. A la izquierda, una mesa escritorio para el Dr. Alfredo Barrera. Otra mesa chica en el rincón, para Rivas. Puerta en el fondo. Puerta á la derecha. Esta quedará cerrada, pero debe estar indicada, por lo menos.

ESCENA I.

RIVAS, ARTURO.

(Rivas saca del mueble, uno por uno, algunos expedientes y los alcanza á Arturo, quien los va apilando en el escritorio de Barrera. Antes de entregárselo, Rivas los hojea y los estudia un momento, clasificándolos. Algunos, los vuelve á poner en el mueble).

ART. ¿Entonces, señor Rivas, se retira definitivamente el Dr. Díaz?

RIV. No precisamente. Sólo que cede á su sobrino, el Dr. Barrera, su estudio, reservándose los grandes clientes cuya confianza le han valido veinticinco años de labor asidua y de intachable honradez y que, por lo demás, no aceptarían así no más de entregar sus intereses á.... á cualquiera. (*Hojeando y dándole un expediente*). Quiebra Zalazar; tome, ponga en la pila.

ART. Pero ¿El Dr. Barrera será cualquiera? don Roman.

RIV. No, Arturo; no es cualquiera, por cierto. Tiene buenos conocimientos y es vivo, muy vivo; pero es muy joven todavía. Por lo demás, don Mariano no es tan rico que pueda prescindir de aquellos honorarios seguros que le pagan varias instituciones y compañías. (*Dándole otro expediente*): Testamentaría Vazquez; ponga en la pila.

ART. ¿No es rico don Mariano?

RIV. Algo tiene, pero tambien tiene muchos hijos.

ART. Yo creía que los abogados ganaban mucha plata.

RIV. (*con intención*) Algunos, ¡si!.... (*hojeando un expediente*). Retroventa. Milanes contra Fuentes. Ponga en la pila....

ART. ¿Y, don Mariano? ¿no?

RIV. Lo que no ha ganado don Mariano en dinero, lo tiene en consideración y esto tambien, joven, es herencia para los hijos. Lástima que el mayor de los varones tenga sólo diez y seis años y que por esto tenga don Mariano que dejar el estudio al señor Barrera (*Le dá otro expediente*). Ponga.

ART. ¿No le gusta don Alfredo?

RIV. Sí, pero temo que no tenga el mismo modo de trabajar que su tío, y he pasado la edad de tomar nuevos hábitos. (*Hojeando otro expediente*): Ponga en la pila este también.

ESCENA II.

Dichos. ENRIQUE FALCONE (entreabre la puerta del fondo).

FAL. Buenas tardes, señor Rivas. ¿Está el Dr. Barrera?

RIV. Todavía, no, señor Falcone. Pero si gusta esperarlo.

FAL. ¿Tardará mucho?

RIV. No creo. Tiene cita á las dos con el Dr. Díaz y no puede tardar.
FAL. ¿Tiene cita con el viejo?
RIV. Con el Dr. don Mariano Díaz, su tío; sí.
FAL. ¿Tendrán que conversar mucho?
RIV. Tendrá quizá que ser algo larga la conferencia.
FAL. ¡Ah! Si, ya sé; le transfiere el estudío, ¿no?
RIV. ¿V. sabía?
FAL. Me dijo don Alfredo.
RIV. Pues, sí; y como le tiene que dar explicaciones sobre varios asuntos, quizá dure algo.
FAL. Bueno, entonces, volveré más tarde.

ESCENA III.

RIVAS, ARTURO.

RIV. ¡Que falta de respeto! ¡El viejo! ¡Y tan al corriente de todo! Ya sabía yo que iba á tomar Don Alfredo por hombre de confianza algún procurador por el estilo; sin asco para los asuntos, por tal que den; capaz de hacerlos brotar de cualquier pretexto, aunque tenga, para ello, que destrozar el honor del caballero, el pudor de la mujer, la tranquilidad del hogar ó la fortuna del huérfano. Para Falcone y sus semejantes, la mentira es juego; con juramento, hazaña; y el falso testimonio una profesión. A ellos es que debemos, todos los del oficio, la fama de que gozamos, el nombre con que nos saludan, de «aves negras». Tome, Arturo, lleve ese escrito al Tribunal de Comercio; Juez Peña, secretaría Hornos; y ese otro al Juzgado Federal. Allá me espera (*sale Arturo*).

ESCENA IV.

RIVAS, Dr. MARIANO DÍAZ.

RIV. (*solo*). Empezaré á arreglar mis papeles, pues creo cercana la mudanza.

(Abre los cajones de su mesita; saca papeles, expedientes y los arregla en la mesa).

(Entra Díaz).

DIAZ Buenos días.

RIV. Buenos días, Doctor.

DIAZ ¿No vino todavía Alfredo?

RIV. No señor.

DIAZ ¿No hay novedad, por acá? ¿no vino nadie?

RIV. No vino más que Falcone, el procurador.

DIAZ ¿Falcone? ¿Qué es lo que podría necesitar acá?

RIV. Preguntó por el Dr. Barrera; dijo que volvería.

DIAZ Pájaro de mal agüero que no puede anunciar cosa buena. ¿Lo conoce Alfredo? ¿Están en relaciones?

RIV. No sé, doctor. Supongo que sí.

DIAZ Espero yo que no; pues al abogado lo pueden juzgar por los procuradores que lo rodean, y me gustaría poco que Alfredo aceptase los asuntos que le pueda traer semejante gente. (*Rivas sigue arreglando papeles y vaciando los cajones de su mesa*) ¿Y V. que está haciendo? ¿Está por mudarse?

RIV. No, señor; estoy arreglando mis papeles, por si acaso; pues no sé si, retirándose V., me quedaré yo.

DIAZ ¿Y porque no se quedaría V. con mi sobrino?

RIV. No sé si querrá él, y le quiero dejar entera libertad. A gobierno nuevo, nuevo personal.

DIAZ Quédese, hombre, quédese. Sino, no estaría yo tranquilo.

RIV. ¡Oh! no le han de faltar á don Alfredo procuradores más.... activos que yo, seguramente.

DIAZ Sin quererle alabar, don Román, pocos encontrará más honrados; y esto es lo que vale.

RIV. Para los abogados de su laya, Don Mariano; pero para muchos de los doctores modernos, se necesita otra cosa.

DIAZ Si; son algo más ambiciosos; y, á menudo, menos conocedores de las leyes que de las vueltas que se las puede dar.

Hasta no faltan algunos, según aseguran, que caen en el deshonroso error de sobreponer su propio interés al del cliente; pero tengo la confianza, Rivas, de que Alfredo, imbuído en las enseñanzas y en los ejemplos que le dí, sabrá mantener su dignidad personal y la de la noble profesión á la cual pertenecemos, muy encima de vulgares anhelos de fortuna.

RIV. (*sin entusiasmo*) Doctor, no hay duda.

ESCENA V.

Dichos, ALFREDO.

ALF. Buenas tardes, mi tío. Buenas tardes, don Román. ¿Me hice esperar mucho?

DIAZ No; acabo de llegar.

ALF. Aquí me tiene V., tío, á su disposición.

DIAZ (*á Rivas*). ¿Preparó V. los expedientes que le dije.

RIV. Sí, doctor. (*Enseñando la pila en el escritorio de Alfredo*): Aquí están todos. Son pocos, pues el Dr. Barrera está al corriente de la mayor parte de los asuntos del estudio. Sólo aparté los que V. únicamente, y yo, como apoderado, conocíamos. Los principales son la testamentaría de Vazquez; la quiebra de Zalazar, Milanes contra Fuentes y dos ó tres de menos importancia: el pleito de don

Domingo Testaferro, con un fabricante inglés, por falsificación de una marca; y la reivindicación de una propiedad, del señor de la Palma.

DIAZ Bien. He dado cita aquí á Zalazar y á Milanes que te quiero presentar, y escribí á todos los demás, avisándoles que, de hoy en adelante, tendrían que entenderse contigo para sus asuntos, los cuales, naturalmente, serían atendidos por mi sucesor con la misma consagración que personalmente les había dedicado.

ALF. Mil gracias, mi tío; y fuera de que mi saber es poco, espero poder cumplir con la promesa que V. les hizo.

DIAZ Mis consejos no te han de faltar, y siempre consultaremos cualquier punto difícil que se pueda presentar. (*Tomando un expediente*).

La testamentaría de Vazquez es un asunto de los más sencillos, aunque se trate de una fortuna cuantiosa, y casi concluído. Si me ocupé personalmente de ella, ha sido por la amistad que siempre tuve con el finado. Los bienes son una estancia de seis leguas en el sur, bien pobladas de haciendas; los herederos son la viuda y sus hijos, menores de edad.

La gran dificultad era la administración del establecimiento. Por suerte, un joven López, estanciero tambien, de regular fortuna y vecino de Vazquez, parece haberse prendado de Clotilde, hija mayor de éste; y cuando murió Vazquez, de resultado de una caída desgraciada, López se ofreció gentilmente para atender los intereses de la viuda. Todo anda perfectamente; el hombre es serio, ordenado, muy entendido.

No se ha declarado todavía; pero es de suponer que pronto lo hará y que será aceptado.

Hoy á las cuatro, vendrán á verte la madre y la hija; no podré estar para presentarte,

porque tengo sesión en el ferro-carril; pero Rivas las conoce y te las presentará. ¡Ah! y esto me hace acordar que te tengo que anunciar otra visita, para hoy tambien. ¡A ver! ¡adivina!

ALF. ¿Qué visita? tío.

DIAZ ¿No adivinas?.... ¡Será tan poco perspicaz el corazón de los jóvenes! ¿No te acuerdas de los Álvarez? en casa de quienes pasaste toda tu niñez y parte de tu juventud, antes de venir á la capital, á estudiar.

ALF. ¿Don Pedro y doña Josefina? ¡como no me voy á acordar! ¿Han venido á Buenos Aires?

DIAZ Doña Josefina, sí. Don Pedro ya murió.

ALF. Es cierto.

DIAZ Y viene ella con tu amiguito de otros tiempos, Venancio, hecho un hombre, por supuesto, y con tu.... amiga, tu amiguita Dionisia, que se ha vuelto una preciosura.

ALF. ¿Y á que habrán venido?

DIAZ Según me dijo la madre, Venancio piensa entrar en la Facultad de Derecho. Han realizado parte de su pequeño haber para facilitárselo y van á instalarse.

ALF. Pero son muy pobres; es una locura.

DIAZ Venancio trabajará. ¿Porqué no lo tomarías tú en tu estudio?

ALF. No digo que no. Pero lo poco que le podré dar no les alcanzará para vivir.

DIAZ Algo tienen; y esto siempre los ayudaría.

ALF. ¿Cuándo vendrán?

DIAZ Esta misma tarde. Bueno, sigamos; que se nos vá el tiempo. (*Mira el reloj*). Las dos y media. Rivas, vea si ha venido Zalazar. Ha de estar esperando.

RIV. (*Se asoma al vestíbuto y llama*) Señor Zalazar, pase V. adelante.

ESCENA VI.

Dichos, ZALAZAR.

DIAZ Señor Zalazar, he querido presentarle á mi sobrino, el Dr. Barrera á quien transfiero, desde hoy, mi estudio.

ZAL. (*Saluda al Dr. Barrera; se dan la mano*). Doctor, mucho gusto....

ALF. Igualmente, señor.

DIAZ Espero que no tendrá V. inconveniente en que el doctor siga defendiendo en mi lugar, su causa.

ZAL. Ninguno, Doctor Basta su recomendación.

DIAZ Bueno; le explicaremos entonces el asunto. El señor Zalazar era almacenero por mayor y sus negocios prosperaban, cuando se le ocurrió especular en tierras. La restricción del crédito en los bancos lo encontró con parte de su capital inmobilizado; algunos de sus clientes más fuertes de la campaña no pudieron pagar y se encontró imposibilitado de hacer frente á sus compromisos. Todo se hubiese arreglado con facilidad, si uno de sus acreedores, Martinez é hijos, no lo hubiese obligado á presentarse en quiebra.

Estos dominan, por el gran crédito que les tienen abierto, á muchos otros; y entre todos, forman una mayoría que se opone tenázmente, desde un principio, y, — lo que da de pensar, — contra sus propios intereses, á cualquier arreglo que ofrezca el señor.

ALF. ¿Habrá de por medio algún interés?

ZAL. Justamente, doctor; acertó V. Supe que su ensañamiento no era más que una maniobra para conseguir barata la propiedad de unos grandes terrenos sobre el Riachuelo que, hace un año, les arrebaté á fuerza de pesos.

ALF. ¡Ah! muy bien; entiendo.

DIAZ Mañana, á la noche, se reunirán los acreedores; según lo que decidan verás lo que mejor convenga hacer para salvar al señor Zalazar del mal paso.

ZAL. (*á Alfredo*). Doctor V. tiene en sus manos, casi se puede decir, la vida de un hombre, de un padre de familia, que si, por ambición, ha sido algo imprudente, no merece la ruina completa y la deshonra con que está amenazado. El doctor Díaz lo sabe; y en V. como en él, confío.

ALF. Pierda V. cuidado, señor Zalazar. Haré todos los esfuerzos posibles para que no se lo coman todo.... (*á parte*) ellos solos.

ZAL. Gracias, doctor. Mi agradecimiento....

ALF. (*amable*). Resérvelo, señor; resérvelo para después (*sale Zalazar*). (*A parte*) Siempre quieren pagar adelantado.... con palabras.

ESCENA VII.

DIAZ, ALFREDO, RIVAS, despues MILANES.

DIAZ (*á Rivas*) ¿Habrá venido Milanes?

RIV. Si, señor; ahí está (*llamando al vestíbulo*) Señor Milanes, pase.

DIAZ ¿Como está, Milanes? (*presentando*): El doctor Barrera, quien va á tomar desde hoy la dirección del estudio.

MIL. Doctor (*se saluda con Alfredo*).

DIAZ (*á Alfredo*). El señor vendió con pacto de retroventa, en un momento de gran apuro, á un señor Fuentes, y por la mitad de su valor, una magnífica casa en la capital. Algún tiempo antes del vencimiento, fué á ver á su acreedor, pidiéndole que le renovara el pacto. El señor Fuentes accedió, pero verbalmente, y Milanes, por supuesto, no se ocupó de buscar fondos, los que facilmente hubiese encontrado. Cuando se trató de ha-

cer la nueva escritura, el señor Fuentes se negó, declarando que se quedaba con la propiedad.

ALF. ¡Magnífica operación!

DIAZ Por suerte figuran en la escritura unos intereses que más huelen á hipoteca que á venta, y como el señor siguió viviendo en la casa, sin pagar alquileres, podrán presumir los jueces que no habido venta, sino hipoteca.

Se puede perder el asunto; pero está bien encaminado, y otros juicios iguales ó parecidos, ya resueltos por la Corte, hacen esperar que lo ganaremos.

MIL. Sería gran injusticia que fuese de otro modo.

ALF. ¡Eh! Señor, la ley siempre sale injusta para alguno.

MIL. Es que sería la ruina para mí.

ALF. Para que uno se enriquezca, casi siempre se arruina otro. Pero haré yo todo lo posible, aunque nada se pueda presumir, (*con intención*) para salir bien con el asunto.

MIL. Cuento, doctor, con su ciencia, y de antemano, mi gratitud....

ALF. (*irónicamente amable*) No le pido anticipos, señor.

ESCENA VIII.

DIAZ, ALFREDO, RIVAS.

ALF. En resumidas cuentas, son todos asuntos bastante sencillos.

DIAZ Si, y de honorarios seguros. Pero se trata de conseguir que nuestros clientes salgan agradecidos y nosotros, airosos. ¿No lo entiendes así?

ALF. Como no, tío. Aunque el agradecimiento de los clientes....

DIAZ Es la mejor recompensa del abogado digno de serlo.

ALF. Pero no dá de comer.

DIAZ No te digo que se deba renunciar á la legítima compensación de un trabajo inteligente; pero no debe ser ésta el objetivo único, ni siquiera principal del abogado. Tenemos la honrosa misión de defender con nuestra ciencia al ignorante; de proteger al desamparado; de salvarlo de los peligros que siembran en su camino, con la falseada interpretación de las mismas leyes, las aves de rapiña que puedan amenazar su honra, sus bienes, su vida. Alfredo, he tratado de inculcarte el amor y el respeto á nuestra profesión; ninguna es más noble, pero ninguna tampoco, en ciertos casos, puede llegar á ser más abyecta.

Creo que contribuirás con todas tus fuerzas á enaltecerla.

ALF. Y á enaltecerme con ella, mi tío; se lo juro. No tenga V. cuidado, que trabajaré como es debido. (*Enseñando los expedientes que quedan en la mesa*) ¿y estos expedientes?

RIV. Estos son de menor importancia, aunque de bastante trabajo.

ALF. ¿Y darán siquiera regulares honorarios?

RIV. No me parece.

ALF. Entonces. ¿Para que sirven?

DIAZ No seas codicioso, Alfredo; sirven para conocer á la humanidad pleiteadora, en sus más curiosas variedades, y á estudiar á fondo ciertas cuestiones de derecho que, sin el empeño de algunos clientes, miraríamos quizá superficialmente. Este Domingo Testaferro, por ejemplo, es un fabricante de perfumes, que no se resigna á que, desde Europa, manden registrar aquí marcas conocidas que, naturalmente, son una competencia formidable para la suya; y con tanto encarnizamiento sostiene su derecho de prioridad, que ni la Corte Suprema se atreve á dar sentencia antes de varios años de cavilaciones.

RIV. Lo peor es que el provecho siempre será poco, pues el pobre Testaferro, con tantos pleitos, acabará por arruinarse.

DIAZ Es cierto; pero ¡son cuestiones tan interesantes, del punto de vista jurídico!

ALF. ¡Bah! mientras algo tenga, de algún modo le hemos de sacar jugo.

DIAZ ¡Alfredo! ¡que expresiones y que pensamiento!

ALF. Pero, mi tío, ¿le parece mal que no me guste trabajar de arriba?

DIAZ El hombre que no es algo desinteresado pronto se vuelve ávido, y mal puede entonces, defender, creo, intereses ajenos.

ALF. Al contrario, tío, los defiende con más brío, para que alcancen para todos.

DIAZ Cállate, hombre; pues, aunque estoy convencido de que no piensas así; no quiero oir de tu boca esas cosas.

ALF. Son chanzas, tío.

DIAZ Ni en broma, me gustan.

RIV. También he puesto aquí el expediente de reivindicación de don Carlos de la Palma.

DIAZ Es cierto; me olvidaba. Ahí tienes otro cliente lindo. Creo su causa justísima, y por esto de ella me encargué; pero tiene una manía, el pobre, la de creer que todas las conciencias están en venta y la de quererlas comprar todas.... por intermedio de otros.

ALF. Excelente, si tiene con qué.

DIAZ ¡Alfredo! ¿te prestarías tú á semejante tráfico?

ALF. ¿Por cuenta ajena? no, tío.

DIAZ A Dios gracias, y por honor de nuestra justicia, á pesar de ser hombre rico, no ha podido todavía, creo, comprar cosa que valga.

RIV. En general, y por mucho que uno lo pague, poco vale lo que así se compra.

ALF. Se habrá dirijido mal.

DIAZ Quiso, efectivamente, á veces, apuntar muy arriba.

ALF. Y sin cargar bastante la pistola.

DIAZ Pero, hijo ¿dudarías de los jueces?
ALF. (*riéndose*) Dios me libre, tío; si, al contrario, pienso, en caso de no darme bastante el estudio, entrar en la magistratura.
DIAZ (*indulgente*). Bueno, basta de blasfemias, muchacho loco. Tengo que irme. Rivas te pondrá al corriente de los asuntos menores. Consérvalo á tu lado; es hombre de buen consejo y hace veinte años que trabajamos juntos.
RIV. Gracias, doctor Díaz.
DIAZ Adios; que estoy muy atrasado.

ESCENA IX.

RIVAS, ALFREDO.

(Rivas sigue arreglando sus cajones y papeles).

ALF. (*á parte*) Si, bastante. Pobre tío; tan bueno. Hombre de otros tiempos; rígido, modesto, servicial, honrado á carta cabal; un código ambulante; pero, con un modo de trabajar que es una verdadera ruina.
En fin, veo que me deja algunos asuntos que, bien manejados, pueden dar algo.
Señor Rivas, ya que desde tantos años, trabaja V. con mi tío, dígame ¿cuánto producía el estudio, año con otro?
RIV. ¡Oh! doctor, año con otro, en los diez últimos, por ejemplo, se puede calcular, mas ó menos, unos veinte á veinticinco mil pesos, tomando únicamente los asuntos corrientes, se entiende, sin contar los honorarios fijos del doctor Diaz en las compañías de las cuales es abogado.
ALF. Veinte á veinticinco mil pesos; no está tan mal.
RIV. Ya lo creo. Sobre todo que don Mariano siempre ha elegido los asuntos, rechazando

todos los que le parecían algo dudosos ó turbios, por mucho que le hubieran podido producir.

ALF. ¿Y le parece que hacía bien?

RIV. A esto debe la buena fama de que goza.

ALF. Y tambien su poca fortuna. Pues yo, don Roman, le debo declarar, desde ya, que no pienso trabajar así; que consideraré bueno todo asunto que me pueda dar algo, á las buenas ó á las malas. Siempre he creído que cada cual, en este mundo, debe trabajar para sí primero y como soy pobre y que no quiero quedar pobre, de mi profesión tengo que sacar dinero. ¿Seguirá V. así mismo, trabajando conmigo?

RIV. ¿Porque no? Doctor; pero le prevengo que me será difícil traerle otra cosa que asuntos limpios. Costumbre vieja, ¿sabe?

ALF. Traiga V. lo que quiera; cualquier asunto, con un poco de.... habilidad, se puede volver bueno.

RIV. (*á parte*) Como quien dice sucio.

ALF. ¿Conoce V. á Falcone?

RIV. Sí, doctor.

ALF. ¿Hombre inteligente, no? ¿buen procurador activo?

RIV. Sí, sí, doctor; y algo más.

ALF. Pienso emplearlo; ¿le parece conveniente?

RIV. ¡Como no! para ciertas.... tareas, es especial.

ALF. Para todo se necesita gente, don Roman.

ESCENA X.

Dichos, FALCONE.

FAL. (*entreabre la puerta*). ¿Se acabó la conferencia?

ALF. Si, si; entre, Falcone. Vds. se conocen; no los presento. (*Falcone y Rivas se saludan algo friamente*).

RIV. Doctor, si no me precisa, iré á los tribunales y volveré para presentarle á la señora de Vazquez que debe venir esta tarde y acabar de ponerle al corriente de los expedientes.
ALF. Bien. Hasta luego.
RIV. Señor Falcone.
FAL. Señor Rivas.

ESCENA XI.

ALFREDO, FALCONE.

FAL. Mi viejo contrario don Román. Parece que siempre me quiere comer con los ojos.
ALF. No crea; me habló muy bien de V. y espero que, ya que se han de encontrar á menudo en el estudio, pronto serán muy buenos amigos.
FAL. ¿Quién sabe? doctor. No tenemos las mismas ideas; pero no importa. No necesitamos pelear, ¿no le parece?
ALF. Es claro. Cada cual trabaja como lo entiende. Lo principal es trabajar bien, es decir con provecho.
FAL. ¡Claro! y ¿que tal? doctor. ¿Hay algo aquí?
ALF. Poca cosa: los principales asuntos son una testamentaría: seis leguas de campo....
FAL. ¡Bueno, esto!
ALF. Pobladas.
FAL. ¡Lindo!
ALF. Herederos: la viuda y los menores.
FAL. ¡Excelente!
ALF. Hay una hija grande.
FAL. ¡Magnífico!
ALF. Tiene, ó pronto tendrá, por novio un vecino que les maneja la estancia.
FAL. Trataremos de manejar nosotros la estancia, de mandar al candidato al diablo, por tal que la hija sea buena moza y le convenga á V. casarse con ella.

ALF. Anda muy ligero, V. Es hombre de imaginación. Pero la testamentaría está ya casi arreglada y además, Rivas es el apoderado y no vá á dejar así no más que V. le meta la mano.

FAL. Rivas no es hombre de impedir que yo meta la mano donde quiera.

ALF. Otro asunto es la quiebra Zalazar.

FAL. Conozco; estoy en antecedentes, y creo que en ese asunto, andaremos admirablemente. Con el viejo no me hubiera atrevido; pero con V. me atreveré.

Hay que arreglar con los Martinez. Vds., por supuesto, no pueden; pero yo puedo.... si V. me facilita.

ALF. En lo que pueda le ayudaré. Es un asunto que no se puede dejar así. Sería perjudicar á todos, y.... á nuestro mismo cliente. Hay que terminarlo.

FAL. Y lo hemos de terminar. Román, quizás, estorbe algo.

ALF. Si embroma mucho, le haremos renunciar el poder.

FAL. Así me gusta. Con V. doctor, nos hemos de entender, verá. ¿Hay otro más?

ALF. Si; un asunto de retroventa. Milanes contra Fuentes.

FAL. No conozco.

ALF. Nosotros defendemos á Milanes. Reclama la posesión de la propiedad vendida por él. No le faltan motivos; pero él otro tiene en mano la presa y no la quiere soltar.

FAL. Tiene razón, si es buen negocio.

ALF. Mire que nuestro cliente se considera tambien como dueño del terreno y tampoco quiere aflojar.

FAL. Es más fácil hacer aflojar á un cliente que á un contrario.

ALF. Si; pero....

FAL. Pero ¿que? ¿para quien trabaja V.?

ALF. ¡Hombre!....

FAL. ¿Y entonces? El abogado vivo no debe tratar de ganar un pleito por el puro gusto de ganar un pleito. Pues, en ese caso, sólo gana sus honorarios, siempre discutidos y mezquinados por el cliente; cuando no tiene que recurrir á la tasación judicial y á la ejecución para hacerse pagar.

ALF. Bueno; pero se puede llegar á una transacción.

FAL. ¡Peor! la transacción á nadie deja contento y los honorarios, con ella, son todavía más reducidos. Es el gran medio de Rivas; él es pregonero entusiasta de las transacciones. ¡Tranzar! tronchar, en lo mejor de su vida, con un arreglo más ó menos enclenque, los años de un lindo pleito bien gordo y todavía lleno de porvenir. ¡Que absurdo! Para evitar, dice, gastos y perjuicios ¿y que nos importa á nosotros, esto?.... ¡Hay gente tonta! Como si lo mejor no fuera, en todo asunto, estudiar primero cual es el verdadero interés personal de cada litigante, y hacer discretamente el gusto al que más pueda pagar el servicio.

ALF. Son teorías algo distantes de las de mi tío, pero tienen sus fundamentos.

FAL. ¿Otros asuntos?

ALF. Si, pero de menor cuantía. Los pleitos de Domingo Testaferro.

FAL. ¡Ah! si; ya sé ¿quién no conoce al Testaferro ese? Tambien algo todavía se le puede sacar, y ¿que más?

ALF. Una reivindicación de don Carlos de la Palma.

FAL. ¿El que siempre quiere comprar á los jueces?

ALF. Si.

FAL. Tambien lo conozco. Un loco; pero productivo, en ocasiones.

ALF. Hay otros asuntos, bastantes; pero no corren prisa y los iré estudiando poco á poco.

FAL. Bueno, doctor. En todo esto pensaremos, y mañana, si quiere, ya empezaremos á trabajar.

ALF. Sería mejor volvernos á ver esta tarde, á las cinco.

FAL. Bien; á las cinco. (*A parte*): Alcanza la pesca para una regular fritada.

ESCENA XII.

ALFREDO.

ALF. (*mira el reloj*). Las cuatro. No pueden tardar mis visitas.

Lástima que ya tenga novio esa señorita de Vazquez; hubiera podido entrar yo también de heredero. ¡Bah! en alguna forma he de sacar mi parte. (*Pensativo*) Quizá la visita que más me interese sea la de Dionisia. ¡Dionisia! el recuerdo más luminoso de mi niñez, de toda mi vida pasada.

¡Pobrecita! Extrañaría mucho que no haya sido por su consejo que doña Josefina se haya decidido á dejar su pueblo para venir á la capital.... Por lo demás, me gusta poco la ocurrencia.

Tengo hoy otras ambiciones que cuando, juntos, íbamos á la escuela, y Dionisia, (*con resolución*) Dionisia no debe ahora pensar en mí, ni menos figurarse que yo en ella pueda pensar....

Hubieran hecho mejor en quedarse allá.

ESCENA XXIII.

Dicho, RIVAS, Doña ANA VASQUEZ, CLOTILDE (de luto).

RIV. (*abriendo la puerta; hace entrar á las señoras*). Doctor, ¿se puede? Encontré en la escalera á la señora de Vazquez y á su hija. Permita V. que se las presente. El doctor Barrera.

ALF. Señora, señorita. Siento que mi tío las haya hecho molestarse. Con el mayor gusto, hubiese yo ido á visitar á Vds. en su casa.

ANA Es que casi todo el día estamos fuera del hotel.

Hemos venido por muy pocos días y tenemos tantas cositas que hacer que están contados nuestros momentos. Además, sólo queríamos conocer al nuevo encargado de la testamentaría de mi pobre esposo. ¿Le parece, doctor, que todo se acabará pronto?

ALF. Así creo, señora.... si no sobreviene algún contratiempo, por lo menos.

ANA ¿Podría sobrevenir alguno?

ALF. No pienso, señora; aunque siempre hay que contar con sorpresas, mientras tiene uno que hacer con los tribunales.

ANA El señor Rivas nos aseguraba hoy que de aquí pocos días estaría todo terminado.

RIV. Y así lo creo, señora.

ALF. V. siempre es muy optimista.

RIV. Pero, doctor, en ese caso, no veo lo que podría entorpecer la marcha del asunto; son puros trámites sencillos.

ALF. Es cierto. Tiene razón. ¿Quien sabe, señora, si lo que me hace soñar con contratiempos no es algún inconsciente deseo de conservar á Vds. más tiempo en la ciudad.

ANA. (*algo sorprendida; coqueteando*). Demasiado amable, doctor Barrera; pero, con ó sin contratiempo, nosotras tenemos que volver á la estancia, donde no hay, ni siquiera, mayordomo.

CLO. ¿Y López? mamá.

ANA ¡Oh! Lopez, Lopez, un comedido, no más. (*Clotilde marca desagrado al oir esto*) y de cualquier modo, aquí está don Roman para atender nuestros asuntos, bajo la dirección de V., doctor Barrera, se entiende, ya que V. reemplaza á su tío.

RIV. Y serán atendidos, señora, como V. lo sabe,

con el mayor esmero. Desearía, señora, darle justamente algunos datos sobre la marcha del asunto y entregarle copia de las últimas cuentas que V. todavía no tiene. ¿Nos permite, doctor?

ALF. Hagan, hagan.

RIV. Es cosa de un momento. ¿Quiere V. tener la bondad de sentarse aquí, señora.

(Ramón lleva á la señora de Vazquez á su mesa. Ella se sienta, él le enseña papeles, le explica cuentas, le hace firmar dos ó tres recibos, todo en voz baja. Alfredo aprovecha la situación para conversar con Clotilde).

ALF. ¿Qué le parece á V. la ciudad, señorita?

CLO. Me gusta pasar en ella algunos días, de vez en cuando; pero no deja de aturdirme un poco.

ALF. Así mismo, estoy seguro que bien pronto se acostumbraría V. á vivir en ella.

CLO. ¿Quién sabe? señor; mis gustos son muy campestres.

ALF. Todas las niñas que han pasado en el campo su juventud así creen; pero están en un error. La ciudad tiene tantos atractivos, que pronto las subyuga, y tan pocos, en realidad, tiene la campaña, sobretodo para las señoritas, que pronto de ella se olvidan.

CLO. No crea, señor. Teniendo, como en la estancia las tenemos, buenas comodidades, esa vida sana, tranquila, tiene sus goces. Y por mi parte, no la cambiaría por la vida de placeres y de agitación mundana que veo que llevan aquí todas mis amigas.

ALF. V. todavía,—y se comprende,—está bajo el peso de la tristeza que ha dejado en su ánimo el fallecimiento de su señor padre. Han de cambiar, con el tiempo, sus ideas; así por lo menos, creo; quizá porque lo deseo; pues ahora que he tenido el gusto de conocer á Vds. me parece que su ausencia me causaría como un pesar.

CLO. ¡Oh! demasiado poco nos habrá visto para poder sentir mucho nuestra ida.

ALF. Hay personas, justamente, á quienes basta

haber visto una vez, para aspirar á la dicha de verlas siempre.

CLO. Muy amable, doctor; pero nos ha de volver á ver. Cada dos ó tres meses, venimos con mamá á Buenos Aires, á pasar una semana, y seguramente tendrá ella el mayor gusto, prescindiéndose, entiendo, de los negocios, en recibir á V.

ALF. Simple cortesía, más cruel que consoladora, la que así ofrece V., señorita.... al abogado, algo como una remuneración provisoria de sus trabajos. Pero no le había pedido nada, que yo sepa, el abogado.

CLO. Supongo que á mi personalmente nada puede tener que pedir; por lo demás, nada le tendría que dar.

ALF. ¿Están embargados.... sus bienes?

CLO. Están algo.... empeñados, doctor.

ALF. ¿Y tan adelantada la demanda que esté en vías de ejecución?

CLO. Todavía, no doctor; por nuestro luto, primero, y porque mamá desearía que antes, se acabasen esos asuntos tan fastidiosos de la testamentaría. De modo que si no le puedo dar nada, algo le puedo pedir.... al abogado: y es que nos tenga lástima, á mi.... acreedor y á mí, y que apure las cosas lo más que pueda.

ALF. Proteger á los enamorados no es cosa de mi edad, señorita, y más envidia siento á su.... acreedor que ganas de ayudarle.

CLO. No tenga V. envidia, doctor, por tan modesta prenda; que á más de una encontrará más digna de su mérito.

ALF. Por difícil que sea, trataré de no acordarme, señorita, de su gracia y de sus encantos, merecedores, por cierto, de otra suerte que de la de quedar enterrados en la soledad del campo.

CLO. Fácilmente se olvida lo que sólo se ha soñado.

(La señora de Vázquez se levanta y dice á Román):

ANA Está bien, señor Rivas; y veo que todo anda perfectamente. (*A Alfredo*) V. dispensará, doctor, que lo haya dejado tan desamparado, sin más tabla de salvación que la conversación siempre algo insulsa de una niña.

ALF. Al contrario, señora; y le agradezco haberme dado ocasión de aprender de la señorita cosas que no hubiese sospechado.

ANA ¿Cuáles?

ALF. Que algún día, renegaría de no ser, en vez de doctor en leyes, un simple criador de hacienda, y que no hay hombre, por fuerte que se crea, que esté libre de ser víctima del rayo.

ANA Y tambien, — según ya puedo colegir, — que se suelen criar bastante necias las niñas, en el campo.

CLO. Pero, mamá.

ANA Callate.

ALF. Y sin compasión, señora, por los á quienes dejan heridos.

ANA ¿No ves?.... Trataremos, de hallarle remedio. ¿Nos acompaña, señor Rivas?

RIV. Con el mayor gusto, señora.

ANA Nos volveremos á ver mañana, doctor. Necesito hablar con V.

ALF. Señora, á sus órdenes. Señorita. (*Las acompaña las saluda; las deja salir y llamando á Rivas*) ¡Ah! Rivas, me olvidaba. (*Rivas vuelve; le dice en voz baja*): ¿Cuantos hijos son?

RIV. Dos, no más. Clotilde y un hermano.

ALF. ¡Ah! bien, gracias; vaya, vaya, que lo están esperando.

ESCENA XIV.

ALFREDO,

ALF. Bonita la muchacha; educada, rica. La madre á mi favor, sin la menor duda. El padre.... finado. Un hermano solo. ¡Cuidadito! don.... Lopez, pues á mi tambien me gusta.... la bolada. (*Golpean en la puerta*) ¡Adelante!

ESCENA XV.

Dicho, JOSEFINA, DIONISIA VENANCIO. Este abre la puerta y deja entrar á doña Josefina y Dionisia.

Dionisia lleva un pañuelo á cuadros, muy sencillo, pero algo llamativo. Toda su actitud tiene que ser de ingenua admiración hacia Alfredo.

ALF. (*adelantándose*). Ya los estaba esperando. Mi tío me había dejado entender que Vdes. probablemente vendrían (*afectuosamente*) ¿Como está? doña Josefina.

JOSE. ¿Cómo te vá? mi Alfredito querido; deja que te abrace (*lo abraza*) como cuando eras chico. (*Lo mira*). Tan alto, tan hombre, tan buen mozo.... y doctor....

ALF. (*con orgullo irónico*). ¡En leyes! ¿y Dionisia? ¿no me dice nada? ¿No me conoce ya?

DION. (*le dá la mano, ruborizándose*) ¡Oh! si, como no; á pesar de los cinco, seis, no sé cuantos años, que no nos hemos visto.

ALF. ¡Tan buena moza! Toda una señorita. ¡Y tú, Venancio! ¿Como te va? (*se abrazan*) tan hombre ya tambien. ¿Es cierto que quieres ser abogado?

VEN. Así parece. ¿Quién sabe?

ALF. ¿Cómo; quien sabe? ¿No es vocación, lo que te ha venido?

VEN. Vocación, si; pero, ¿como diré? incubada por Dionisia. No sé lo que le ha dado por insistir tanto en que yo viniera á entrar en la Facultad. Dice ella que tengo talento, ya que, á fuerza de pelear, he logrado recibirme de bachiller y que, trabajando, protegido por tí, he de salir bien y de llegar á ser, sino abogado, escribano siquiera, ó alguna cosa así. Lo cierto es que ella consiguió que mamá realizase nuestra casita y la chacra que te-

níamos y que, mal que mal, nos daba para vivir. Y aquí nos tienes, algo desorientados, mirando ya el porvenir con cierto recelo, pues aquí la vida es carísima, mucho más, en realidad, de lo que creíamos.

ALF. Ya lo creo que es cara.

VEN. Tememos que nos resulte una verdadera aventura.

ALF. ¿Quién hubiese creído que Dionisia, algún día, improvisaría aventuras?

DION. ¡Oh! dicen ellos; mamá lo mismo que Venancio; pero yo, creo haber tenido una verdadera inspiración.

JOSE. Según, hija, según; todavía no podemos saber. Alfredo será el que decida de nuestra suerte, y de algún modo, espero que nos ha de sacar de apuros.

ALF. En tanto no me puedo comprometer; pero desde ya, necesito un secretario, más bien dicho, un escribiente, y, puede, si quiere, Venancio, tomar el puesto. Le daré cincuenta pesos, para empezar; es poco, pero siempre les ayudará, y además irá conociendo la práctica del oficio, cosa mucho más necesaria que de conocer las leyes.

VEN. Te agradezco, Alfredo, y acepto.

DION. ¿No ves, Venancio, como es de bueno Alfredo y lo que te decía yo que sería nuestra providencia?

ALF. Te agradezco, Dionisia, tu confianza en mí. Todavía no tengo hecha mi posición, ni lejos, pues recien empiezo, se puede decir; pero siempre me encontrarán dispuesto á hacer para Vds. lo que para mí hicieron cuando era criatura.

JOSE. ¿Y nosotras? ¿En que te parece que nos podríamos ocupar para ganar algo, sin salir de nuestra casa?

ALF. Siempre ha de haber costuras en los registros, en las grandes tiendas. Me informaré; algo hemos de encontrar.

JOSE. Bien; y gracias, Alfredo. Ya lo hemos quizá molestado demasiado y nos vamos á retirar. Cuando hayamos encontrado casa, — pues estamos en el hotel, todavía, — te avisaremos para que nos vengas á visitar.
VEN. ¿Cuando quieres que venga á ocupar mi puesto?
ALF. Cuando gustes. Mañana, pasado.
VEN. Pasado mañana, vendré.
ALF. Muy bien. Adios, doña Josefina; adios, Dionisia. Hasta pronto.
DION. Hasta pronto (*con sugerente ternura*).

ESCENA XVI.

ALFREDO.

ALF. Hubiesen hecho mucho mejor en no venir acá. Pobre Dionisia; bien sé que me quiere. Hace años.... (*con energía*) Pero no quiero clientes pobres, ni amores.... sin plata.

ESCENA XVII.

Dichos, FALCONE.

FAL. (*entra, emocionado*). ¿Quién es esa niña, doctor, con quien me crucé en la escalera?
ALF. ¿Que iba con una señora y un jóven?
FAL. Creo que sí. No me he fijado más que en ella. Llevaba un pañuelo de cuadros grandes (*con entusiasmo*) ¡Hermosa la muchacha!
ALF. ¡Amigo! ¿le prendió fuego?
FAL. Si me quedo mirándola un poco más, me quemo todo.
ALF. Ha sido la compañera de mi infancia.... Pero, disponible, así mismo, Falcone, completamente.... ¿Si se anima?.... Lo que si, bastante pobre, le prevengo.

FAL. Pues, me gustaría mucho, aun pobre. De todos modos, yo bien gano para dos y ya es tiempo tambien que ande buscando.

ALF. Si gusta, lo presentaré. Estaba con la madre y el hermano, Venancio, á quien voy á tomar de escribiente; un buen muchacho. Hágase V. amigo con él.

FAL. Pues doctor, si no hay algún inconveniente, algún compromiso que lo impida, acepto la oferta.

ALF. Mañana mismo lo presento, hombre; pues, compromiso no le conozco ninguno á Dionisia. Bueno, trabajemos.

TELÓN.



ACTO SEGUNDO

DOS MESES DESPUES

ESCRITORIO PARTICULAR DEL DOCTOR BARRERA.—Cierto lujo severo y de buen gusto. Roble. Bibliotecas. Bronces. Muebles serios y otros confortables. Ciencia profesional y seducción. Cortinas discretas. Puertas con llaves; comunican, una, en el fondo con el vestíbulo; otra, á la derecha del espectador, con el dormitorio; otra, á la izquierda, con el estudio del acto 1º.

ESCENA I.

Por la puerta del estudio, entra Arturo, con una botella de tinta. Llena los tinteros, muda las plumas, arregla los papeles.

ARTURO.

ART. Tinta, plumas y sellos. (*Irónicamente trágico*): Tinta que mancha; dice el señor Rivas, plumas que desgarran y sellos para sentencias de muerte! Desde dos meses que se retiró el doctor Díaz, don Román se ha vuelto trágico. Por mí, lo que veo, es que aquí se anda con más plata en el bolsillo que en tiempo del doctor Díaz. (*Se oye la campanilla*) ¿Quién será? (*Juan, sirviente; de delantal, sale del dormitorio con un plumero y abre la puerta del vestíbulo. Entra la señora de Vázquez, de luto, elegante. Juan sale por el vestíbulo*).

ESCENA II.

ARTURO, Señora de VAZQUEZ.

ANA ¿Está el doctor?

ART. No ha vuelto todavía de los tribunales, señora; pero no debe de tardar. ¿Gusta esperarlo?

ANA Sí, lo esperaré. ¿Está el señor Rivas?

ART. Si señora. Está escribiendo en el estudio.

ANA Dígale que deseo verle.

(Arturo va á la puerta del estudio y llama):

ART. ¡Señor Rivas! ¿Puede V. venir un momento¿

(Entra en el estudio).

ESCENA III.

Señora de VASQUEZ, RIVAS.

RIV. ¡Señora de Vazquez! ¿Cómo está V.? ¿La familia?

ANA Bien; gracias.

RIV. ¿Ha venido V. sola?

ANA No, vine con Lopez y Clotilde que ya se van á casar.

RIV. Hacen muy bien, ya que se quieren; y me alegro mucho.

ANA ¿Y como anda esta testamentaría?

RIV. Algo paralizada, señora. Se nos ha atravesado un vecino, reclamando el importe de la medianería de un alambrado.

ANA Pero creía que todo esto había sido pagado por mi esposo.

RIV. No sé; y ya le iba á escribir á V. de buscar en los archivos de la estancia algún recibo ó documento que nos ayudase á quitarnos ese lazo.

ANA Entonces, en vez de adelantar, más bien hemos andado para atrás. ¡Que fastidio!

RIV. Si; fastidio. Y le diré que en este estudio, ahora, todo los asuntos, los más sencillos, los que tocaban á su fin ó estaban en vía de arreglo, de repente se enriedan con algún incidente, á veces de tan rara complexión que no sabe uno de donde puede haber salido. El doctor Barrera los acomete con brío; agota los recursos de la jurisprudencia y generalmente con éxito; pero estos incidentes todo lo demoran, y tambien cuestan á los clientes.

ANA ¿Será siempre casualidad?

RIV. Tantas casualidades juntas acaban por hacer una regla.

ANA ¿No será, supongo, por culpa del doctor Barrera?

RIV. Mire, señora; faltaría á mi deber si le disisimulase mis recelos al respecto; pues empiezo á sospechar que esas pequeñas dificultades no son más que los primeros indicios de algún plan formado con el objeto de sonsacarnos más y más dinero.

ANA ¡Oh! quién podría, señor Rivas, creer semejante cosa del sucesor del doctor Díaz?

RIV. Heredero será; sucesor, no; y la buena fama de antaño no sirve más, aquí, que para cometer con mayor provecho malas acciones.

ANA Pero contra nosotros no puede ser, señor Rivas. El doctor Barrera está enamoradísimo de Clotilde. La vez pasada, casi se le declaró y como me hubiese gustado ese candidato más que Lopez, lo alenté en sus anhelos, proporcionándole una entrevista, en mi presencia, con Clotilde.

Le confesaré que Clotilde, aferrada en su capricho por Lopez, resistió de tal modo los ataques de don Alfredo que éste se fué, creo, algo resentido; pero, no por esto...

RIV. Pues, señora, antes de oirla, podían quedarme dudas. Ya no me queda ninguna.

El doctor Barrera nunca ha estado enamorado de su hija; es incapáz de enamorarse. Lo único que lo haya podido tentar es la herencia....

ANA ¿No lo calumniará?

RIV. Casi me lo ha dejado entender. Pero, Vdes. las madres, son todas iguales. Hoy, basta que vean en una placa de bronce: «doctor» y que sepan que se trata de un soltero, para que, al momento, se encandilen y sueñen con su amor.... para alguna de sus hijas.

Y merecen deveras entenderse; pues ellos, por su parte, menos buscan á una mujer, á una compañera, que un trampolín.

Lo que V. debe hacer, señora, para su bien es quitarle la testamentaría al Dr. Barrera, y alegrarse de que, para su dicha, se case Clotilde con él á quien quiere.

ANA (*algo asustada*) ¿Y si se venga?

RIV. De dos males elegir el menor: echar al enemigo puertas á fuera y avisar al doctor Díaz, tambien bastante ciego, respecto á lo poco que vale su Alfredo....

En cuanto á mí, no me había quedado en el estudio sino para vigilar los intereses de V.; y comprenderá que, despues de esta conversación, tiene V. que elegir entre el doctor Barrera y su apoderado.

ANA ¡Oh! pero V. ni me deja tiempo para reflexionar.

RIV. El doctor no va á tardar en venir. V. está sobre aviso. Converse con él; despues tomará su resolución y me la comunicará luego, aquí mismo ó en su casa.

ANA Bien, señor Rivas, hasta luego. (*Rivas sale por el estudio*).

ESCENA IV.

Señora de VASQUEZ. Después ALFREDO.

ANA (*Dispuesta á la indulgencia*). ¿Será este jóven tan perverso? ¡Bah! Rivas exagera.

(Entra Alfredo, muy bien vestido, del vestíbulo).

ALF. ¿Usted aquí? señora. ¿Esperándome? ¿Hace mucho?

ANA Un rato, no más.

ALF. ¿Porque no me mandó V. avisar, en vez de molestarse?

ANA Sólo he venido por algunos días, y ando demasiado apurada para poder dar citas.

ALF. ¿Sola?

ANA No: Clotilde y su futuro esposo Lopez.

ALF. ¿Está por celebrarse pronto el.... sacrificio?

ANA No sea malo, doctor.

ALF. ¿Como no voy á ser malo, cuando veo que me han preferido algún campesíno á medio pulir, algún cuidador pampeano de vacas ó domador de potros?

ANA Pero doctor, ¿no ve que cuando lo conocimos, Clotilde estaba ya comprometida?

ALF. No estaba comprometida; V misma me lo dijo.

ANA Es decir que Lopez no me había todavía pedido la mano de Clotilde; pero sin que yo lo supiera, ellos se habían dado palabra.

ALF. Si V. hubiese interpuesto una negativa rotunda, como me había casi prometido hacerlo, no habría hoy tal compromiso; y mi amor no hubiese sido despreciado por la señorita Clotilde, pues ella sencillamente ha sido víctima de su ignorancia de la vida, y de su amor propio que le prohibía retirar su palabra.... sin que la ayudasen.

ANA Mire, doctor, V. está equivocado. V. sabe

cuanto le aprecio, cuanto me hubiera gustado verlo entrar en mi familia, y tambien sabe que para ello hice lo que podía hacer. Pero Clotilde quería deveras á Lopez, quien no es tan poco el cuidador pampeano de vacas, el campesino mal pulido que V. cree ó finge creer. Sin contar que le debemos muchos y grandes servicios por los cuales nunca ha querido aceptar retribución alguna....

ALF. Se contenta con la mano de la.... heredera.

ANA Pero, si es más rico que nosotros.

ALF. No importa; cien y cien son dcscientos.

ANA (*algo irónica*) ¿Y cero y cien?

ALR. Mi título bien vale cien.

ANA Todavía no se sabe.

ALF. ¿V. duda de que se los pueda hacer valer?

ANA Sería prematuro, doctor, todo juicio al respecto.

ALF. Pues, le aseguro, señora, que de algún modo y pronto los valdrá.

ANA Elija bien el modo, doctor; no cualquiera es bueno.

ALF. (*con rabia*). Para él que lucha, cualquiera sirve.

ANA No doctor; no crea; por ejemplo, no vaya V. á arriesgar en el combate su fama; pues si la perdiese, sería para siempre.

ALF. Con plata, retoña; y plata conseguiré.

ANA No la busque, doctor, en cualquier parte.

ALF. Numerosas son las vetas.

ANA Algunas no son muy puras.

ALF. Poco importa la procedencia. El metal no conserva manchas.

ANA Doctor, doctor; no han de ser estos los principios que le haya dado el doctor Díaz, su tío.

ALF. Cambian los tiempos, señora, y los principios.

ANA Pues ¿sabe V. que empiezo á sentir menos la resolución de Clotilde?

ALF. No entiendo....

ANA Digo que seducida por las apariencias, engañada por opiniones tan corrientes como erróneas, mi ambición materna había estado á punto de errar el camino.

ALF. ¿Le parece? mil gracias.

ANA Es que en la vida, la inteligencia y el saber no bastan; la ambición desenfrenada tampoco es prenda de dicha; y donde falta el corazón, todo falla. Doctor, hágame V. el gusto de llamar al señor Rivas.

ALF. ¿Para?

ANA V. lo verá.

ALF. (*va á la puerta del estudio y llama*): Señor Rivas.

ESCENA V.

Dichos, RIVAS.

RIV. ¿Deseaban? Senora.

ANA Quería, señor Rivas, notificar á V., que en vista de las dificultades recien surgidas en la testamentaría de mi finado esposo, el Dr. Barrera ruega á V. se sirva entenderse con otro letrado.

ALF. (*sorprendido*) (*á parte*): Confabulación. (*Alto*): Señor Rivas, agregaré, que, siendo ese asunto el único para el cual me eran algo útiles sus servicios, estimaré se sirva V. mudarse con su escritorio á otra parte. (*A parte*): Me la han de pagar.

ANA Doctor, me despido; señor Rivas, hasta luego.

ESCENA VI.

ALFREDO, RIVAS.

ALF. V. me ha traicionado; me ha calumniado. Es una infamia.

RIV. No negaré que he cumplido con mi deber.

ALF. Su deber era de servir los intereses del estudio, los míos.
RIV. Mi deber es de servir los intereses de los que me han honrado con su confianza.
ALF. ¡Los clientes! ¿V. sirve los intereses de los clientes?
RIV. ¿Le parece mal?
ALF. Mire; mejor que se retire. No nos entenderíamos.
RIV. Así creo. (*Sale por el estudio*).

ESCENA VII.

ALFREDO, FALCONE.

ALF. ¡Que rabia me da!
FAL. (*entreabre la puerta del vestíbulo*). ¿Se puede?
ALF. Entre, no más, ¡hombre!
FAL. ¿Qué tiene?
ALF. Rabiando con ese animal de Rivas y con esa vieja tonta de Vazquez.
FAL. ¿Qué ha habido?
ALF. Que contaba con la vieja para convencer á su hija que en vez de casarse con un campesino, se debía casar conmigo, y que me plantó; y que, seguramente, por los chismes de Rivas, me acaba tambien de quitar la testamentaría.
FAL. Mejor.
ALF. ¿Como? mejor. También cree V. que no merezco dirigirla?
FAL. No; no por ésto. Sino que lo deja más libre para patrocinar al nuevo cliente que le encontré.
ALF. ¿Qué cliente?
FAL. Un cliente lindo.
ALF. ¿Rico?
FAL. No, pobrísimo, pero lleno de.... aspiraciones.
ALF. ¿Y á que aspira? ¿es poeta?

FAL. ¡Oh! no; es hombre vivo.... quiero decir práctico; y sólo aspira á ganar una buena changa.

ALF. Explíquese.

FAL. Tiene en.... su poder los medios de probar que es hijo natural de don Vicente Vazquez; se piensa presentar por un intermedio, como apoderado, y deseaba que V. fuese su abogado.

Siéndolo ya de los herederos, hubiese sido difícil; pero ahora, no hay inconveniente; y es lindo asunto, interesantísimo del punto de vista jurídico.... y tambien del otro.

ANA ¡Ah! tentador! ¡Que venganza linda sería!

FAL. ¡Magnífica! mire que fulminante escrito de demanda puede V. hacer, doctor. Aquí le traigo los detalles del asunto (*le dá papeles*). Son un poco novelescos, y en ellos desempeña el finado un papel más bien algo fiero, que podrá V. aprovechar á sus anchas para causarles, á la viuda y á la hija, y al novio, un disgusto de mi flor.

ALF. Pero, ¿existe realmente ese hijo natural? ¿ó es producto de su imaginación?

FAL. No, no; es realmente hijo, y absolutamente natural; ahora, de Vazquez, eso, no sé; pero no importa, ya que hay pruebas. De todos modos, nosotros no corremos riesgo alguno. No podemos saber si mienten nuestros.... honorables clientes. Ya puede V. ir preparando el escrito, para presentarlo hoy mismo.

ALF. Y así voy á hacer, pues le garanto que me siento inspirado. Y, diga, Falcone, ¿como andamos de amores? ¿le corresponde la niña? ¿para cuando el casamiento?

FAL. (*triste*): Nada, doctor; una piedra. Como si estuviera enamorada de otro.

ALF. ¿Sí?

FAL. ¡Palabra! Venancio se lo puede decir....

¡Ah! doctor; he dado cita aquí á Fuentes, para ver de combinar algo con él para ese

asunto.... ¿sabe? Pero no lo quisiera recibir en el estudio; ¿puedo esperarlo aquí?

ALF. ¿Como no? y si me necesita, me llama. (*Sale por la izquierda*).

ESCENA VIII.

FALCONE.

FAL. Este hombre hará camino; ya no lo estorba ni un rastro siquiera, de delicadeza. ¡Fruto admirable de nuestro ambiente actual! ¡todo codicia! aventajado ejemplar de lo que puede producir un medio cultivo intelectual, sin más objetivo que de ganar plata y gozar de la vida.

¡Tener ese genio, y ser «Doctor»! ¡Que lástima no haber cursado en la Facultad! ¡Que águila.... negra hubiese hecho!

ESCENA IX.

FALCONE, FUENTES.

JUAN (*abre la puerta del vestíbulo y dice:*) El señor Fuentes.

FAL. Haga entrar.

FUEN. Buenos días, señor Falcone.

FAL. Adelante, señor Fuentes. (*Finjiendo abatimiento*) ¿Sabe que andamos muy mal?

FUEN. ¡No diga!

FAL. ¡Oh! Si, absolutamente. El doctor Díaz, ayudado por el procurador Rivas, ha puesto en excelente situación á su contrario Milanes, y francamente, no veo que pueda V. salir bien de ese paso.

FUEN ¿Cómo puede ser esto?

FAL. Los recibos dados por V. por intereses en vez de alquileres, agregados á otras pruebas

y á las declaraciones de los testigos que afirman todos que V. había consentido la renovación del pacto de retroventa, bastarán, — no hay la menor duda, — para que V. tenga que devolver á su dueño la hermosa finca de que ya (*irónico*) pensaba haberse apoderado.

FUEN. ¡Caramba! ¿como podríamos hacer? no se podrían cambiar esos recibos por otros que haría yo?

FAL. (*á parte*). Es admirable como los clientes, cuando están en apuros, vuelan derechito á los medios más sencillos.... para dar con la cárcel; ¡y despues nos tratan de aves negras! (*Alto*): Si, señor; se podría ¿cómo no?

FUEN. ¿De que modo?

FAL. El doctor Barrera ó el señor Rivas pide el expediente; se desglozan los recibos y se ponen otros en su lugar; se enmiendan las referencias respectivas hechas en el curso de los escritos y de las declaraciones de testigos, para que todo corresponda.

FUEN. (*con satisfacción*). Muy bien.

FAL. (*irónico*). Sería muy poco el trabajo, fácil y sin riesgo.

FUEN. Efectivamente.

FAL. Y seguramente que á ello se van á prestar con el mayor gusto el doctor Barrera y el señor Rivas.

FUEN. ¿No harán dificultad?

FAL. ¿Cómo la van á hacer? ¿no le parece á V. muy natural que traicionen los intereses de su cliente Milanes?

FUEN. ¿Cómo dice?

FAL. Digo que aunque se prestasen ellos, éste mismo, pronto se daría cuenta de la mistificación,—por no decir otra cosa,—y no le sería del todo imposible conseguir para V. y para todos sus cómplices, alojamiento gratuito en la penitenciaría.

FUEN. ¿De veras?

FAL. ¡Inocencia!

FUEN. Entonces, señor Falcone, ¿que me aconseja?

FAL. Transar.

FUEN. Pero si el mismo Rivas, el hombre de las transacciones, según me dijo V., se niega.

FAL. Se niega porque ve ganado el asunto.... ¡Ah! ¿si pudiéramos tener con nosotros al doctor Barrera? Pero, ¡mire quien! el sobrino del doctor Díaz; un hombre intachable.... Costaría mucho.

FUEN. ¿Cuánto?

FAL. ¿Cuánto calcula V. que ganaría, quedándose con la casa de Milanes?

FUEN. ¿Qué sé yo? unos diez mil pesos.... escasos.

FAL. ¿Nada más? entonces ni valía la pena de pleitear.

FUEN. ¿Y cuanto creía V. que me iba á dar el negocio?

FAL. Eso, no sé; pero no me atrevería á ofrecer al doctor Barrera menos de esos diez mil pesos de.... honorarios, para la ayuda que V. necesita.

FUEN. ¡Diez mil pesos! entonces, dejemos.

FAL. Bueno, dejemos. Lo que sí, V. va á perder con costas, y van á ser saladas.

FUEN. ¿V. cree?

FAL. Sin contar los daños y perjuicios.

FUEN. ¿Daños y perjuicios?

FAL. ¡Y como no! inevitablemente.
Y la vergüenza de haber entablado un pleito tan injusto....

FUEN. ¡Hé! la vergüenza.... ¡paciencia!

FAL. Yo, por mi parte, no puedo hacer de otro modo que de contar al doctor toda nuestra conversación; pues, como V. sabe, le debo toda mi ayuda, desde que me prometió la misma situación de Rivas, en su estudio.

FUEN. Pero esto sería violar mi secreto.

FAL. Secreto que es tan mío como suyo; y V. comprende de que efecto será en el ánimo del juez, la interesante narración de nuestras

entrevistas y de sus.... honestas proposiciones.

FUEN. No lo hubiera creído capaz....

FAL. Mire, señor, ¡no sea V. insolente!

FUEN. ¡Bah! V. no puede decir nada, porque no tiene testigos.

FAL. (*llamando*) ¡Arturo! ¡Venancio!

(Se presentan en la puerta Arturo y Venancio).

(*Con autoridad*): ¿Vds. han oído bien todo lo que me ha dicho el señor Fuentes, aquí presente?

(Arturo y Venancio miran algo sorprendidos y no contestan).

FAL. (*sigue*). Bien. Se pueden retirar (*se retiran*). Ya ve V. que testigos no nos han de faltar.

FUEN. (*á parte*) ¡Canalla! (*alto*) Bueno, amigo Falcone, todo esto son conversaciones. Arrégleme todo, y le aflojo cinco mil pesos.... despues de ganado el pleito.

FAL. Menos de lo que le dije, no me animo á ofrecer á una persona de tan reconocida honradez como el Dr. Barrera.

FUEN. ¡Lo que cuesta la honradez.... ajena!

FAL. Menos que la propia, muchas veces.

FUEN. Bueno, terminado que sea todo, le daré lo que V. pide; pero es una barbaridad.

FAL. Mire, señor Fuentes, que los trámites de esa índole se pagan adelantados.

FUEN. Le firmaré un compromiso.

FAL. Que los jueces se negarán á aceptar. ¡Son tan cosquillosos, á veces! y que V. será el primero en argüir de nulo.

FUEN. ¡Que esperanza! ¿Y esa es la confianza que V. me tiene?

FAL. Si, señor. ¿Le parece poca?

FUEN. Tan poca que sólo al doctor Barrera quiero remitir los fondos.

FAL. ¿Lo llamo?

FUEN. Llámelo.

FAL. (*llamando á la puerta del estudio*): Doctor Barrera, una palabra.

ESCENA X.

Dichos, ALFREDO.

ALF. (*Muy grave*) ¿Qué quería?

FAL. El señor Fuentes (*se saludan Fuentes y Barrera*) quiere depositar entre sus manos diez mil pesos para una obra de beneficencia.

FUEN. (*firmando un cheque.... protestando*). De beneficencia....

FAL. Sí, sí, de beneficencia, doctor; á pesar de la reserva del señor Fuentes; y yo le explicaré de que se trata; es un noble pensamiento.

FUEN. Aquí tiene, doctor; pero pienso que con semejante cantidad....

FAL. Sí, sí, mucho bien se puede hacer.

FUEN. Enfin, doctor, el señor Falcone le explicará.... ¿Me puede dar V. un recibito?

ALF. (*altanero y como que no entiende*) ¿Cómo dice?

FAL. (*á Fuentes*) (*á parte*) V. lo va á hacer fracasar todo. ¡Mire que es de una susceptibilidad!

FUEN. Sí, pero....

FAL. ¡Hombre! Despídase, y ligero; porque se va á hacer echar á patadas.

FUEN. Pero V....

FAL. Le explicaré, le explicaré. Despídase.

ALF. (*Con gravedad, despues de haber mirado y guardado el cheque*). Con su permiso, señor; me está esperando un cliente.
Muchísimo gusto en conocerlo.

FUEN. Mucho gusto, doctor.... Vd.... (*queda con la boca abierta, mientras ligero, se retira Alfredo para el estudio*).

FAL. ¿Ha visto? ¡que lumbrera ese hombre! Todo lo entiende á media palabra. Ya puede V.

irse tranquilo, que su asunto está en buen camino.

FUEN. Por lo menos, la portada es de oro.

FAL. Lo tendré al corriente.

(Fuentes sale meneando la cabeza).

ESCENA XI.

FALCONE, después ALFREDO.

FAL. Creo que el patron estará satisfecho.

ALF. (*asoma la cabeza por la puerta del estudio*). ¿Se fué?

FAL. Se fué. ¿Qué tal? ¿Está bien?

ALF. Esto siquiera, se llama trabajar.

FAL. Ahora, queda saber como arreglaremos las cosas.

ALF. ¿Qué cosas?

FAL. Para hacerle ganar el pleito.

ALF. ¿Para cumplir? ¿no? ¡que honradez! Pero V. había sido más correcto que el mismo Rivas para con sus clientes.

Pierda V. cuidado. Ya está todo arreglado, pues, á pesar de los esfuerzos de mi tío, siempre ha sido causa perdida la de Milanes. Tiene por su lado la equidad, pero Fuentes tiene la ley, y ganará.

Aquí tiene V. quinientos pesos por sus.... honorarios.

(*Amable*) Quien paga ligero paga dos veces.

FAL. ¡Ah! así no trabajo. V. me debe cinco mil.

ALF. ¡Cinco mil! pues señor, no faltaría más.

FAL. Mire, doctor, que si V. no cumple....

ALF. ¿Qué va á hacer V.?

FAL. ¡Oh! haré, haré.... Bueno; déme siquiera tres mil.

ALF. No, sería mucho, hombre; y sería un mal antecedente. Despues me pediría todo. Bueno, miré; voy á ser generoso; le voy á dar mil;

(*como amansándolo*) pero, amigos como antes, ¿no?

FAL. *(fingiendo conformidad entera)*. Bueno doctor; está bien. De todos modos, me gusta trabajar con V. Por eso, no más, acepto.

ALF. Tome *(le da los mil)*.

FAL. Gracias, doctor. No hemos perdido el día.

ALF. Ya lo creo.

JUAN El señor Martínez. *(Juan abre la puerta del vestíbulo)*.

ALF. ¿Lo hago entrar? ¿V. ha visto á Zalazar? ¿Tiene el....?

FAL. *(interrumpiéndolo)* ¡Martínez! Déjeme con él, doctor; lo llamaré á V. en oportunidad.

ALF. Bien, pero ¿tiene el....?

FAL. ¡Chito! *(Empuja suavemente á Alfredo en el estudio y cierra la puerta)*.
(A Juan): Haga entrar.

ESCENA XII.

FALCONE. Después MARTÍNEZ.

FAL. *(Amenazando hacia el estudio)*. ¡Cachafáz! ¡Ladrón! ¡Pillo! La suerte para él que andaba necesitado. Sino. Pero deja, no más, que me la has de pagar. ¡Ave negra! *(Juan abre la puerta; entra Martínez)*.

MAR. Entré por esta puerta ¿no me habré equivocado?

FAL. No, no, señor, está bien. Pase, no más.
¿Como está V., señor Martínez? Siéntese.

MAR. ¿Qué tal? ¿amigo Falcone? ¿que tal? ¿como andan esos negocios?

FAL. Regular, no más, señor Martínez. Se gana poco, en nuestro oficio.

MAR. Los que no saben trabajar; pero V. tiene buena clientela, y es hábil.

FAL. *(con intención)*. No siempre. También, los

clientes todo lo quieren para sí.... y los abogados.

MAR. Los abogados quizás, amigo Falcone, pero los clientes, no todos; y le aseguro que por mi parte, si me consiguiese de Zalazar el documentito que le dije, lo pagaría bien.

FAL. V. dice; pero ¿quién sabe? y tambien lo dice porqué demasiado sabe que es imposible.

MAR. ¿Porqué imposible? Cuestión de convencerle, no más; y cuando V. quiere, es elocuente, envolvente, y, si quisiese, seguro estoy de que se ganaría los....

FAL. ¿Los que?

MAR. Los pesos.

FAL. ¿Cuántos pesos?

MAR. Según lo que consiguiera.

FAL. Diga, pues.

MAR. Pues, si me consiguiese, en cambio de mi aceptación del treinta por ciento que ofrece Zalazar, aún garantido por mí á los acreedores, la cesión, por los cien mil pesos que le dije, de todos sus terrenos en el Riachuelo, le daría á V....

FAL. A ver, ¿cuanto? De todos modos, como no podré.

MAR. Le daría diez mil pesos.

FAL. ¿Al contadito? ¿al recibir el documento?

MAR. Al contado.

FAL. ¿Tendría V. inconveniente en comprometerse por escrito?

MAR. Ninguno.

FAL. Aquí tiene papel.

MAR. *(Escribe y firma. Entrega el papel á Falcone).* Aquí tiene el compromiso: válido por tres días.

FAL. No necesito tanto. ¿Tiene V. su libro de cheques?

MAR. Nunca salgo sin él. Con plata lista es que se hacen los buenos negocios.

FAL. Pues, entonces, ya me puede V. pagar, pues aquí tengo el documento firmado como V. lo desea.

MAR. ¿De veras?
FAL. Mire *(leen juntos):* «Conste por el presente que me comprometo á vender por cien mil pesos á los señores Martínez é hijos todos los terrenos de mi propiedad situados en el Riachuelo, sin excepción, con condición que dichos señores acepten por su cuenta y garantan á mis demás acreedores el treinta por ciento de sus créditos». Firmado: ZALAZAR.
MAR. Pues, amigo, V. ha trabajado admirablemente; con toda franqueza le confieso que no creía posible conseguir tanto. *(Firma el cheque).* Aquí tiene, señor Falcone, los diez mil pesos prometidos.
FAL. *(Toma el cheque y le dá el documento):* Gracias, señor Martínez.
MAR. El agradecido soy yo; y cuando necesito algún procurador, puede V. contar que lo mandaré llamar. Adios señor.

ESCENA XIII.

FALCONE, ALFREDO.

(En el mismo momento en que se retira Martínez, aparece por la puerta del estudio, abriéndola despacio, Alfredo, algo inquieto. Entra, cuando vuelve de la puerta del vestíbulo Falcone).

ALF. ¿Se vá Martínez?
FAL. Se fué ya.
ALF. ¿Porque no me llamó? ¿No han arreglado nada?
FAL. ¿Y que íbamos á arreglar?
ALF. Pero ¿V. no había visto á Zalazar? ¿no le había comunicado las exigencias de Martínez? no había acabado de convencerle que las debía aceptar, como era convenido, por escrito?
FAL. Lo ví; pero apenas pudimos conversar. Estaba muy nervioso é iba á salir.

ALF. Que estuviera nervioso, se comprende; le había machacado yo los sesos hasta dejárselos blandos, asustándolo con la quiebra y la ruina total, dándole como perdida toda esperanza.
Pensaba que casi sin esfuerzo iba V. á conseguir el documento que yo decentemente no le podia pedir, sino sólo aconsejarle de firmar.

FAL. Pues ya le digo; no pude casi hablarle.

ALF. ¡Caramba! ¡el compromiso cuya fórmula le había dado, se lo podíamos vender á Martínez por lo menos veinte mil pesos.

FAL. ¡No diga!

ALF. ¡Como no! ¡volando!

FAL. *(á parte)* Me clavé. *(Alto)*: ¡Bah! mañana lo veré á Zalazar.

ALF. Mañaña, será tarde. Esta noche es la reunión.

FAL. ¿Y porque no lo vé V.?

ALF. No conviene. Ya le dí mi opinión sobre la marcha del asunto.... que marcha mal, únicamente por que así lo hemos querido; pero pedirle yo ese documento, ya sería casi descubrirnos.

FAL. Descubrirse V., dirá.

ALF. Como V. quiera; y justamente para taparme es que V. sirve y que lo empleo.

FAL. Debo de ser de poco abrigo por lo que me paga.

ALF. En ese asuuto, le hubiese podido dar dos mil pesos.

FAL. *(á parte)* ¡He! no me he clavado tanto. *(Alto)*: Bueno, ya que es tan generoso, doctor, voy á ver si lo veo á Zalazar; *(á parte)* para que quede todo entre nosotros hasta despues de la reunión.

ALF. *(Le dá un escrito)*. Aquí está el escrito contra la señora de Vázquez; preséntelo ya. ¡Ah! No vuelva antes de las seis.

FAL. ¿Porqué?

ALF. Porque tengo que salir.

FAL (*receloso; á parte*). ¿Qué yo no vuelva antes de las seis? ¿Porqué será? (*Alto*): ¿Y que importa que vuelva, aunque V. no esté?

ALF. ¿Para que volvería?

FAL. Si; es cierto; tiene razón.

(Al llegar á la puerta, Falcone caviloso, pisa la llave que se ha caído. La alza, la mira, está por volverla á poner en la cerradura, cuando viendo que Alfredo le dá las espaldas, se la pone en el bolsillo, con un gesto de previsión).

ESCENA XIV.

ALFREDO.

ALF. ¡Que gente! Exigentes y necios. Tan bien que estaba preparado el otro, cuando salí de su casa; enteramente caído, desesperado, dispuesto á cualquier sacrificio para evitar la quiebra. Con cinco minutos de conferencia, no digo Falcone, que, al fin y al cabo, es diablo, cualquiera le hacía firmar mi fórmula de arreglo. ¿Quien sabe, ahora?

ESCENA XV.

ALFREDO, ARTURO, CARLOS DE LA PALMA.

ART. Doctor, está el señor don Carlos de la Palma.

ALF. Hágalo pasar por acá.

ART. Tambien está el señor Testaferro.

ALF. Que espere.

(Arturo vuelve al estudio é introduce al señor de la Palma. Este, muy elegante y bien vestido, copa alta, guantes, levita; distinguido y despreciativo).

ALF. Señor de la Palma ¿como está V.?

PAL. Muy bien, doctor, para servirle. Venía á saber si tenemos todavía que esperar mucho tiempo para conocer el fallo.

ALF. ¿Quien sabe? señor. Es un pleito que ha durado doce años, bien se puede esperar la sentencia un año ó dos siquiera ¿no le parece?

PAL. Es que estoy, doctor, muy impaciente por conocer el resultado: la duda me consume. Casi me gustaría más saber que he perdido la cuestión que de no saber nada, y le venía á preguntar si, pagando, pagando con liberalidad á los de quienes depende, podríamos conseguir abreviar los términos y trámites.

ALF. Es que habría que pagar á mucha gente, señor. De todos y de cualquiera depende acelerar ó demorar, en las oficinas, la marcha de un expediente.

PAL. Á todos pagaré.

ALF. Algunos aceptarán; otros, no....

PAL. ¿V. cree?

ALF. .... Pocos.

PAL. El doctor Díaz, su tío, nunca quiso atreverse personalmente á ofrecer á nadie nada. Respeté sus prejuicios. Él siempre ha creído incorruptibles el foro.... y la justicia; pero espero que la nueva generación, de la cual es V., doctor, según he oído decir, uno de los más aventajados representantes, no piensa del mismo modo, y que me ayudará en la tarea de hacer comprender á quien corresponda y con argumentos sonantes, que cualquier cosa vale su respectivo precio y que á quien paga se le debe servir.

ALF. Teoría discutible, en el presente caso, pero que podemos tratar de poner en práctica.

PAL. ¿Puedo contar con V.?

ALF. Con la condición que por una economía mal entendida, no me haga quedar mal.

PAL. No tenga V. cuidado. Lo que le parezca necesario, se lo daré.

ALF. Así, si; porque la tarifa tiene que ser muy variable, desde.... hasta.... *(Indica el suelo y el cielo).*

PAL. Entiendo, y veo que tambien me entiende V.; y quedo á sus órdenes. Servidor de V. doctor.

ALF. Servidor de V. *(Lo hace salir por el vestíbulo). (Desde la puerta, llama á Juan y le dice):* Juan, se puede V. retirar. No lo necesito más, hoy.

ESCENA XVI.

ALFREDO, TESTAFERRO.

ALF. Lechera me va á salir el hombre, si cumple; no hay oficio más lucrativo que el manejo de fondos secretos.... ni más moral; pues con guardárselos, evita uno al que los dá el delito de soborno y á la sociedad el bochorno de tener jueces prevaricadores; y esto sin que nadie pueda reclamar. *(Mira el reloj).* Tendré tiempo de despachar al otro antes que venga Dionisia? Sí. *(Va á la puerta del estudio y llama):* ¡Señor Testaferro!

TES. *(Sale del estudio).* Presente, doctor. *(Sobreexcitado; habla muy ligero).* Le venía á decir que encontré hoy al señor Rivas y que me aconsejó dicho señor de transar con el fabricante inglés aquel, perfumista, que me persigue por haberme apropiado una marca que todavía él no había tenido tiempo de hacer registrar, y á quien persigo yo por lo mismo, ya que habiéndome apropiado dicha marca, es mía.

ALF. Sin la menor duda.

TES. He querido venir inmediatamente á protestar ante V. contra semejante insinuación. Pues no puede creer que proceda de V. ¡Transar! yo, Testaferro, ¡transar!—cuando se trata de defender la industria nacional—¡jamás! quedaré sin un peso; mi sepulcro será una montaña de papel sellado, pero moriré en la brecha, en mi ley. ¡Transar, yo! con esos falsificadores.

ALF. (*enfático*) No transe, señor Testaferro; no transe; la lucha será larga, pero saldremos victoriosos. El señor Rivas, creo,—pues no puedo, por supuesto, asegurar nada,—trata de vengarse de haber sido echado por mí; y no sería del todo imposible que hubiese prestado el oído á ofrecimientos que me abstengo de calificar, de parte de su contrario.

TES. ¿Será posible?

ALF. Todo es posible, desgraciadamente, con seas aves negras que son los procuradores. Rivas no había, hasta hoy, dado motivos de queja, pero creo que será por la extrema indulgencia de mi tío más que por su rectitud, pues yo me di cuenta.... En fin, lo eché.

TES. Habrá que quitarle el poder.

ALF. En seguida. Lo pasaremos á otro. ¡Ah! va á ser necesario pagar á Rivas algo de sus honorarios. ¿Me podría V. facilitar unos mil pesos?

TES. Sí, doctor. Hoy mismo se los mando. Pero con la condición de que no nos detengamos en ningún medio para desbaratar las pretensiones de esa gente.

ALF. Cuente conmigo. Adios, Testaferro, y ¡valor!.... No se olvide....

TES. No, no, doctor. Hoy mismo. (*Lo hace salir por el estudio y cierra con llave la puerta*).

ESCENA XVII.

ALFREDO.

ALF. Ni de aquí diez años, apurándonos, verá el fin de su pleito. Es un título de renta, un cliente así.... mientras no se funda. (*Mira el reloj, inquieto*). No puede tardar ya Dionisia. (*Presta el oído al vestíbulo*). Ella debe de ser. (*Abre la puerta; un momento despues, aparece Díonisia, envuelta en el mismo pañuelo de cuadros grandes del primer acto*).

ESCENA XVIII.

ALFREDO, DIONISIA.

ALF. *(Un dedo en la boca).* Entra. *(Dionisia entra silenciosamente, con precaución y con la cara sonriente de una persona perfectamente feliz, aunque algo recelosa por su imprudencia. Alfredo cierra la puerta; ve que falta la llave, la busca un momento en el suelo, y con gesto de indiferencia y de apuro, deja la puerta sencillamente cerrada con pestillo y vuelve hacia Dionisia que acaba de sacarse el pañuelo de cuadros grandes; lo tira en el respaldo de un sillón, entre la puerta del vestíbulo y la del dormitorio. Se toman las manos, se miran largamente en los ojos, con amor, y caminando así, á pasos cortos, desaparecen por la puerta del dormitorio. Un momentito despues, Alfredo vuelve; saca la llave de la puerta, la pone adentro y cierra.*

Medio minuto: Se abre despacio la puerta del vestíbulo y entra Falcone).

ESCENA XIX.

FALCONE.

FAL. *(Mira por toda la pieza):* ¿Nadie?.... Si la he visto entrar. *(Ve el sombrero de Alfredo).* Él no ha salido. *(Ve el pañuelo en el sillón).* ¿Esta prenda? *(Mira la puerta del dormitorio, la ve cerrada, sin llave afuera).* ¡Miserable! *(se va).*

TELÓN.



ACTO TERCERO

EL DÍA SIGUIENTE

EL MISMO ESTUDIO PARTICULAR DEL 2º ACTO.—Alfredo entra de la calle, se sienta en su escritorio y abre su correspondencia. Muy bien vestido; de jacquet, flor en el ojal. sombrero alto.

ESCENA I.

ALFREDO.

ALF. ¡Lo que tengo que hacer! ¡señor! No me alcanza el tiempo para nada. (*Abre cartas*). Un baile. «Madres de los desheredados», visita.. . para pecharme. No importa: Dios, al centuplo, dicen, devuelve la limosna; y no ha de faltarle alguna heredera rica á quien encargue de devolvérmela, (*á otra carta le toma el olor*) ¡Que perfume! De una de la «¡Caridad cristiana!» ¡y de las buenas!.... ¡La competencia!.... ¿Porqué no me piden una conferencia sobre justicia.... gratuita, con proyecciones? ¿ó sobre la benéfica influencia de las demoras judiciales en el adelanto moral y material del país? Tambien las podría servir algo, y con vistas.... en colores, sobre la justicia de paz. Lo que Vds. quieran, señoras; por tal que correspondan. (Juan, ofrece en un platillo una tarjeta).

ALF. (*mira la tarjeta*) Está ahí esta señora?
JUAN Son dos, señor. Viene con ella otra más jóven.
ALF. ¡Clotilde!.... Dijiste que no estaba?
JUAN No, señor; dije que no sabía, que iba á ver.
ALF. ¡Hum! ¡Tormenta! Si fuese la vieja sola, no la recibo. Pero, la curiosidad.... Hazlas entrar.
(*Juan anuncia*): Señora y señorita de Vázquez.

ESCENA II.

ALFREDO, ANA, CLOTILDE.

ALF. Pasen Vds. adelante, señora, señorita.
ANA (*bastante seca*). Vd. habrá adivinado seguramente, doctor, el motivo de nuestra visita. Al conocer hoy el escrito presentado por Vd. patrocinando á un pretendido hijo natural de mi finado esposo, pensó el doctor Díaz, que V. tendría atribuciones para solucionar en forma decorosa y sin escándalo ese asunto.... incalificable.
ALF. Pretendido é incalificable, señora, están demás, pues los documentos y pruebas con que acompaña mi cliente su reclamación son terminantes.
ANA No pueden serlo. La familia de Vicente y la mía fueron siempre vecinas y amigas íntimas, y seguramente se hubiese conocido, hace muchos años, cualquier desliz de esa naturaleza, tanto más cuanto nadie hubiese pensado en considerarlo de mayor gravedad.
ALF. Con todo, era muy natural, señora, que se lo disimulasen á V., su novia ya probablemente, entonces.
ANA Mire, doctor, no vengo ni siquiera á discutir este lado de la cuestión. Para nosotros todos, y cualesquiera que sean los testimonios y pruebas que pueda traer, no existe tal hijo

natural de mi marido; sólo existe algún intrigante en busca de medios de vivir y hemos pensado que ofreciéndole dinero, nos libraríamos de lo que no deja para nosotros de ser una pesadilla.

ALF. Creo que Vds. están equivocadas al creer que con dinero se podría arreglar este asunto; pues lo que más anhela mi cliente es que le reconozcan el derecho de llevar el apellido paterno.

ANA *(sonriéndose irónicamente).* No es apellido, el de Vazquez, de tan encumbrada alcurnia que tanto lo pueda tentar. Déjeme seguir creyendo, doctor, que más apetece su desinteresado cliente, los pesos que la consideración social.

ALF. Señora, no puedo permitir que V. menosprecie á quien me honra con su confianza.

ANA Las circunstancias en que V. ha tomado á su cargo la defensa de semejante causa autorizan presunciones.

ALF. Aunque pueda V. pensarlo así, esto no le daría derecho para decírmelo.

CLO. Tiene razón el doctor Barrera, mamá, y nos debemos concretar á formular nuestra oferta, pura y llanamente. Nosotros todos, doctor, los de la familia y aunque nuestro apellido no sea él de ningún príncipe, nos resistimos á concederlo á un intruso, un desconocido, á quien consideramos un simple embustero que habrá logrado, no sabemos por que artificios, sorprender la buena fe de V. Lo único en que podemos consentir es en pagar su renuncia á ilusorias pretensiones.

ALF No puede mi cliente aceptar transacción. No pide más que su derecho, pero lo pide íntegro: apellido y herencia.

CLO. Cederle sería reconocer la verdad de lo que no es más que un chantaje.

ALF. Veo, señoras, que Vds. no son ni una ni otra, personas conciliadoras, aunque quizá se lo

figuren, y las aconsejo vuelvan á ver al Dr. Díaz. Puede ser que las ponga él en terreno más firme, con su vieja experiencia.

ANA Pensábamos encontrarlo aquí. Nos había dejado entender que estaría.

ALF. Entonces ha de venir. Es hombre exacto.

JUAN *(anuncia):* El doctor Díaz.

ALF. Hágalo pasar.

ESCENA III.

Dichos, DÍAZ.

DIAZ Buenos días, Alfredo. Señoras, Vds. me dispensarán si llego un poco tarde. ¿Han conversado algo Vds?

ALF. Sí, mi tío; y he quedado bastante sorprendido al ver que la señora de Vázquez, despues de haberme quitado su valiosa clientela, parezca admirarse de que yo haya aceptado de defender intereses que le son contrarios. Cada cual vive de su oficio.

ANA No he extrañado, doctor, su resolución. Despues de que V. me hubo expuesto los principios en que se apoyaba para dirijirse en la vida, comprendí que todo lo podía esperar de V.

ALF. V. se olvida, señora, con facilidad, el doble despecho que me habían causado el derrumbe de ciertas esperanzas, alentadas por V. misma, y su demasiada complacencia en oir los chismes del señor Rivas.

DIAZ No tienes excusa, Alfredo, de haber consentido en patrocinar á un infame. Hay causas que un abogado que se respeta rechaza sin más trámite. Hasta diré que hay causas que no se atreve nadie á traerle.

ANA Y menos excusable su afán en hacer proclamar en los diarios la vergüenza de que nos cubría.

ALF. Hay que aprovechar las ocasiones de darse bombo. No son tan frecuentes, y debo confesar que este asunto me vá saliendo, á este respecto, á las mil maravillas.

DIAZ A cuestas del buen nombre de una familia respetable, amiga mía de treinta años. No sé como puedes tener el cinismo de alabarte de semejante ignominia.

ALF. Tenía que buscar por otro lado lo que me quitaban: un asunto de importancia y la posibilidad de una ventajosa unión.

DIAZ El interés, siempre, ante todo. No para tratarlos así te había traspasado á mis mejores clientes. Estás destruyendo el estudio que te dejé.

(Juan alcanza una tarjeta á Alfredo, quien la mira y le dice en voz baja):

ALF. Anunciarás fuerte.... *(Alto):* ¡Que esperanza! tío. Si el estudio me dá en un mes lo que le daba á V. en un año.

DIAZ ¡Pero por que medios!

ALF. ¡Los medios, los medios! El éxito es lo que vale.

DIAZ El éxito de una vileza no la excusa. Pero, basta con esto. ¿Y ese asunto? lo arreglaron?

ALF. Será, creo, imposible, según la conversación que tuve con la señora.

ANA Si, imposible, doctor. Así entiendo yo tambien.

DIAZ Entonces, señoras, las defenderé yo mismo, y también lo haré saber, para que siquiera la vergüenza sea para quien la merezca. *(Mientras se levantan con saludos mudos á Alfredo, Juan anuncia fuerte):*

JUAN Señora doña Clorinda Fernández de Miramonte y señorita. *(Mientras estas entran, muy lujosamente vestidas, Diaz, Ana y Clotilde les hacen calle, involuntariamente, pero con cierta deferencia y admiración).*

ESCENA IV.

ALFREDO, CLORINDA, ISABEL.

ALF. *(á parte).* No faltaria más que no me vengara de la madre y de la hija.
(A Clorinda): Señora, señorita. Tomen Vds. asiento. Había leído hace un rato su amable tarjetita. Para lo que pueda ser útil á Vds. dispongan de su servidor.

CLOR. *(con afectación).* Como V. sabe, doctor, yo pertenezco á la sociedad «Madre de los desheredados» y tantas miserias tenemos que atender que siempre tenemos, todas mis compañeras y yo, que buscan recursos; que ir á implorar la caridad de las personas como V., conocidas por sus sentimientos piadosos; que mendigar, en una palabra.

ALF. Señora, que se haya V. dignado dirijirse á mi me honra infinitamente y, con el mayor gusto, corresponderé según mis modestos recursos de abogado principiante....

CLOR. Pero ya de conocido mérito....

ALF ¡Oh! ¡Señora!

CLOR. y de brillante porvenir.

ALF. Si se dignasen protegerme personas de tan elevada situación como V., señora....

CLOR. ¿Y porqué no? Cuente V., doctor, que me empeñaré en hacerle conocer de mis relaciones. En los meses de invierno, siempre suelo dar algunas reuniones y espero que, á pesar de sus grandes ocupaciones, aceptará V., de vez en cuando, asistir á ellas.

ALF. Muy agradecido, señora.

CLOR. Permítame V. presentarle á mi hija Isabel.

ALF. Señorita.

CLOR. Que siempre figura, como V. se habrá fijado, en la Vida social de los diarios....

ALF. Como una de las más preciosas joyas de nuestro estuche nacional. (*A parte*): Linda frase. (*Se acerca, diciendo esto, á un mue-*

ble. Saca de un cajón un billete de cien pesos. (*A parte*): ¿Valdrá cien pesos?....

CLOR. (*á Isabel*): Está bien, este mozo.

ISAB. Sí, mamá.

(Juan se acerca á Alfredo con una tarjeta).

ALF. (*Leyendo alto, para que oigan los presentes*): Señora de las Praderas. (*Movimiento de admiración de Clorinda é Isabel*). (*A Juan*): Que tenga la bondad de esperar un momento. (*A Clorinda*): Acepte V., señora, mi modesta ofrenda para sus protegidos....

CLOR. Mil gracias, doctor, por su generosidad.

ALF. y dígnese V. contarme entre ellos.

CLOR. Es justicia, como creo que siempre dicen Vds.

ALF. Si señora; (*á parte*) para hacer creer al juez.

CLORINDA é ISABEL. Doctor.

ALF. Señora, señorita. (*A parte*): Parece medio tonta la muchacha. (*Al salir en el vestíbulo, se saludaron Clorinda é Isabel con Fortunata y Erminda, con grandes y ruidosas demostraciones de amistad*). ¿Como está? ¡Tanto gusto! (*Besos*).

CLOR. (*á parte*). (*Dándose vuelta*). ¿Á que vendrán estas?

ESCENA V.

ALFREDO, FORTUNATA, ERMINDA.

FOR. (*á parte en el umbral*). ¿A que habrán venido.

JUAN (*anuncia con énfasis*): Señora doña Fortunata Terrarica de las Praderas y señorita.

ALF. Tanto honor, señora, para mí. Señorita.

FOR. Mi hija Erminia.

ALF. (*saludando*). Tan á menudo mentada en la Vida social de la prensa diaria....

FOR. Y en los semanarios ilustrados.

ALF. Como una de las más preciosas joyas de nuestro estuche nacional.... (*A parte*): Linda frase.

FOR. ¿Se ha fijado V.?

ALF. Si señora, pero veo que las alabanzas han quedado cortas. (*A parte*): Va bien.

FOR. (*con afectación*). Venía, doctor, á hacer una llamada á su buen corazón en favor de mi sociedad de la «Caridad Cristiana». ¿Quién sabe si no será importuna mi visita despues de?....

ALF. ¿Importuna? señora, cuando V. trae en mi pobre estudio semejante rayo de sol. (*A parte*): No está mal.

FOR. Mis protegidos le agradecerían.

ALF. (*Va al mueble*). (*A parte*): Despacito; creo que esta vez, cincuenta serán muy bastante. (*Da cincuenta pesos*). Tome V. señora, y dígnese contarme entre ellos.

FOR. Espero, doctor, que aceptará, este invierno, algunas invitaciones para las tertulias que acostumbramos dar en casa.

ALF. Con el mayor gusto, señora, aunque deba sacrificar para ello intereses.... (*á parte*): ajenos....

FOR. Adios, doctor, y mil gracias.

ALF. Señora, señorita.

FOR. (*á Ermında*). Está bien este mozo.

ER. Si mamá.

ALF. (*á parte*): Parece medio tonta la muchacha. ¡Ah! ¡bah! más ó menos, todas son iguales. La más rica será la más espiritual.

ESCENA VI.

ALFREDO, ARTURO,

(Alfredo se vuelve á sentar en su escritorio, y sigue leyendo cartas, tomando apuntes.

ALF. ¡Lo que hacen perder de tiempo las mujeres! Todas, tanto las conquistadas como las por conquistar, y las que traen recriminaciones como las que traen amor ó las que traen esperanzas.

ART. (*viene del estudio*) Doctor, el señor Testaferro pregunta si puede hablar con V.

ALF. No podré trabajar hoy ... ¡Que espere! Dígale.... que estoy en conferencia, por su asunto; que va tomando mal aspecto, y que enseguida le tengo que ver. (*A parte*): De los bolsillos asustados salen más fácilmente los pesos. Diga: ¿no vino Venancio, hoy?
ART. No, doctor.
ALF. ¿Estará enfermo?
ART. ¿Quién sabe? puede ser.
ALF. ¿Y Falcone?
ART. Tampoco, doctor.
ALF. ¡Raro!

ESCENA VII.

ALFREDO, JUAN, DE LA PALMA.

JUAN (*viene del vestíbulo*). Pregunta por V. el señor de la Palma.
ALF. A pedir cuentas de mi compra de conciencias. ¡Que entre! ¿para que vamos á andar con vueltas?
JUAN (*anuncia*) Señor de la Palma.
ALF. ¿Cómo está V.. señor de la Palma?
PAL. Bien, doctor, bien; si no fuese por la inquietud en que me mantiene ese asunto.
ALF. Hace mal, señor. Con inquietudes no va á remediar nada.
PAL. Y ¿con los fondos aquellos, se habrá podido remediar algo?
ALF. Toda la mañana, me ocupé en repartirlos. ¿Desea V. que le dé el detalle de su empleo?
PAL. De ninguna manera. Sé que están en buenas manos y que los habrá sabido distribuir juiciosamente.
ALF. Y puede V. estar seguro que antes de muy poco tiempo, tocaremos los resultado de su liberalidad.
PAL. ¿V. cree?
ALF. ¡Como no!
PAL. ¿Piensa que pronto tendremos el fallo?

ALF. Pronto sería mucho decir, pero seguramente antes de lo que pensábamos, porque los.... muchachos ayudarán.
PAL. Y ¿será favorable la sentencia?
ALF. Esto no le puedo asegurar; depende del juez.
FAL. Pero....
ALF. ¡Ah!.... ¡no! Para cantar tan alto, me faltaba la voz.
PAL. Pero eran cinco mil pesos, doctor.
ALF. Señor de la Palma, no quiero acordarme de cuanto era. Para llegar al santuario, hay que abrir muchas puertas. La llave de la primera cuesta poco; la de la segunda cuesta más, y más adelanta V., más caras se van poniendo. Las últimas llaves tienen que ser macizas, grandes y de oro. Cuando llegué á la última, se me habían acabado las.... herramientas y no pude abrir.
PAL. ¿Y no era justamente ésta la única necesaria?
ALF. ¿Como quiere V. llegar á ella sin pasar por las otras?
PAL. Y valdría mucho.... la.... llave aquella?
ALF. Es cuestión muy delicada. Si ofrece V. demasiado, no hay mayor peligro; si ofrece muy poco, la natural indignación del ofendido puede ser de fatales consecuencias y hasta manifestarse en acusación de cohecho; si da mucho, pero que no alcance, arriesga perderlo todo: el dinero y el pleito.
PAL. ¿Ha tanteado V. algo? ¿Cuanto le parece que sería.... demasiado?
ALF. Creo que una oferta de diez mil no sería considerada como afrentosa.
PAL. ¡Diez mil!
ALF. El pleito es valioso.
PAL. Mire; lo pensaré.
ALF. No vaya, por mezquindad, ó por mucha demora, á comprometer el éxito.
PAL. Es que eso de no saber á quien dá uno....
ALF. Demasiado sabe V. á quien lo dá.

PAL. Si, á V., doctor; ya sé. Pero ¿á quien lo da V.?

ALF. No supongo, señor, que V. piense que pueda exigir recibos.

PAL. Es cierto, y sin embargo....

ALF. (*Digno*): Mire, señor de la Palma; para complacer á V., he cometido verdaderos delitos, granjeando á su causa muchas voluntades; V., es cierto, facilitó para ello el dinero, pero no quiero yo seguir comprometiendo mi reputación, corriendo riesgos, y será mejor que busque á quien crea más digno de su confianza. Haré saber á quien corresponda que quedan interrumpidas las negociaciones.

PAL. Pero ésto me traerá muchos perjuicios.

ALF. ¿Y que quiere V. que le haga? Podrá V. hacerlas seguir por otro, seguirlas V. mismo.

PAL. No me siento capaz. Mire, doctor; no quiero que puedan decir que haya una conciencia que yo no haya logrado comprar. Esta tarde, le mandaré lo que V. pide. Lo que sí, con esto, ¿podré contar con una sentencia pronta y favorable?

ALF. Se la garanto, señor de la Palma.

PAL. ¿Palabra de honor?

ALF. Palabra de honor. (*A parte*): Pero sin responsabilidad.

(Juan dá una tarjeta á Alfredo).

ALF. (*leyendo*). Lopez; Jacinto Lopez (*acordándose*) ¡Ah! sí, sí, pues, señor; ¡tempestad! (*á Juan*): Mientras esté yo con este señor, no te descuides. (*A Palma*): Señor de la Palma, ¿me quiere V. hacer un gran servicio.

PAL. Con el mayor gusto.

ALF. Aquí me viene á ver un señor algo mal dispuesto para conmigo, y quizá, necesite, si se pasa, algun testigo.

PAL. Padrino, ¿querrá decir V.?

ALC. Lo mismo da. Tenga la bondad de esperar un momento, cinco minutos, en el estudio. ¿Quiere hacerme este favor?

PAL. Como no. (*Entra en el estudio*)

ALF. (*A Testaferro, que está en el estudio y no se ve*): Señor Testaferro; cinco minutos, y estoy á sus órdenes.

(*Se oye la voz de Testaferro que contesta*): Bien, bien, doctor. Haga.

ESCENA VIII.

ALFREDO, LOPEZ.

JUAN (*anuncia*): El señor don Jacinto Lopez.

Alfredo, saluda, inclinando apenas la frente y mirando algo de soslayo á Lopez. Éste devuelve el saludo en la misma forma, secamente).

LOP. Doctor, soy el futuro yerno de la señora de Vazquez.

ALF. Supuse.

LOP. Y he venido á insistir para que V. dé por terminado cuanto antes y á nuestra satisfacción, el asunto que V. sabe.

ALF. Pero, V. confunde, señor; yo no soy ya abogado de su futura suegra.

LOP. Sí, pero, en cambio, patrocina al bandido que nos ataca.

ALF. Respete V. señor, á mis clientes.... y á mí.

LOP. Es demasiado pedir, señor. ¿Transará ó no?

ALF. ¿Es pregunta ó es órden? Órdenes, no las admito de nadie y menos de un desconocido. Si es pregunta, como abogado, el secreto profesional me inhibe contestarla.

LOP. V. no es un abogado; no es más que un bribón diplomado, para deshonra del foro.

ALF. Juan, llame á los señores que están en el estudio. (*Juan llama á Testaferro y á Palma.*)

ESCENA IX.

Dichos, PALMA, TESTAFERRO.

LOP. Hace bien en llamar testigos para que vean y oigan; pues delante de ellos, le he de castigar como merece (*vá por pegarle con el*

bastón; Juan y los otros se interponen). ¡Doctor en embrollas, tramposo, ladrón de honra!

ALF. Vds. son testigos de las injurias que me prodiga el individuo Jacinto López.

LOP. (*blandiendo el bastón*). ¡Individuo será V.! (*lo detienen*).

ALF. y de las vías de hecho de que me hizo víctima.

TES. Sí, doctor, testigo soy y así lo declararé.

JUAN Yo también; pues los bastonazos hasta se pueden dar por recibidos.

LOP. Desgraciadamente no tanto como merecidos.

PAL. (*solemne á Alfredo*). En presencia de semejantes actos de violencia, creo necesaria una reparación por las armas.

ALF. (*asustado*). ¿Por las armas? no, señor.

LOP. (*á Palma*). ¿No vé V., caballero, que este hombre no es más que un cobarde; ni puede ser otra cosa. (*Sale*).

ESCENA X.

Dichos, menos LOPEZ.

ALF. (*se sienta*) ¡Esperate! (*escribe, rabiando, muy ligero y lee*): «Declaramos que el individuo Jacinto López ha tratado en nuestra presencia al doctor Barrera de cobarde, doctor en embrollas, tramposo, bribón diplomado, ¿que más? ¡ah! deshonra del foro, ladrón, también dijo ladrón, y.... que le dió de bastonazos». Con esto, basta y sobra. (*Ofreciendo la pluma á Testaferro*): Tome, señor, tenga V. la bondad de firmar.

TES. ¿Aquí?

ALF. Sí, aquí. (*Testaferro firma*). (*A Juan*): Vd. acá (*Juan firma*). (*A Palma*): Hágame V. el favor.

PAL. ¿Firmar yo con sirvientes? ¿con que objeto?

ALF. Para entablar, pues, contra ese señor, demanda por injurias y vías de hecho; y pedir

para él la prisión y para mí la debida indemnización.

PAL. No firmo yo. Hubiera sido su padrino en un lance de honor; no seré su testigo en una acusación correccional.

ALF. Señor de la Palma.

PAL. No me hable; me dá asco.

ALF. Entonces V. me niega ese pequeño servicio.

PAL. ¿Pequeño?

ALF. Al lado de los que V. requiere de mí.

PAL. Es que habré requerido de V.; pagando, cosas.... sucias que yo mismo no hubiese hecho.

ALF. Pero que hubiese aprovechado.

PAL. ¿Quién sabe? me van entrando dudas. Servidor.

(Juan lo acompaña y sale).

ESCENA XI.

ALFREDO, TESTAFERRO.

ALF. (*á parte*). ¡Hum! mal negocio. ¿Perderé los diez mil? Pero también eso de batirme.... Un duelo da bombo.... sí, pero sí.... (*hace el gesto de caer herido*) ¡y con ese bruto de López! No, mejor meterle un buen pleito.... Al de la Palma ese lo asustaré y seguirá aflojando. Con todo me ha venido á embarullar muchas cosas ese López maldito; y es muy capaz de gritar por todas partes que me ha dado de palos.... En fin, ¡mal negocio!.... Le voy á tener que pedir una fuerte indemnización....

TES. (*que ha quedado silencioso, dejando á Alfredo cavilar*): Doctor.

ALF. ¡Ah! Testaferro; ¿qué dice?

TES. ¿No hay novedad?

ALF. ¿Le parece poca?

TES. No; digo, en mis asuntos.

ALF. Nada, hoy, Testaferro, nada.

TES. ¿No decía que andábamos mal?

ALF. No vá muy bien; pero hoy no habrá nada.
TES. Entonces, hasta mañana. (*Sale*).
ALF. Hasta mañana. (*A parte*): ¡Estoy como para pensár en los asuntos de Testaferro!

ESCENA XII.

ALFREDO, ARTURO. Después ZALAZAR y MILANES.

ART. (*de la puerta del estudio*): Está el señor Zalazar.
ALF. ¡Que fastidio! ¡bueno, que entre!
ART. Está tambien el señor Milanes.
ALF. Otro; ¡todos los fundidos! ¡Que entre tambien! juntos.
A liquidar, de una vez, con todos estos.... residuos.
ART. (*de la pnerta, los llama*): Señor Zalazar; señor Milanes, entre V. tambien.
ALF. ¿Qué se le ofrecía? señor Zalazar.
ZAL. Venía á decirle que despues de su visita, ayer, resolví seguir su consejo y ceder, para evitar peores males. De modo que cuando, vino, un poco más tarde, el señor Falcone, quien, por lo demás, veía las cosas lo mismo que V., le firmé y le entregué el documento para Martínez....
ALF. ¿V. le entregó á Falcone?.... ¿á que horas?
ZAL. Como á las once, doctor; y sin cambiar nada á las condiciones indicadas por V. A las cuatro, volvió á verme el señor Falcone, y me pidió el mayor secreto, hasta con V. mismo, hasta después de la reunión. Por esto no vine ayer.
ALF. (*á parte*): Miren, ¡que pillo, el Falcone ese! ¿cuanto habrá cobrado de Martínez? Por esto, no ha venido hoy. (*Alto*): ¿Y la reunión?
ZAL. Tuvo lugar anoche y todo queda terminado.
ALF. Pues, entonces señor, me queda felicitarle.
ZAL. ¿De qué?

ALF. Por haber seguido mis consejos que le han evitado la quiebra.
ZAL. Sí, pero quedo poco menos que arruinado. En fin; paciencia. Adios, doctor.

ESCENA XIII.

ALFREDO, MILANES.

MIL. No parece muy contento este señor.
ALF. Claro. Los salva uno de la quiebra y se quejan de quedar arruinados; como si los abogados pudiésemos hacer que quebrar sea siempre negocio provechoso.
MIL. ¿Y yo? Doctor, ¿como quedo?
ALF. Mal, mal, Milanes. Y hasta me gustaría que fuésemos juntos á lo del doctor Díaz, para salvar mi responsabilidad, en caso muy probable, se lo digo con franqueza, de mal éxito.
MIL. ¡Caramba! Doctor, ¡que golpe sería!
ALF. ¿Que quiere, amigo? cosas de la vida. ¿Vamos?
MIL. Vamos.

(Alfredo toma el sombrero, guantes, bastón, y da varias cartas á Juan, cierra con llave el estudio).

ALF. (*á Juan*). Llevame esto al correo y cierre la puerta cuando salga.
JUAN No hay llave, señor.
ALF. Es cierto; falta desde ayer. Habrá que mandar hacer otra.

ESCENA XIV.

JUAN, FALCONE.

JUAN Esto de dejar abierto es poco prudente. Puede venir cualquiera.
FAL (*Empuja despacio la puerta y queda algo sorprendido*). ¿No está el doctor?
JUAN No señor.
FAL. ¿Volverá?
JUAN Salió con el señor Milanes, pero no dijo nada.

FAL. ¿Con Milanes? ¡ah! entonces, vuelve enseguida. Le voy á esperar.

JUAN Bien, señor, yo salgo.

FAL. Váyase, no más. Cuidaré la casa hasta que vuelva.

ESCENA XV.

FALCONE.

FAL. Habrá ido á lo del tío á consultar, á hacerse el santo.

A buen tiempo va á llegar; cuando Venancio le ha de haber descubierto ya todo al viejo.... ¡Sin vergüenza!

Corromper á esa pobre muchacha; hacer de ella una perdida ¡y querer hacerme componer los platos rotos! ¡Bandido! ¿No habrá venido Venancio todavía? (*Va á la puerta del estudio, la abre*). Parece que no. (*Entra en el estudio*).

(*En este momento, entran juntos por el vestíbulo, Díaz y Alfredo*).

ESCENA XVI.

DÍAZ, ALFREDO.

(*Cuando entran, Falcone reaparece en la puerta del estudio y, sorprendido, vuelve á cerrarla, dejándola entreabierta*).

ALF. (*Con cierta inquietud que trata de disimular con su tono irónico*). Y cual es, mi tío, ese asunto tan grave que le hacía venir acá cuando nos encontramos?

DIAZ Un asunto de orden moral; un asunto como los de que, desgraciadamente, veo que tendré que seguir ocupándome, á pesar mío, en este estudio que te cedí para que le conservaras su fama y del cual has hecho, en pocas semanas, una cueva de malevos, un escondrijo de enriedos y trapisondas, donde mueren los mismos que en él encontraban antes amparo;

donde, por inconfesables tramoyas, se convierte, para tus mismos clientes, en fuente de sinsabores y de ruina, la mejor causa; donde te haces traer lodo de cualquier parte, para hacer con él oro.

ALF. Pero esto no está tan mal, tío.

DIAZ ¡Sin vergüenza, criminal inconsciente!

ALF. Está muy enojado, tío, por poca cosa.

DIAZ ¿Poca cosa? si, quizás, en comparación de tus otros delitos.

ALF. ¡Me asusta! mi tío. ¡Otros delitos! ¿cuáles?

DIAZ No te contentaste, para vengar el derrumbe de no sé que ilusiones, de forjar infamias de todo género contra la familia de Vázquez....

ALF. ¡Infamias! tío, ¿y todo lo que han hecho en contra mía la hija, la madre y el yerno? ¿No tenía derecho de aprovechar la ocasión que se me presentaba de darles el merecido castigo?

DIAZ No hables de castigo, malvado, que si todavía no te alcanzó el que ya mereces, es que Dios se estará esmerando en preparártelo.

ALF. ¡Oh! no, tío; no crea. Soy muy amigo con él. No vé que hago limosnas á cada rato, y que por mí oran las señoras mejor cotizadas en plaza.

DIAZ Ríete, perverso; pero si no reparas siquiera otro mal peor que has hecho, no te podrá faltar ni la maldición divina, ni el desprecio de la gente.

ALF. Pero tío, ¿no sabe V. todavía que la maldición divina y el desprecio de la gente siempre andan extraviados?

DIAZ Acaban por encontrar el verdadero camino.

ALF. Casi siempre tarde, tío, y pierden el tren.

DIAZ Veremos si así será en esta ocasión. Hoy he recibido la visita de Venancio.

ALF. (*más inquieto*) ¿De Venancio?

DIAZ Si, del hermano de Dionisia, de tu amiguita de infancia, de la compañera de tu niñez, hija de la mujer abnegada que ha sido para tí, huérfano, una verdadera madre.

ALF. (*reponiéndose*) ¿Y de ahí? no he sido para ellos todos lo que debía ser ¿no le pago á Venancio un sueldo que no gana? ¿no los he ayudado,—aunque me sea feo decirlo, pero V. me obliga,—en cien ocasiones. ¿A que viene, tío, ese tono de reproche?

DIAZ Demasiado lo sabes.

ALF. Le doy mi palabra, tío....

DIAZ La depravación y la mentira son hermanas. Pues me vino, llorando, Venancio á divulgar que supiste, desalmado, corromper á esa inocente niña, su hermana, y casi la tuya, haciendo de ella....

ALF. ¡Miente él! ¿Quién le dijo? No puede ser Dionisia. ¿Quién entonces? ¿Qué pruebas tiene? Debe de ser invención de otro.

DIAZ ¿Invención? Al oirte, tan conmovido, no parece. ¿Y de quien podría ser?

ALF. ¿Qué se yo?.... Espérese.... ¡de Falcone! no más. ¿V. sabe quien es Falcone?

DIAZ Si, uno de los bichos dañinos que trajiste á tu antro.

ALF. Él se ha hecho muy amigo de Venancio: se tutean; están siempre juntos.

DIAZ ¡Linda compañía para un jóven!

ALF. Festeja, hace tiempo, á Dionisia; habrá llegado á sus fines y me echa la culpa á mí. Es muy capaz.

ESCENA XVII.

Dichos, FALCONE.

FAL. (*Abre de repente la puerta del estudio y grita*): ¡V. es el que miente! He festejado, si, á la señorita Dionisia Álvarez, alentado por V. mismo, pero para solicitar su mano. Fué sin éxito; V. demasiado sabe porqué: sencillamente porqué la había seducido y que era su querida.

ALF. (*Simulando indignación*). ¿Mi querida? ¿Dionisia?

FAL. Si. Y lo digo porque V. quiso cometer conmigo la vileza de dármela así mismo por esposa.

ALF. Este hombre miente.

FAL. Ayer, á estas horas, estaban aquí (*enseñando el cuarto*) encerrados, los dos.

ALF. ¿Como sabe?

FAL. (*enseñando la llave. La va á colocar en la cerradura*). Porqué entré y que estaba el rebozo de Dionisia en este sillón.

ALF. (*fuera de sí*) ¡Espía!

FAL. ¿Qué quiere? ¡no me gusta que se burlen de mí!

ESCENA XVIII.

Dichos. VENANCIO, DIONISIA (avergonzada).

Entran por el vestíbulo.

DIAZ (*Tomando á Dionisia por la mano y llevándola hácia Alfredo*). Todo todavía se puede componer. Alfredo, toma por esposa á esta muchacha que siempre te ha querido y tanto te quiere que, con ella, no puedes ser sino el más feliz de los hombres.

ALF. (*sin mirar á nadie*). Tío, tengo otros compromisos....

(Venancio se ha acercado á Falcone. Éste, le pone disimuladamente en la mano su revólver, diciéndole):

FAL. Oblígalo á casarse, si eres hombre.

VEN. (*se acerca algo á Alfredo escondiendo el arma; Dionisia queda muy atenta, observando á su hermano*). Mira, Alfredo. El único compromiso que algo pueda valer es el que tienes con Dionisia.

ALF. ¡Oh! ¡Peor, si se juntan todos! ¡No quiero imposiciones!

VEN. ¿Te niegas?

ALF. Si, me niego; ¡claro, pues, hombre!

VEN. Entonces, ¡que Dios nos juzgue!

(Levanta el revolver para tirar sobre Alfredo. Dionisia, de un movimiento rápido, levanta el arma, y el tiro sale para arriba).

DIO. No lo mates. ¡Es mío!

(Confusión).

DIAZ (*á Venancio*): ¿Qué has hecho?

FAL. Nada, doctor. ¿No ve? puro ruido. Si para matar semejante pájaro, se necesita cañon.

(Entran Juan, un oficial de policía y un vigilante)

ESCENA XIX.

Dichos, JUAN, Oficial de policía.

ALF. (*á Juan, en voz baja, ligero*). Bájate á la calle, junta gente y cuenta que me ha querido asesinar un pleitista desgraciado.

(Juan sale por el vestíbulo).

OFIC. ¿Qué hay aquí? ¿quién tiró?

ALF. (*designando á Venancio*). El señor, con intención de matarme.

OFIC. (*á Venancio*) ¿Es cierto?

VEN. Si, es cierto.

OFIC. Dése preso.

VEN. (*quiere entregar el revólver á Falcone*): Tome, Falcone.

ALF. (*que ha visto el gesto, á Venancio*): Es del señor el revólver?

VEN. Si.

ALF. (*al oficial que agarra el revólver*). Sírvase V. tomar nota de que el arma ha sido suministrada por el señor.

OFIC. (*á Falcone*): ¿Cómo se llama V.?

FAL. Falcone. Pero es mentira: no es mío.

OFIC. Esto lo dirá V. al comisario. Marche.

FAL. ¡Oh! ¿Y porqué?

OFIC. ¡Cabo! (*se acerca el vigilante, y con el oficial, arrea á Falcone renegando y á Venancio, sumiso*).

ESCENA XX.

ALFREDO, DÍAZ, DIONISIA.

DIAZ (*contempla, suplicando, á Alfredo y le lleva á Dionisia*) ¡Alfredo!.... tu mano.

ALF. (*sin mirar á nadie*) No puedo, mi tío, tengo compromisos.

DIAZ (*Llevándose á Dionisia, muda, pálida*). Vamos, mi pobre Dionisia. (*A parte*): Á los gavilanes hartos de carne podrida les sienta, para alternar, la carne palpitante.

ESCENA XXI.

ALFREDO.

ALF. ¡Pobre Dionisia!.... ¡Bah! La consolará mi tío.... hasta que nos volvamos á ver. Bien sabe ella que la quiero mucho (*tomando papel para escribir*). A Venancio, no le será de más una leccioncita para que aprenda. Con un año de prisión por disparo de armas de fuego se le ha de calmar la sangre, y por lo que es del señor Falcone, se la hemos de componer con sal y pimienta; ¡instigación de un menor al asesinato, premeditación y que sé yo!

ESCENA XXII.

ALFREDO, JUAN.

JUAN La señora Clorinda Fernández de Miramonte pregunta si se puede ver á V.

ALF. Haga entrar. ¿Qué me querrá?

JUAN Pasaba en su coche, cuando yo estaba contando en la puerta lo que había sucedido.

ALF. ¡Ah! bien, bien.

JUAN Y estaba tambien esa otra señora, de esta mañana, sabe, de las Praderas,

ALF. Si, si.
JUAN Creo que tambien está subiendo.
ALF. Bueno, deja la puerta abierta, no más.

ESCENA XXIII.

ALFREDO, CLORINDA, ISABEL, FORTUNATA, ERMINDA.

CLOR. (*con afectación*). Doctor, hemos sabido lo que le ha pasado. ¡Que horror! Y mi hija Isabel ha querido que subamos á saludarle y á felicitarle por su milagrosa salvación.

(Entran Fortunata y Erminda).

FOR. ¡Doctor! Bien dice Erminda que se puede alabar á Dios por haberle protegido.
CLOR. Y como no hubiera protegido á un jóven tan piadoso, tan bueno y tan generoso con los pobres.
FOR. Todos ponderan el valor de que ha dado prueba cuando, con su propia mano, arrestó al feroz homicida.
CLOR. Y el modo tan sereno como desvió el arma.
FOR. A hombres como V. justo es que les estén reservadas las mayores felicidades en este mundo.
ALF. Exactamente lo mismo que, hace un rato, á pesar de mis protestas, se empeñaba en decirme mi querido tío, el doctor don Mariano Díaz.
CLOR. ¡Ah! ¿V. es sobrino del afamado doctor Díaz?
ALF. He sido formado por él, se puede decir.
FOR. Puede uno, entonces, explicarse, doctor, sus grandes méritos.
CLOR. Doctor, no quiero abusar de sus instantes; nos hemos de volver á ver.
FOR. Hasta pronto, doctor.
CLOR. ¡Isabel! (*Isabel saluda*).
FOR. ¡Erminda! (*Erminda saluda*).

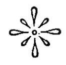
(Salen saludándose ambas señoras, pero con cierta reserva envidiosa).

ESCENA XXIV.

ALFREDO.

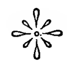
ALF. ¡La competencia! Excelentes y piadosas almas, que harán para mi de sus salones — agencia matrimonial espléndidamente surtida — el espacioso horizonte donde yo pueda desplegar mis alas, en toda la majestuosa amplitud de su provechoso vuelo (*con gesto de apresar con las garras*).

TELÓN.



Caudillejos

Comedia en tres actos



PERSONAJES

SATURNINO MORETA, 45 años—Caudillo local, hacendado medio arruinado por la política; apariencias de bonachón, vividor, simpático, conquistador de voluntades.

ARTURO PEREZ, 28 » —Su criatura, le sirve de secretario. Inteligente, vivo y algo instruído, arrivista.

RICARDO MONTES, 27 » —Médico é Intendente del pueblo, candidato á diputado, honrado y leal, hasta en política.

JOSÉ GUTIERREZ, 50 » —Estanciero rico, de poca instrucción.

JULIO CARCOMA, 35 » —Ave negra de campaña.

SILICATO, 55 » —Boticario, muy pedante, habla siempre majestuosamente, usa sombrero de galerita medio alto.

IBAÑEZ, 40 » —Almacenero, hombre sencillo, comerciante de campaña.

LOPEZ, 40 » —Juez de Paz.

GOMEZ, 30 » —Comisario.

GERENTE DEL BANCO, 40 » — »

JOAQUIN, —Confitero.

1er. GAUCHO — Cuatrero.

2o. » — Jugador, más paquete que sus dos compañeros.

3o. » — Borracho.

Los tres son los presos del 1er. acto.

VIGILANTE DE CAMPAÑA.
MAYORAL DE LA GALERA.
CARRERO.
CARPINTERO.
BOLICHERO.
COLONO.
ESTANCIERO.
PAISANO VIEJO.

ACOPIADOR.
MOZO DE CONFITERIA.
MANDADERO. 14 años.
TELEGRAFISTA. 14 » (mudo)
OTRO JUEZ DE PAZ. »
OTRO COMISARIO. »
VECINOS DEL PUEBLO. »

SEÑORAS:

LUISA, 25 años —Maestra de escuela, viva, instruida, algo arrivista, muy independiente.

JULIA, 45 » —Señora de Gutierrez, de instrucción y educación muy superiores á las del marido.

BLANCA, 20 » —Su hija.

En el pueblo pampeano de «Guardia Vieja» 189.... 190...



ACTO PRIMERO

LA PLAZA DEL PUEBLITO. — Á la izquierda del espectador, una ochava con entrada á la «Confiteria del Progreso». En el fondo el «Juzgado»; á la derecha otra ochava: «Almacén de Ibañez». En el medio, la plaza, con algunos árboles algo nuevos. Un banco frente al espectador; otros dos, frente á la confitería y al almacén. La plaza está bien cuidada y limpia. Tres presos, gauchos, trabajan en ella, vigilados por un vigilante.

ESCENA I.

Vigilante; después, el Comisario GOMEZ.— Tres gauchos presos

VIGILANTE ¡Bueno! cállese, amigo, y trabaje.

1er GAUCHO (*Vuelve á trabajar con el azadón y rezonga*). ¡Pues nó! ¡que me volverán á ver por estos pagos!

VIGILANTE Por la falta que nos hace.

1er GAUCHO ¿Y porque me habrán llamado, entonces?

VIGILANTE ¿Y quién lo llamó?

1er GAUCHO Mi patrón, pues; don Saturnino.

VIGILANTE Don Saturnino no lo habrá llamado para carnear ajeno.

1er GAUCHO De noche, cualquiera se equivoca.

VIGILANTE Bueno, basta de conversación. Trabaje.

1er GAUCHO ¡Qué fregar! con la justicia.

2º GAUCHO (*Mejor vestido, más fino que sus compañeros*). Cabo, ¿puedo pitar?

VIGILANTE Bueno, pite; pero uno solo ¡hé!

2º GAUCHO Gracias. (*Saca del pantalón con dificultad la tabaquera y hace caer una taba*). ¡Ah! ¡taba.... quera!

VIGILANTE (*La alza ligero*). Tiró mal. Aquí gana el Comisario!

2º GAUCHO No sea hereje, ¡hombre! Devuelva.

VIGILANTE Sí, como no. ¡No se embrome!

2º GAUCHO Dejá no más, que lo ha de saber don Saturnino.

VIGILANTE ¿Don Saturnino?.... ¿Y que le hará don Saturnino?

2º GAUCHO ¿Don Saturnino Moreta?.... nada.

3er GAUCHO ¡Pucha! digo yo, tres días sin probar caña?

VIGILANTE ¿Y de allí? pa su bien.

3er GAUCHO ¿Pá mi bien? para hacerme reventar.

VIGILANTE ¿Por qué se mamó?

3er GAUCHO ¿Pá que hacen caña? entonces.

VIGILANTE ¡Silencio! ¡Ya viene el Jefe!

(Entra el Comisario Gomez; botas, rebenque cabo de plata; bizarro, sin ser compadre).

GOM. ¿No hay novedad?

VIGI. (*Se cuadra*). Nada, mi Jefe. Solo que aquí encontré esto. (*Le dá la taba*).

GOM. ¿Donde?

VIGI. Aquí, no más, mi jefe.... en el suelo.

GOM. (*Lo mira; mira al jugador; éste sigue trabajando, calladito*). Está bien. Llévelos; es hora.

(El vigilante hace cesar el trabajo y arrea á los presos para el Juzgado).

ESCENA II.

GOMEZ, LOPEZ.

(Entra éste en la plaza, al salir del Juzgado. Se cruza con los presos, y se para para verlos pasar, mientras el comisario hace lo mismo: se juntan al rato; Gomez mira para la confitería y López para el almacén).

LOP. Buenos días, Comisario. ¿Cómo le va?

GOM. Bien, no más, señor Juez. Tranquilo, todo.

LOP. Es decir que si seguimos así, pronto, para limpiar la plaza, tendremos que conchabar peones.

GOM. La verdad. Pero, por suerte, don Saturnino

siempre nos proporciona gente para carpir calles.

LOP. ¿Le parece suerte?

GOM. Es modo de hablar. Quiero decir que si no fuera él tan... hospitalario para toda esa gente, no tendríamos ya en el partido, y menos en el pueblo, cuatreros, jugadores, rateros ni borrachos.

LOP. Y ¿no se le podría insinuar al señor Moreta que para el bien del partido, su buena fama, su tranquilidad....

GOM. ¿Quién se anima? Y, además, ¿para qué? Señor Juez. Demasiado sabe V. que esos hombres son sus elementos de trabajo y de.... victoria.

LOP. ¿De victoria? ¿Quién sabe? El pueblo no será tan ingrato. Sin alabarnos, lo hemos hecho progresar en todo sentido. La policía ha logrado ahuyentar á cuanto malhechor haya tratado de radicarse en él. Los cuatreros se fueron á otra parte y con la represión enérgica del juego y de la ebriedad, casi se puede decir que cesaron en Guardia Vieja esas escenas de sangre demasiado frecuentes aún en otras partes de la campaña.

Nadie se queja de que los impuestos locales sean exagerados ó mal utilizados; hemos conseguido dotar al pueblito de buenas calles, de alumbrado, de agua sana, hasta de un modesto hospital; la escuela marcha bien; las oficinas públicas cumplen lo mejor que pueden con sus obligaciones; y es fama entre los forasteros que nos han visitado que, en Guardia Vieja, no hay peligro de ser despojado ni por los cuenteros, ni por los empleados del Juzgado, ni siquiera, dicen, por los hoteleros.

(Mientras dice el Juez las últimas palabras, á sus espaldas, sale de la confitería Carcoma. Lo vé el Comisario y en voz baja, dice:

GOM. ¿Y por las aves negras?.... ¡Cuidado, que viene una!

LOP. (*Sin darse vuelta, entiende. En voz bastante alta para que oiga Carcoma*). Amigo, de mí no sé lo que dirán. Solo sé lo que dicen de los demás; pero, por mi parte, le garanto que siempre he tratado de ser imparcial y de juzgar según mi conciencia.

ESCENA III.

Los mismos; CARCOMA.

CAR. (*Saluda*). Señor Juez; señor Comisario, muy buenos días.

LOP. Buenos días, señor Carcoma. ¿Qué dice de bueno?

CAR. Señor Juez, me permití aprovechar de lo que ví á V. con el señor Comisario, para decirle dos palabras respecto al asunto de ese Carlos Liver que está preso.

LOP. Aunque no estemos aquí en el Juzgado, tratándose de un preso preventivo, lo oiré.

CAR. Dice el pobre, señor Juez, que con su prisión van á sufrir mucho su familia y sus intereses.

LOP. ¿Y que le voy á hacer? ¿Por qué se metió á robar?

CAR. Dice que era por error que arreaba esa punta de ovejas; que creía que eran suyas. Como era á la oración, no había visto bien la señal....

GOM. (*interrumpe con cierta vehemencia*. ¡No nos venga con esas! Infraganti lo agarraron los que, hacía tiempo, lo estaban espiando. Es un gran ladrón, señor Juez.

LOP. He leído su informe. Habrá que pasarlo al Juez del Crímen; no hay remedio.

CAR. Mire, señor Juez. Ofrece pagar mil pesos....

LOP. (*interrumpiendo, muy severo*). ¿Á quién?

CAR. .... de fianza, señor, para que lo dejen en libertad....

LOP. Ni por diez mil. La ley manda y cumplo con la ley. Esta tarde saldrá por el tren, y allá, con el Juez del Crímen, se las arreglará como mejor pueda.

CAR. Sin embargo, señor Juez....

LOP. Nada, señor Carcoma. Servidor de V. (*Al Comisario*): Vamos (*entran al Juzgado*).

ESCENA IV.

CARCOMA. Al rato: ARTURO PEREZ y LUISA.

CAR. (*Se sienta en un banco; rezonga*). Con semejantes intelices no se puede vivir. ¡Al diablo con don Saturnino que me hizo venir á este pueblo! (*Queda como absorto en su pensamiento*).

PER. (Viene de la derecha y se cruza con Luisa, que viene, muy apurada, de la izquierda). Señorita Luisa. ¡Tan apurada! Muy buenos días, primavera de mi corazón.

LUISA ¡Oh! déjese de embromar, señor Perez, con su primavera y con su corazón. Mire que á mí me gustan las cosas serias.

PER. ¿Y V. cree que es chacota?

LUISA No es, porque no quiero yo.

PER. Señorita, juro á V. que la quiero mucho.

LUISA Puede ser; pero, parece que todavía no alcanza....

PER. ¿No alcanza? ¿para?

LUISA Para el Registro Civil.

PER. Es que todavía no tengo situación como para casarme, señorita; de otro modo....

LUISA Se casaría con otra, ¿no?

PER. Pues V. se equivoca; y se equivoca, creo, á sabiendas.

LUISA Miento, como quien dice.

PER. No; pero habla así para probarme. Pues, escuche, Luisa, le doy mi palabra que tan luego como tenga el puesto que me prometió Moreta, y que, según él, me ha de permitir mantener familia, vendré á pedir á V. de consentir en formarla conmigo.

LUISA ¿Será pronto?

PER. Muy pronto, creo.

LUISA ¿Quién sabe si antes que se ponga el sol, no habrá renegado tres veces lo que acaba de decir?

PER. Pero, entonces, ¿V. cree que no la quiero?
LUISA (*tierna*). Sí, lo creo, Perez, lo creo. Me gustaba hacérselo repetir.

(Viendo á Carcoma sentado en el banco).

Hay gente; y debería estar ya en la escuela. Adios. Hasta luego.

(Se vá mirándolo muy cariñosamente).

PER. ¡Hasta luego! (*Le manda un beso con los dedos*). Muchacha buena, inteligente y valiente. ¿Por que no?.... (*calculando*): Gana por los menos sus doscientos cincuenta pesos por mes, con la escuela y el Registro Civil.... ¡el Registro Civil! (*con una mueca*).

ESCENA V.

PEREZ, CARCOMA.

PER. ¡Oh! señor Carcoma. ¿Cómo le va? ¡Que cara! ¿Qué le han hecho?
CAR. Estoy fastidiado, mi amigo Perez, con la gente de acá.
PER. ¿Por qué?
CAR. Porque ni comen ellos, ni dejan que los otros coman.
PER. ¿Tiene hambre?
CAR. ¿Y entonces? ¿Á que habré venido, sinó á buscarme la vida?
PER. ¿No dá la clientela!
CAR. No es ésto. Clientela, no falta; pero sería preciso tener un juez.... decente.
PER. ¿Es indecente nuestro Juez?
CAR. No se ría; mire que es la primera vez que veo semejante caso en la campaña. Venir yo á ofrecer á un Juez de Paz y á un Comisario mil pesos para soltar un preso, y verme rechazado, sin más trámite.... ¡Hubieran pedido más! pero no señor, nada.
PER. ¿Y venía V. con la plata en la mano?
CAR. En el bolsillo, sí.
PER. Es extraño. ¿Y que va á hacer, ahora?
CAR. ¿Qué voy á hacer?
PER. ¿Sí, con la plata?

CAR. ¿Con los mil pesos?
PER. Sí. ¿Con los mil pesos?
CAR. ¿Y, que voy á hacer; que voy á hacer? y que quiere V. que haga?
PER. No sé yo; por eso le pregunto.
CAR. .... Me los dió el preso....
PER. Para conseguir su libertad. ¿Y si lo mandan á la ciudad?
CAR. ¡Pobre! ¡Caramba! ¡Que broma! y así no más, va á ser. Devolverle la plata sería una imprudencia; ¡seguro que se la roban!
PER. ¡Ah! seguro. Mejor que se la guarde.
CAR. Yo creo que sí.
PER. No hay duda.... Mire quien viene allá; don Saturnino. ¿Le preguntaremos?
CAR. No, Perez; no. Me gusta más que no sepa.
PER. La verdad que anda medio necesitado; y si supiera que V. tiene, pegaría fuerte. Y donde pecha ese pingo, volteada á la flja.... Présteme doscientos. ¿Quiere?
CAR. No puedo, ché.
PER. (*llamando*). ¡Don Saturnino!
CAR. Tome, tome. (*Le pone un billete en la mano*).

(Don Saturnino que andaba paseando por la plaza, mirando las plantas, etc., oye el llamado y se acerca despacio).

ESCENA VI.

Los mismos; MORETA.

MOR. ¿Qué tal? ¿Qué tal? muchachos. ¿Paseando? ¿Linda plaza, eh? ¡Esas plantas que parecen escobitas! no dan sombra en verano, pero tampoco dan reparo en invierno; ¡y lo orgulloso que anda nuestro intendente, el doctor Ricardo Montes, cuando pasea su importancia por su plaza, por sus calles! ¡Que gente la que gobierna este pueblo!
CAR. Lo mismo que le estaba diciendo yo á Perez
PER. Es cierto; justito lo mismo.
MOR. Cualquiera que entienda de política así pensará. Con autoridades que se dan ínfulas de rigidéz, siempre anda mal todo; se com-

prende; á nadie perdonan una infracción; el empleado tiene que vivir con su sueldo sequito, no más; sin esas comisioncitas que sin dañar al público, tanto facilitan las cosas. Persiguen, como si fuesen criminales, á los pobres á quienes les gusta tomar, ó jugar; y por una vaca carneada por error meten una bulla como si se viniese el cielo abajo.

Así no se gobierna. Hay que ser prudente y líberal.

CAR. Liberal sobre todo.

PER. Sí, liberal. Es decir, dejar que cada cual se gane la vida lo mejor que pueda.... por tal que sostenga al gobierno. ¿No es cierto, don Saturnino?

MOR. Claro. También es lo que llamo ser liberal.

PER. Y no hay otra definición. Podríamos constituir el partido liberal. ¿No le parece? señor Moreta.

MOR. Sabe que no sería mal.

CAR. Presidente, don Saturnino Moreta; secretario, Arturo Perez; ¿candidato á la diputación?

MOR. .... Está designado ya por el señor Gobernador y tengo órden de sostenerlo por todos los medios á mi alcance.

PER. Entonces ha de salir bien. Elegido por el gobernador ¿cómo no lo vá á ser por el pueblo? ¿Y se puede saber?

MOR. No solamente, se puede saber, sinó que es preciso que todos lo sepan. El candidato designado por el señor Gobernador á nuestros sufragios es el respetable, culto é ilustrado vecino del pueblo de Guardia Vieja, señor don Luis Martínez.

CAR. ¿Don Luis Martínez? Sabe que no lo conozco.

PER. (*Ligeramente irónico*). Es que V. es muy nuevo aquí, pues. Sinó, ¿cómo no sabría quien es don Luis Martínez? vecino respetable, culto.... ¿Como dice? don Saturnino.... é ilustrado del pueblo de Guardia Vieja.

MOR. Es uno de sus primeros pobladores.

PER. Quizás el primero.

(Caminando y conversando, se han acercado á la puerta del almacén de Ibañez, y como éste apareció, un rato antes, en el umbral, estudiando en la palma de la mano, una muestra de arroz, Perez se dirije á él).

ESCENA VII.

Los mismos; IBAÑEZ.

PER. ¿No es cierto, señor Ibañez, que el primer poblador de Guardia Vieja fué (*con cierto respeto*) el señor don Luis Martinez?

IBA. (*riéndose*). ¡El señor don Luis Martínez! Sí, fué; puso allá, del otro lado de la estación, en esa pieza de adobe crudo, una carnicería. Pero no era ni señor, ni don, el pobre, y si hubiese tenido que pagar las reses....

MOR. No crea, Ibañez. El señor don Luis Martínez es una persona muy honrada, incapáz....

IBA. (*prudente*). Puede ser.... De todos modos, no le duró la ganga; pues ni así pudo seguir, y puso un boliche con cuatro botellas, una cancha de bochas, y en el fondo tres ó cuatro piezas (*con intención*) donde....

MOR. Es una calumnia, Ibañez, de los enemigos políticos del señor Martínez.

IBA. (*algo asombrado*). ¡Los enemigos políticos de Martinez!....

MOR. ¡Como nó! si es medio pariente de su Excelencia el señor Gobernador.

IBA. ¿Pariente del Gobernador?

MOR. Sí, señor, y candidato á la diputación.

IBA. ¿Candid....? Creía que era el Dr. Montes.

MOR. El doctor Montes será candidato, como cualquier ciudadano lo puede ser. Pero el señor don Luis Martínez es candidato del partido liberal.

IBA. (*anonadado*). ¿Liberal?

PER. Sí, señor, liberal. Pero, todo ésto, entre nosotros, señor Ibañez. No lo divulgue todavía.

IBA. ¡Ah! ¡puede estar seguro!

(Moreta, Perez y Carcoma se despiden de Ibañez).

Hasta luego.

MOR. (á Perez, retirándose para la confitería, donde entrarán los tres conversando). ¿Por qué le recomendó el secreto?

PER. Porqué así tendrá más ganas de publicarlo y nos evitará un trabajo.

ESCENA VIII.

IBAÑEZ, en la puerta de su almacén. Después el Doctor Don RICARDO MONTES.

IBA. (*Caviloso*). ¡Martínez! ¡Luis Martínez! ¡El señor don Luis Martínez! ¡Diputado! ¡Carnicero de carne ajena; coimero; algo más.... ó menos, como se entienda ¡Candidato del partido liberal! ¿El partido liberal? ¡La suerte que yo no me meto en esas cosas de política!

MON. (Que cruzó la plaza desde atrás de la Confitería). Buenos días, señor Ibañez. ¿Está enfermo?

IBA. Quisiera V., ¿nó, doctor?

MON. No; ya sabe que me gusta ver á mis clientes en buena salud. Pero me parece tan caviloso....

IBA. Y no es para menos, lo que acabo de escuchar.

MON. ¿Qué cosa?

IBA. Es que me recomendaron el secreto.

MON. Entonces; no me hubiera dicho nada. Esto de anunciar que «en esta caja hay algo escondido» es incitar á abrirla.

IBA. Sí, pero, ¿quien la abre?

MON. El mismo que la guarda, siempre.

IBA. Sabe que es cierto. ¡Bah! de todos modos; que lo sepa V. hoy, ó lo sepa mañana, lo mismo dá.

MON. Claro. ¿De qué se trata?

IBA. Pues, nada menos que de la candidatura á la diputación del «señor don Luis Martínez».

MON. ¿Martínez? ¿él....?

IBA. Sí; él....

MON. ¿Y sostenida por....?

IBA. Por el partido liberal.

MON. ¿El partido liberal? ¿Una nueva creación?

IBA. Creo que sí.

MON. Más ó menos, sospecho. ¿Moreta y Cía., nó?

IBA. No le podría decir. V. sabe, doctor, que yo no me meto en esas cosas. La política, para el comerciante juicioso, es peor que una enfermedad.

MON. V. se figura. Pues, no meterse, como V. dice, en política, es preferir á una fiebre pasajera una afección orgánica. Como V. son muchos los que no se meten; y despues, son los primeros en quejarse, porque, siendo justamente los que mayores intereses poseen, son los que más sufren y más pagan. ¡Meterse en política! señor, ¡Dios nos libre! ¿nó? Costearse á dar su voto,—para que los represente, entre los que dictan las leyes y votan los impuestos, -á un ciudadano que les conste ser ilustrado y honrado, es mucho trabajo. Mejor que á un cualquiera nombre una turba de ebrios analfabetos, arreados por un caudillo vivo y sus acólitos hambrientos, ávidos de repartirse los puestos públicos, esa perenne fuente turbia de sus recursos personales y de fortuna.

Tiene V. razón, señor Ibañez. No se meta V. en política. Deje que el partido.... liberal elija «al señor don Luis Martínez» y verá lo lindo que será para V. y para el pueblo, saldar las deudas del señor Moreta, y pagar coimas á todos los Perez y Carcomas que lo acompañen.

IBA. Ya vé, doctor, como la política es la madre de las peleas.

MON. Naturalmente, ya que es lucha; lucha, casi siempre de la honradéz contra la pillería; y cuando se abstiene la gente honrada, es la otra la que vence.

IBA. ¡Oh! pero, doctor, en el caso presente, no hay peligro. El pueblo todo lo quiere mucho á V. y lo aprecia demasiado para dejar que se nombre otro.

MON. ¿No hay peligro? dice. ¿V. irá á votar por mí?

IBA. ¡Oh! yo, no, doctor. No me meto, sabe.
MON. Ya vé, pues; y dirá lo mismo toda la gente buena, deseosa ella, sin embargo, de progreso, de justicia y de buena administración.
IBA. (*desesperado*). ¡Ah! la política, la política maldita!

(Don Silicato viene del fondo por la misma vereda del almacén).

ESCENA IX.

Los mismos; SILICATO.

SILI. (*con majestuoso énfasis*). ¿Peleando? señores.
IBA. Hablando de política, don Silicato.
SILI. ¿V. don Enrique? Creía que V. nunca se metía en política.
IBA. Es que á uno lo meten, á veces, sin que se meta.
SILI. ¿Y será mi querido doctor el qüe lo haya metido? Hizo bien, hizo bien; el ciudadano debe tener su opinión y defenderla hasta la muerte....
MON. .... del vecino de enfrente ¿nó? Silicato.
SILI. ¡Ah! doctor, doctor; siempre picante. Aplicando sinapismos hasta á los sanos.
IBA. Hasta á los boticarios.
SILI. Cuidado, pulpero. ¡Respeto á la ciencia!
IBA. (*interrumpe*) .... del boticario que siempre gana mil donde el pobre almacenero alcanza á ganar diez.
SILI. ¡Pícaro!.... ¿Y que hubo? ¿qué hubo con esa política? Cuéntenme, para que tome yo parte en la lid de los partidos.
MON. Hay,—según parece,—que Moreta forma un partido que se llama liberal,—ignoro por qué,—para sostener la candidatura á la diputación de.... adivine quien.
SILI. De él mismo.
MON. No sería nada.
SILI. De su pichón: Arturo Perez.
MON. ¡Ojalá! Siquiera sabe leer.
SILI. ¿De....? no sé yo. ¡La mía!

MON. No, don Silicato; también V. sabe leer. Y el pueblo no merece tanto honor.

SILI. Entonces, ya no sé yo. No veo.... No veo á quien pueden oponer como candidato á mi querido doctor Montes.

MON. ¡Martínez!

SILI. ¿Mar.... tínez? ¿Cuál?.... don Luis?

MON. El mismo.

SILI. ¡Infamia! ¿Hasta donde bajaremos en el abismo de la inmoralidad política, entregando á manos torpes, cuando no viles, el manejo de los intereses materiales y morales del pueblo? ¿Hasta cuando?....

MON. ¡Silicato! No se altere.

SILI. Tiene razón. Sobre todo que el pueblo se sabrá defender. Llevaremos en solemne comitiva á los ciudadanos á depositar en las urnas su voto á favor de los que tan hábil y honradamente los han dirigido por la senda del progreso. Iremos....

MON. ¡Silicato! ¡Sujete!

SILI. Sí, sí, doctor. Pero no tenga V. cuidado. Nosotros todos los que le queremos, y somos muchos, sostendremos valientemente la bandera de su elección.

MON. (*escéptico*). Excelente Silicato; hombre sincero. Gracias.

SILI. Verá, verá. Hasta luego.

(Se vá hácia la confitería. En el momento de entrar él en ella sale Moreta; se saludan y conversan. Mientras tanto, Montes se despide de Ibañez y desaparece).

ESCENA X.

MORETA, SILICATO.

(De la puerta de la confitería vienen conversando hácia el medio del escenario).

MOR. ¿Cómo le vá, don Silicato? ¿Dando su paseito?

SILI. ¡La higiene! don Saturnino. ¡La higiene!

MOR. Sí, los remedios para los enfermos, porque son caros, y la higiene para los boticarios porqué es barata.

SILI. Es preciso que todos vivamos, señor Moreta.
MOR. ¡Oh! protegido como lo es por el único médico del pueblo, y.... (*con intención*) mientras no le pongan competencia....
SILI. (*asustado*). ¿Piensan en abrir otra botica?
MOR. He oído la conversación. Un jóven, se dice, amigo del futuro diputado Luis Martínez....
SILI. (*muy respetuosamente*). ¿El señor don Luis Martinez?
MOR. ¡Ah! ¿V. sabe?
SILI. Sí, me dijo Montes. Pero dos boticas en Guardia Vieja, no pueden vivir.
MOR. Morirá una.
SILI. ¿No sería mejor que dejasen seguir tranquila la que ya existe?
MOR. Es que le voy á decir, don Silicato. El boticario, en un pueblo de campaña, como es hombre ilustrado....
SILI. (*saluda*). Gracias.
MOR. Hablo en general; (*mueca de Silicato*) tiene sobre sus parroquianos cierta influencia; y el partido liberal, para sostener la candidatura de Martínez, necesita que en la botica lo ayuden, y que cada parroquiano que vaya á ella con receta, mientras espere que se la confeccionen, oiga ponderar los méritos de su candidato.
SILI. ¿Y no podría yo....?
MOR. ¿Cómo vá á poder V.? si V. es el gran amigo del doctor Montes, el candidato contrario.
SILI. ¡Oh! pero esto no importa. El doctor Montes, como médico, puede ser muy bueno y puedo ponderar su ciencia eficáz, sin por ésto dejar de ponderar el valor político y cívico del señor don Luis Martínez, cuyos talentos de estadista aprecio como quien más.
MOR. Le parece, entonces, buena para el pueblo la designación que hizo de Martínez para candidato, el señor Gobernador?
SILI. ¿La candidatura del señor don Luis Martínez está propiciada por el señor Gobernador?

MOR. ¡Si son parientes! y V. comprende que el nuevo boticario así sostenido....

SILI. Don Saturnino, consiga V. del señor Martínez que no me pongan competencia.

MOR. Es que V. no es de los nuestros. Hasta diré que nos es contrario.

SILI. ¿Yo, su contrario? ¿Contrario de V.? ¿Contrario del señor Martínez? Senor don Saturnino Moreta, en la botica de don Silicato, siempre se ha predicado el acatamiento á las autoridades constituídas, y no vacilo en prometerle, para el señor Martínez, pariente del señor Gobernador, mi voto de ciudadano abnegado, y con él los votos de todos los de mis clientes que no estén obcecados por la pasión política ó por el culto egoista de sus intereses personales.

MOR. Bueno, don Silicato, si es así, puede ser que desista Martínez de su idea. Le hablaré. Pero no olvide V. sus compromisos.

SILI. Señor Moreta, la palabra de don Silicato vale su peso en oro.

MOR. (*á parte*): Como viento que es. (*Alto*): Convenido. Hasta luego.

(Se separan. Silicato entra en la confitería, Moreta vá al almacén de Ibañez, donde entra).

ESCENA XI.

BLANCA, JULIA y LUISA.

(Entran á la plaza, juntas, conversando y paseando muy despacio. Vienen de detrás del almacén de Ibañez.)

JULIA ¿Y, V. Luisa no tiene clase hoy?

LUISA Ya tuve esta mañana, temprano, y tendré otra, á la tarde. En verano, es mejor así, para todos. Los niños trabajan con más atención y se cansan menos.

JULIA ¿Se lo permitió sin dificultad el Consejo escolar?

LUISA Hubo oposición, como siempre.

BLAN. ¿Cómo? como siempre.

LUISA Sí. Les voy á explicar: los consejeros son tres: el doctor Montes, que es presidente, el

señor Moreta y don Silicato. Yo hago las veces de secretaria. Como el doctor Montes ha sido nombrado intendente en reemplazo del señor Moreta y tienen opiniones políticas contrarias, siempre hace oposición éste á todo lo que propone el doctor, de cualquier cosa que se trate; y de puro gusto, se opone á los proyectos más razonables; como si sus convicciones políticas no le permitiesen, por ejemplo, admitir que los chiquilines del primer grado salgan una hora antes que los alumnos del cuarto, ó cualquier otra niñería por el estilo.

JULIA ¿Y don Silicato, que dice en estos casos?

LUISA El pontifica, perora y como tiene al señor Moreta mucho miedo y que el doctor Montes le manda clientes, vota unas veces con uno, otras veces con otro. Por esto es que, cuando el doctor Montes quiere que algún proyecto pase sin oposición, insinúa á don Silicato la idea de presentarlo como cosa propia: pues así tiene seguros dos votos.

JULIA Lo mismo que hago yo con Gutierrez cuando quiero conseguir ciertas cosas.

BLAN. ¡Oh! ¡mamá!

JULIA Sí, habla no más, pícara; como si no hicieras con él lo mismo.

BLAN. Será sin saber.

JULIA Como los grandes políticos; por instinto.

LUISA ¿Y V. cree que si hiciéramos lo que llaman los hombres política, no seríamos, por lo menos, tan vivas como ellos?

JULIA Ya lo creo; y sin violencias, ni atropellos, seguramente conseguiríamos del gobierno mucho más que ellos.

ESCENA XII.

Las mismas. MONTES.

(Conversando, se han acercado al banco del frente; Julia se sentó. Montes vuelve de por donde salió y, al oir las últimas palabras, dice, interrumpiendo):

MON. Siendo, se entiende, gobierno de hombres. Buenos días, señora; señoritas.

JULIA Buenos días, doctor. Sí, creo que V. dice bien; pues si también fuese de mujeres el gobierno, sería más trabajoso conseguir algo.

MON. Fuera de simular oposición; porque entonces, por espíritu de contradicción, las del gobierno muy bien podrían concederlo todo.

BLAN. Doctor. ¡Que mala opinión tiene V. de nosotras!

MON. Hago excepciones, señorita.

LUISA Y entre las excepciones, una, particularmente, ¿no, doctor?

MON. (*mirando á Blanca*): V. sabrá, doña Luisa.

LUISA Suposiciones, no más; verosímiles, así mismo. ¿Cierto? Blanca.

BLAN. (*baja los ojos*) No sé, Luisa.

JULIA ¿Muchos enfermos? Doctor.

MON. Bastantes para ocuparme; pero ninguno de gravedad. Desde que la Intendencia hizo tapar los pozos de primera napa, que se hizo obligatoria la vacuna, que se recogen las basuras, que las calles están sin pantanos y bordadas de árboles, que se exige higiene en las viviendas pobres, casi han desaparecido la fiebre tifus, la difteria, la escarlatina y la viruela, cuyas víctimas eran innumerables.

JULIA De modo que el intendente arruinó al médico.

MON. Desgraciadamente no, señora, y al médico le queda todavía mucho que hacer para completar la obra del intendente.

LUISA ¿Y lo ayudan bien en la tarea?

MON. Sí, señorita. Las autoridades andan todas de acuerdo para hacer de Guardia Vieja un pueblo modelo.

Algunas personas, al principio, protestaron contra las nuevas ordenanzas; pero por la persuasión, se puede decir, más que por la fuerza, hemos conseguido nuestro objeto. Los que protestaban eran contrarios políticos. Nuestro programa de conseguir que no vayan á la legislatura sinó diputados que tengan por plataforma la buena administración mu-

nicipal de los pueblos de campaña, como quien dice su higienización material, moral y por consiguiente, política, es del todo desconsolador, en su sencilléz, para los políticos de profesión, que viven de los mil despilfarros á que puede dar lugar la posesíón del mando por cierta gente.

BLAN. Y por esas ideas tan sanas, tan nobles, diré, ¿tienen Vdes. tantos enemígos?

MON. Justamente, señorita: y nos odian todos los que viven, no del sueldo de sus puestos, sinó de las coimas grandes y pequeñas que del puesto pueden sacar; desde el alto funcionario que recibe un millón de algún concesionario agradecido hasta el escribiente que, por diez pesos, permite que siga su curso un trámite por él indebidamente detenido.

Queremos extirpar de nuestras costumbres políticas la inmoralidad atávica del robo y del fraude; y creemos que enseñando lo que, en pequeña escala, producen los dineros públicos honradamente administrados y empleados, lograremos hacer entender al pueblo de la nación entera lo que debe exigir de los que gobiernan.

BLAN. (*con entusiasmo*). Aplaudo, doctor, á sus bellas intenciones y hago votos para que fructifique su propaganda.

LUISA (*alegre*). ¡Recoja, paladín, los colores de su dama!

JULIA (*con reproche*). ¡Luisa!

MON. Erguido, los llevaré en el corazón y en la mente.

LUISA ¿No ven como había acertado? Si de algo tiene que servir el estudio de la psicología.... infantil?

BLAN. ¡Si es de mala! ¡esa Luisa!

LUISA ¿Mala? al contrario. Siempre, en la escuela, cuando un niño quiere confesar algo y no puede, lo ayudo.

MON. (*á Julia*): Señora, quizá haya dicho con muchas palabras bien poca cosa, y, por otro

lado, muchas cosas en pocas palabras. ¿Seré bastante desgraciado para haber merecido su desaprobación?

JULIA De poco sirve mi aprobación. Gutierrez es el que manda.

LUISA ¡Gobierno de hombres!.... Hemos de conseguir....

MON. Gracias, señorita. Señorita Blanca (*Blanca lo mira cariñosamente; le dá la mano. Montes se la besa*). (*A Julia*): Señora, ¡feliz me voy! (*Cruza la plaza y sale por detrás de la confitería*).

ESCENA XIII.

JULIA, LUISA, BLANCA.

LUISA ¿Qué te parece, mi Blanquita querida? ¿No te decía yo, el otro día, que había adivinado?

BLAN. Pero eres una imprudente. ¡Que barbaridad! Tengo las mejillas como fuego.

JULIA La verdad, Luisa, que es V. una sin vergüenza. Me puso V. en un trance....

LUISA Si no es más, ésto, que política. Aquí no se vive sinó entre políticos y acaba una por hacer también política; pero política honrada: «Aprovechar la ocasión para cooperar, como dice á menudo el señor Moreta, á la fusión de los partidos». Y éstos no pedían otra cosa.

JULIA No digo que nó; pero, ¿y Gutierrez? ¿Qué pensará?

LUISA Pensará.... pensará lo que V. quiera.

JULIA V. dice. Pero es bastante testarudo mi José, y si tiene en la cabeza otra cosa, ¿quien sabe como nos irá?

BLAN. (*inquieta*). ¿Y tendrá otra cosa en la cabeza, mamá?

JULIA Creo que nó, pero puede suceder.

LUISA (*muy seria*). Por mi parte, temo que suceda.

BLAN. ¿En qué te fundas?

LUISA Un pálpito.... pero estaremos alerta.... si realmente á V. le gusta Montes?

BLAN. (*precipitadamente*). ¿No te lo dije diez veces?

LUISA (*riéndose*). ¿Quién te pregunta á tí? á tu mamá digo.

JULIA Sí, me gusta. ¿Porqué voy á decir que nó? Me gusta porque es hombre ilustrado, bueno, educado. Que tiene buen corazón y es inteligente. Que tiene para vivir una profesión honorable y que cumple asiduamente con los deberes que ella le impone.

LUISA Además de ésto, en política, anda bien y va á ser diputado.

JULIA No va á ser nada; y por esto es que todavía me gusta más. Para mí, en política, no puede sinó fracasar. Hombre que sólo trata de poner en práctica lo que dice de legalidad, de honradéz y de progreso, ¿á que quiere que llegue, dígame?

BLAN. ¿Crees, mamá, que no será diputado?

JULIA Francamente, lo dudo muchísimo. Pero, á tí ¿qué te importa?

BLAN. Me hubiese gustado.... para él.

LUISA ¡Ambiciosa!.... Mira; todo bien pensado, puede ser que tenga razón tu mamá. Pero, no importa; pues más vale siempre para la mujer la tranquilidad del hogar que cualquier éxito del marido en la política.

JULIA Absolutamente. Ahí viene mi marido.

ESCENA XIV.

Los mismos; JOSÉ GUTIERREZ.

JULIA ¿Donde estabas? Te andábamos buscando.

GUT. ¿Con urgencia?

JULIA No. Pero creíamos encontrarte en la plaza.

GUT. Vengo del Juzgado. Tenía que hacer una diligencia.

JULIA ¡Las diligencias de José!

GUT. ¡Sí! hombre; sacar una guía, y me entretuve conversando con el juez de paz.

LUISA ¿De política? no.

GUT. ¿Y de que quiere V. señorita, que conversen dos hombres, sinó de política?

LUISA ¿Hay novedades?

GUT. ¿En la tienda?

LUISA ¡Don José!

GUT. ¡Ah! ¿También á V. le interesa la política?

LUISA ¡Oh! indirectamente!

GUT. ¿Quién será ese indirecto?

LUISA Nadie, señor Gutierrez. Pero, basta que yo sea maestra de escuela para que no me dejen indiferentes los movimientos políticos.

JULIA Tiene mucha razón: Soy hija de funcionario; tengo hermanos empleados, y demasiado conozco los sustos porque pasan las pobres familias de los que viven del presupuesto, por meritorios que sean, cuando por algún cambio en la política, ese espantajo perpétuo, sube de ministro cualquier figurón en reemplazo de cualquier muñeco.

GUT. ¡Bah! exageras siempre. No hay al contrario, para mí, nada más entretenido que la política.... ni de más rédito, á veces; pues basta tener amigos que estén del buen lado para poder hacer y conseguir lo que uno quiere; ¡y vengan entonces los puestos bien rentados, las mejores tierras fiscales, las concesiones provechosas y la plata de los bancos! y para los amigos, los hijos y.... los entenados: excepciones de impuestos y de conscripción, becas en las escuelas, pasajes gratuitos, y hasta camas en los hospitales; ó mil otras cosas por el estilo, difíciles de conseguir sin cuñas y que llueven sobre los privilegiados, los amigos de los amigos del poder.

¡Dejate de embromar, mujer! ¡Si la política sola es una carrera, la más hermosa de las carreras!....

(*Solemne*): Lo que sí, fiel á su partido, ¡siempre!

LUISA ¿Y á que partido pertenece V. señor Gutierrez?

GUT. *(distraido):* Yo, á ninguno.

LUISA (*riéndose*). Entonces, la fidelidad le ha de ser fácil.

GUT. ..... Es decir, no soy partidario.... ¿Cómo diré?.... de un hombre. Soy.... soy, por ejemplo, como quien dice, liberal. Eso es, liberal. ¡Soy liberal, yo!

(Salieron desde un rato, de la confitería, Moreta y Perez; se acercan saludando á las señoras).

ESCENA XV.

Los mismos; MORETA, PEREZ.

MOR. (*Cazándole la palabra*): ¿Liberal? ¿Dice? ¡Bravo! señor Gutierrez. Así pensaba, que V. sería de los nuestros. Acabamos justamente de echar las bases del gran partido liberal de Guardia Vieja; y aquí les presento al señor Arturo Perez, secretario del comité. (*A Perez, presentando*): La señora de Gutierrez, su señorita hija, Blanca; el señor Gutierrez, uno de los estancieros más.... progresistas del partido, llamado á ser una de las principales columnas de nuestro partido liberal, y á quien (*como mirando en el porvenir*) quizás hemos de llevar algún día al Congreso Nacional, entre los representantes más conspícuos de nuestra provincia.

GUT. ¡Oh! don Saturnino; ¿Adonde vá?

MOR. ¿Y porque nó? (*Lo toma á parte y le da explicaciones*).

JULIA ¿Y V. señor Perez? ¿Hace mucho que se ocupa de política?

PER. Por casualidad, ahora; señora. El señor Moreta pensó que debía nombrarme secretario del comité liberal.

MOR. (*Que há vuelto con Gutierrez*). Señora, el señor Arturo Perez es uno de los jóvenes más aventajados de Guardia Vieja; y sería lástima dejar en barbecho sus aptitudes de conductor de hombres. El día que quiera, será él lo que quiera en la política.

GUT. (*Como inspirado*). ¡Afortunado jóven! ¡Carrera hermosa, la política!

JULIA ¡No te alborotes, hombre! Ya sabes que por

mí, más te quisiera ver ocupado con tus vacas y dejar que la política se arregle sola.

MOR. Haría mal, señora. El señor Gutierrez, si quiere, llegará á ser diputado nacional.

JULIA Y, diputado ¿qué hará? No es capaz de escribir una carta á su capataz, ni de decir una frase que tenga sentido común.

GUT. ¡Que mujer ésta!

MOR. Esto es lo de menos, señora. Con un buen secretario....

GUT. Claro, con un secretario como el señor Perez, por ejemplo, ¿tú crees que no podría ser diputado como cualquier otro?

PER. Estoy á su disposición, señor Gutierrez, desde ya, si V. quiere.

GUT. ¡Oh! no pienso todavía.... pero....

MOR. ¿Y por que nó? Cuanto antes empiece sus trabajos, mejor será. (*Irónico*): Apenas quedan diez y ocho meses antes de las elecciones.

GUT. (*convencido*). Es cierto que son pocos.

MOR. Lléveselo á Perez para la estancia y allá se ponen de acuerdo.

GUT. No me disgustaría del todo. Mire, nos vamos mañana. ¿Quiere venir con nosotros?

PER. (*á Julia*): ¿No causaré molestia, señora?

JULIA (*seca*): En las estancia, señor, hay tanto sitio que sólo es molesto el que quiere serlo.

PER. (*sin turbarse*). Mil gracias, señora, por su amable invitación.

JULIA (*á parte*): No miente Moreta. Es.... aventajado el Perez ese.... y sufrido.

BLAN. (*á Luisa*): ¿Será este señor la «otra cosa» que se le va á meter á papá en la cabeza?

LUISA (*ha oído todo lo anterior con irritación*). Ese era mi pálpito.... (*A Blanca*): Creo que sí, pero....

BLAN. ¿Pero.... qué?

LUISA Entre las tres, se la hemos de sacar.

BLAN. Voy á pedir á mamá que convide á Montes á venir con nosotros. ¿No te parece?

LUISA Te lo iba á decir. Es absolutamente necesario.

JULIA Bueno, José. Es hora de almorzar; nosotras, nos vamos. Señores. (*Saludan y se retiran por donde habían entrado: Julia, Blanca y Luisa.*

GUT. (*Las acompaña un poco y vuelve, diciéndolas*): Ya vengo.

ESCENA XVI.

MORETA, PEREZ, GUTIERREZ.

MOR. *(á Perez, durante la breve ausencia de Gutierrez):* ¡Ahora sí, amigo, que lo vamos á probar! Enlazar al viejo le será fácil; pero la madre coceará ¿mañereará también la chica? es probable. Pero V. tiene lindo juego y la puesta vale la pena.

PER. Gracias, don Saturnino. No le seré ingrato.

MOR. Haría mal; todavía me necesita.

PER. (*á Gutierrez, que vuelve*). Señor, hasta mañana; y mil gracias.

GUT. (*Protector*). Hasta mañana.... Perez.

ESCENA XVII.

MORETA, GUTIERREZ.

GUT. Me gusta mucho este joven.

MOR. Mire, Gutierrez, tengo la convicción que lo veremos en los puestos más altos. (*Como soñando*): ¡No tener ninguna hija moza! ¡Feliz la mujer á quien elija por esposa!

GUT. (*ingenuo*). ¿Es rico?

MOR. ¡Qué rico vá á ser! hombre. No tiene nada; pero, por la política, subirá á donde quiera. Y sabrá aprovechar, se lo garanto. Aquí, no más, no ha de tardar en hacerse una posición. Martínez y yo, por lo demás, le ayudaremos.

GUT. ¿Vd. realmente, entonces, cree que es jóven de porvenir?

MOR. ¡Si lo creo! Mire, Gutierrez; hasta le diré que hay ocasiones que un padre no desperdicia y que si yo tuviese una hija casadera....
GUT. Se puede ver.

ESCENA XVIII.

Los mismos. GERENTE DE BANCO. (Este viene del fondo, despacio).

MOR. ¡Caramba! el gerente del banco. ¿Espéreme dos minutos, quiere?
GUT. Es que me espera mi mujer para almorzar.
MOR. Dos minutos. Puede ser muy bueno para Vd. ¿Necesita plata?
GUT. ¡Hombre! no necesito, pero nunca está demás.
MOR. Bueno. Dos minutos. ¿Cuanto?....
GUT. No sé yo. Diez mil.
MOR. Es poco.
GUT. Póngale veinte.
MOR. Espéreme.

(Gutierrez se sienta en el banco. Moreta se junta con el gerente).

MOR. ¿Cómo está? mi banquero.
GER. Bien, señor Moreta; bien. ¿Quién es este señor que está sentado?
MOR. El señor Gutierrez; el estanciero. ¿No lo conoce?
GER. De nombre, no más. Tiene cuenta en el banco; pero siempre deposita; nunca pidió. Dicen que está bien.
MOR. Ya lo creo. Dígame, señor Gerente V. el otro día, me negó plata con mi firma, sola.
GER. Claro, pues, V. siempre pide renovaciones, sin amortizar un peso.
MOR. Bueno. ¿Con la firma de Gutierrez, me daría?
GER. Sí señor. ¡Como no!
MOR. ¿Cuánto? ¿treinta?
GER. Sería mucho. Tenemos poco capital.
MOR. ¿Veinte?
GER. ¿Veinte? Creo que no habría inconveniente.
MOR. (*Llamando*). ¡Señor Gutierrez!

(Gutierrez se levanta y se acerca saludando. Moreta lo presenta).

MOR. (*Presentando*). El señor don José Gutierre: estanciero. El señor Gerente del Banco, quien comuniqué su deseo de conseguir u descuento de veinte mil pesos, y quien tuv la amabilidad de concedérmelo, con la coı dición, que de antemano sabemos, y que poc por lo demás, nos costará, de sostener la pc lítica del señor Gobernador.

GUT. (*Complaciente*). Quien quiere favores los tien que corresponder. Es por demás justo.

GER. Es muy natural. Los gobiernos no puede facilitar dinero á sus contrarios. Sería da armas en contra suya.

MOR. Como V. dice.

GER. Señores, hasta luego. (*Se retira*).

MOR. (*Fingiendo entusiasmo*). ¡Lo que es la pc lítica! ¿Ha visto? Necesita uno dinero; n tiene más que pedir. Y esto no es más qu el principio, don José. Deje que hayamos h cho á Martínez, diputado. ¡Y verá entonce que baile!

TELÓN.



ACTO SEGUNDO

EN LA CONFITERÍA DEL PROGRESO.-A la derecha del espectador, el mostrador y estante con botellas de bebidas entre dos puertas. En el fondo, una puerta para el servicio; el billar rodeado de mesitas, sillas de fierro, etc. A la izquierda, salón de señoras, separado de la sala grande por un simple juego de cortinas mal cerradas que dejan ver en una pieza lo que pasa en la otra. Esa salita comunica con el zaguán de la calle por una puerta).

ESCENA I.

(Mientras sube el telón, se oyen aclamaciones en la escena: «*¡Viva Martínez!*», «*¡Viva don Saturnino Moreta!*», «*¡Viva el Partido Liberal!*» «*¡Vivaaa!*». Ahogada la gritería, y levantado del todo el telón, termina su discurso Moreta, subido en el billar).

MORETA, parado encima del billar. Rodeando el billar: PEREZ, CARCOMA, los 3 GAUCHOS del primer acto, el CARNICERO, un CARRERO, un ACOPIADOR, el MAYORAL de la galera, PUEBLO, VECINOS.

JOAQUÍN, en el mostrador. Un MOZO, sirviendo.

MOR. Terminaré, señores. La candidatura de Martínez, fundador de Guardia Vieja, significa para nuestro pueblo querido: progreso; progreso material y progreso moral; porque su elección arrancará el poder de las manos tiránicas que hoy nos gobiernan, y se lo arrancará en lucha leal, pues el Partido Liberal, que tengo el honor de presidir, no admitirá fraude en las elecciones y será asegurado el definitivo bienestar del pueblo por la libertad del sufragio popular! He dicho.

(Aclamaciones, aplausos, vivas. Ovación á Moreta).

3er. GAUCHO. (*Está bastante ébrio, grita solo, cuando se ha hecho casi el silencio*): ¡Viva Martínez! ¡A ver si paga la copa!

MOR. La pagaré yo. ¡Mozo! sirva lo que le pidan.

TODOS GRITAN. ¡Bravo Moreta! ¡Viva! (*Y llaman á la vez*): ¡Mozo! ¡un bitter! ¡mozo! ¡un suisé! ¡Déme un vermouth Torino! ¡A mi un francés! ¡Viva Moreta!

EL MOZO. (*A parte á Joaquín*): ¿Serviré sin cobrar?

JOAQUÍN. (*Perplejo*). ¡Compromiso! con ese Moreta. Ya me debe una punta de pesos.... Pero si gana las elecciones. ¡Bah! sírvales....; pero no llene mucho los vasos, y.... pura imitación, ¡eh!

(*La gritería de los pedidos ha aumentado*). ¡Un vermouth! ¡Una ginebra con soda! ¡Déme caña! ¡Mozo, un aperital!

(El mozo con una bandeja llena de vasos y tres ó cuatro botellas, va sirviendo):

EL MOZO. ¡Un vermouth francés! ¡un bitter! ¡un aperital! y ¡vos che! ¿mayoral?

EL MAYORAL DE LA GALERA. A mí, dame un Torino; pero legítimo; no; sinó te vuelco en una vizcachera cuando vayas á Baguales á ver á tu novia.

1er GAUCHO. (*Al acopiador y al carnicero, medio confidencialmente*): ¡A ver, aparceros, si bebemos al éxito del patrón!

CARNICERO. ¡Ojalá la gane! ya se va haciendo imposible el negocio de carnicería, con esa gente. ¡Ni un ajeno perdonan!

ACOPIADOR. ¿Y el de acopiador? Si no gana Martínez, renuncio. Todavía me multaron ayer por un cuero sin orejas!

CARNICERO. ¡Que barbaridad!

MORETA. (*Al carrero*): ¡Ché! ¡Juan! ¿estarás con tu gente mañana?

CARRERO. Sí, patrón; cuente no más. Quiero que Vd. gane. A ver si no nos detienen los carros á cada rato, por falta de guía ó por una marca dudosa. Si ya no es vida en este pueblo.

MORETA. No tenga cuidado, ¡hombre! ¡que la hemos de ganar en grande!

ESCENA II.

Los mismos; GUTIERREZ.

MOR. (*A Gutierrez que entra*). ¿No es cierto, Gutierrez, que la vamos á ganar?

GUT. Si todos cumplen como yo, por lo menos, es de creer.

MOR. ¿Cuánta gente trae?

GUT. Como cuarenta. Todo el machaje de la estancia, desde 16 hasta 70 años.

MOR. (*bajo*). ¿Armados?

GUT. (*bajo*). ¡Y bien! No se ha de meter así cualquiera á votar, si ellos no quieren. ¡Hombre! pregunte á Perez, lo bien que hemos trabajado.

PER. Magníficamente, don Saturnino. Dudo que de otro establecimiento pueda venir, para nosotros ó en contra, mejor núcleo de gente, más lista y mejor preparada.

MOR. ¡Bravo! y gracias, mi amigo Gutierrez. Ya sabe que si la ganamos, puede V. preparar su candidatura para el Congreso. El Gobernador necesita allí un bloque de amigos incondicionales, disciplinados, que sepan dejar á un lado sus propias ideas.

PER. (*á parte*): Los que las tengan.

MOR. Para seguir únicamente la inspiración de él. Y V. me parece reunir todas las condiciones requeridas.

PER ¿El señor Gutierrez? ¡Como mandado hacer, don Saturnino!

GUT. Vdes. siempre me están alabando más de lo que merezco.

MOR. ¡Y modesto como él solo! pero, no importa; de cualquier modo, bien saben todos lo que vale su plata. A propósito, dígame, ¿trajo plata?

GUT. Unos cinco mil pesos, de novillos que vendí, nada más; pero tengo en el Banco todavía los diez mil pesos de mi parte de la letra que descontamos.

MOR. (*Como caviloso*). Será poco. ¡Caramba!

GUT. ¿Poco? ¿Para que necesita tanto?

MOR. (*A Perez, riéndose*). Pero. ¡Qué inocencia! (*A Gutierrez*): Mañana son las elecciones. Tenemos mucha gente reunida: está bien. Pero á esa gente hay que entretenerla, mantenerla, divertirla, y para ésto, tiene que comer tomar, jugar, quemar cohetes, y que se yó. Si V. no les dá plata á todos esos hombres, no votarán. ¡Algo peor! los comprarán los contrarios y perderemos el partido. No, no son muchos los quince mil, créame; yo voy á poner otro tanto, y así puede ser que alcancemos.

PER. (*á parte*). ¡Es diablo mi patrón!

GUT. Tiene razón; aquí tiene los cinco mil (*se los dá*) y luego le entregaré los diez.

MOR. (*enternecido*). Mire, Gutierrez; V. es justamente el hombre que necesitaba. Y no vaya á creer que todo ésto sea plata mal empleada. Parece tirada, así, á primera vista, pero verá, después. Hagamos cincuenta carambolas (*se van al billar*).

ESCENA III.

(Durante la escena anterior, poco á poco se han retirado los personajes de segundo órden, quedando solamente MORETA, GUTIERREZ, en el billar. CARCOMA y PEREZ, conversando. JOAQUÍN y un MOZO).

(Entran en el salón de señoras: MONTES con JULIA, BLANCA y LUISA).

(Se sientan y MONTES golpeándose en las manos, llama).

MON. ¡Mozo!

(Viene el mozo y pregunta):

MOZO ¿Qué desean?

JULIA ¿Tiene helados?

MOZO Sí, señora, de crema.

JULIA Bueno, traiga cuatro; con galletitas, de esas buenas que llevé el otro día.

MOZO Muy bien, señora.

(Moreta y Gutierrez juegan discretamente al billar. Perez y Carcoma conversan cerca del mostrador; Perez mira con insistencia á Montes y sus acompañantes por la abertura de las cortinas; Montes sirve á las señoras, conversa con ellas).

MOR. (*Jugando al billar*). ¡Siete!.... Siento que no haya oído mi discurso, ¡hombre! Todo un éxito. Bueno, es cierto que Perez, ¡ocho! me lo escribió y me lo hizo aprender. ¡Que cabeza! ese muchacho. Erré. (*Gutierrez juega, y siguen jugando y hablando*). ¿Qué tal se portó con V. en la estancia?

GUT. ¡Ah! muy bien, hombre, muy bien! Muy avezado en política, se conoce, el muchacho.

MOR. ¿Y no le cayó en gracia á Blanca?

GUT. Por este lado, me parece que muy poco pudo adelantar.

MOR. Es de sentir; es de sentir.

GUT. Le diré que ahí estaba Montes, y creo que á Blanca le gusta más.

MOR. ¡Que lástima! preferir ese curandero á un jóven lleno de porvenir como Perez. Esas mujeres son absurdas. V. la debería aconsejar.

GUT. Y es lo que haré; pero el amor, amigo; creo que ni la política puede con él.

MOR. ¡Bah! la política puede con todo. ¡Once! (*Sigue jugando*).

CAR. (*A Perez*): ¿Y, no va á saludar á sus amigas?

PER. Tendré que ir, no más; pero me fastidia ese Montes.

CAR. ¿Y que le importa? Los dos festejan á la hija de don José, para que pueda elegir. Son cosas que á cada rato se ven.

PER. Me pone muy nervioso su presencia.

CAR. ¡Mejor! ¡Sin los nervios no hay hombre! ¿Está armado?

PER. ¡La pregunta!

CAR. Entonces ¿qué le puede suceder?

PER. ¿Cree V. que tengo miedo?

CAR. No, hombre. ¡Que esperanza! (*siguen conversando*).

BLAN. ¿Y papá jugará al billar todo el día? ¿Porqué no vendrá á tomar helados con nosotros?

JULIA ¡Oh! Déjalo á tu papá. Cuando está con su Moreta y su Perez, ya no existe para los demás.

MON. Efectivamente, lo han acaparado tanto que me parece que va á dejar plumas en ese juego.

LUISA ¿Por qué? ¿V. cree que don Saturnino lo puede aconsejar mal.

MON. ¿Aconsejar mal? Lo vá á saquear, señorita. A esa gente la política sólo sirve para llenar los bolsillos propios con el contenido de los ajenos. Puede V. estar segura de que ya le habrá sacado algo.

JULIA Así creo yo. No me ocupo de los negocios de José.... porque todo me lo dice; pero sé que vendió novillos y no me consultó, como acostumbra, sobre lo que iba á hacer con la plata.

BLAN. ¡Pobre papá! es demasiado bueno.

JULIA Sí, demasiado.... otra cosa; ¡dejarse embromar por esa chusma de politiqueros! V. Montes, quizá lo podría poner sobre aviso.

MON. ¡Dios me libre! señora. El señor Gutierrez es dueño de hacer con su dinero lo que quiere, y por lo demás, creo que más escucharía, por lo presente, un consejo del señor Perez que uno mío.

JULIA (*Con impaciencia*). ¡Este señor Perez!

BLAN. (*Con desconsuelo*). ¡Este señor Perez!

LUISA (*Entre dientes*). ¡Este Perez!

MON. (*A parte, las mira á las tres con cierta admiración*). Veo que no me han de faltar aliadas.

PER. (*A Carcoma, con quien ha seguido conversando*). Tiene razón. Voy.

CAR. Y no se deje pisar, amigo.

(Perez entra al salón de señoras y saluda).

(Carcoma queda solo, parado contra el mostrador. Gutierrez y Moreta siguen jugando al billar).

PER. Señora, señorita. Señorita Luisa. ¿Cómo están Vds.? ¿Cómo está, doctor? Tienen Vds. valor, de venir, en este día de agitación, en el mismo antro de la política?

MON ¡Oh! supongo que, en cualquier caso, basta-

rían las cortinas del salón reservado á las familias para atajar las olas populares.

JULIA Aquí no se admite política, señor Perez. Queda V. avisado.

PER. Pero, señora; V. cree que no me ocupo más que de política. Está V. equivocada.

MON. Tiene razón Perez, señora. El no se ocupa, en realidad, de política, sinó que usa de ella como simple herramienta de trabajo.

PER. Como el doctor de la medicina.

MON. Sí, algo así; sólo que la medicina presta servicios á la sociedad y que lo que se llama aquí política, todo lo pervierte y lo destruye.

PER. La política no destruye nada, doctor. Fomenta, al contrario, el adelanto de los pueblos; les permite recoger los frutos de la libertad, y expresar, por medio de las elecciones, sus anhelos y sus voluntades. La política desarrolla mil talentos que, sin ella, hubiesen quedado sumidos en la sombra; engendra oradores, economistas, hombres de estado y guerreros que, por los esfuerzos de su genio y de su brazo, engrandecen á la patria. La política es la más fecunda de las ciencias, pues las abarca todas, y por los inmensos y variados conocimientos que posee, bien tiene derecho el hombre político á dominar al pueblo y á conducirlo á donde debe ir.

LUISA Me gusta oirlo hablar así, señor Perez....

PER. (*Saluda*). Por lo demás, ¿cómo podría decir V. lo contrario, cuando aspira,—lo que no hago yo, todavía,—á ser hombre político?

MON. Es que entiendo yo la política justamente como la acaba V. de pintar, tan elocuentemente como si se hubiese tratado de preparar un discurso para el señor Moreta, es decir al revés exactamente de lo que es en la práctica; pues, aquí, sólo entorpece el progreso de los pueblos y restringe su libertad; desfigura por medio de las mismas elecciones, la expresión de sus anhelos y de su voluntad; se

desarrollan en su fango mil organismos ponzoñosos que, salidos, por ella, de la obscuridad en que yacían, difunden la venalidad y la codicia traicioneras que desarman á las naciones, haciéndolas creer en un poderío ilusorio; las mantienen en la ignorancia con relumbrosas apariencias de lujosa enseñanza; las entregan á los agentes de todas las supersticiones, por tal que.... correspondan, y á todos los vicios, por tal que produzcan.

BLAN. ¡Muy bien, doctor, muy bien!

MON. ¡Ciencia fecunda! sí, la política! fecunda en microbios devoradores de todas las fuerzas de la nación, materiales, intelectuales y morales; copiosamente representados en Guardia Vieja, por los demás.

PER. ¿Por quienes? señor.

MON. Demasiado perspicáz es V. para no saberlo. No me lo haga decir delante de las señoras.

PER. Tiene V. razón. Aproveche la situación. Pero en otro momento se lo he de preguntar. ¡Señoras! Doctor, hasta luego. (*Vuelve á entrar en el salón y se junta con Carcoma*).

(Dejan el billar Gutierrez y Moreta).

JULIA ¡Ahí tiene la política! No puede uno tener media hora de tranquilidad.

BLAN. ¡Dios mio! y ahora, ¿qué es lo que va á suceder?

LUISA V. ha sido muy duro, doctor; lo ha provocado.

MON. Es cierto. Perdónenme Vds. Pero tanta mentira me dá tanto asco que no pude contenerme.

JULIA Bueno, vámonos. ¡Blanca!

BLAN. Vámonos, mamá. Doctor, acompáñemos.

MON. Como no. (*A parte*): pero volveré. ¿Viene V. con nosotros, Luisa?

LUISA No. Tengo que ir á casa.

ESCENA IV.

GUTIERREZ, MORETA, PEREZ, CARCOMA.

MOR. ¿Quién hablaba tan fuerte en el saloncito?

PER. El Dr. Montes.

MOR. ¿Montes? Con quien estaba?

PER. Con la señora y señorita de Gutierrez y con doña Luisa.

GUT. ¿Peleaba con mi señora?

PER. Fué conmigo.

MOR. ¿Hablarían de política?

PER. Claro. Pero fué muy insolente y no ha de pasar así.

GUT. No haga caso, ¡hombre! en momento de elecciones.... y Montes es excusable porque se ve de antemano batido; sin contar que estaban allí, como gallos, frente á frente.

PER. (*Amenazador*). Veremos.

ESCENA V.

Los mismos; SILICATO.

SILI. ¡Salud, señores! Señor Moreta; no me permitieron asistir á su admirable conferencia las apremiantes exigencias de mi humanitaria profesión, pero me han ponderado su elocuencia de tal modo que no puedo sinó felicitarlo sin reserva por la merecida ovación que le ha dispensado el pueblo entusiasmado de Guardia Vieja.

MOR. Le agradezco, señor Silicato y le diré que conociendo sus sentimientos y convencido que sentiría V. no haber podido manifestarlos en público, tomé la libertad de convidar á beber una copa en su nombre á todos los que asistían á la conferencia.

SILI. (*Sin entusiasmo*). ¿Una copa? Bien hecho bien hecho. ¿Y aceptaron?

MOR. ¡Mire la ocurrencia! No hubiera faltado más.

SILI. Bien, bien. Y.... ¿fué pagado el gasto?....

MOR. Se lo hice poner en cuenta.

SILI. Bien, bien, muy bien; muy bien.... (*inquieto*) ¿Eran muchos?

MOR. (*Entusiasta*). ¡Ah! ¡lleno de gente, ché!

SILI. Bien, bien. (*Inquieto*): ¿Cómo cuantos eran?

MOR. Eso no sé; pero se puede saber. ¡Don Joaquín!

JOA. ¡Aquí estoy!

MOR. (*Haciéndole señas*). ¿Cuántas copas apuntó al señor don Silicato, cuando convidé yo?

JOA. (*Mirando al libro*). Treinta y dos, señor Moreta.

MOR. Ya ve, Silicato, treinta y dos copas; poca cosa para semejante triunfo de nuestro partido. En mi discurso no hice más que tratar de convencer al pueblo de las nobles intenciones del partido liberal y de aconsejarle de propiciar con toda su energía la candidatura del señor Martínez.

ESCENA VI.

Los mismos; LOPEZ y GOMEZ.

(Mientras habla Moreta, entran el Juez de Paz Lopez y el Comisario Gomez por la puerta 2ª. Sin hacer más que saludar, se sientan en una mesa y el mismo confitero les sirve refrescos. Han formado rueda los demás y escuchan á Silicato quien habla sin fijarse en Lopez y Gomez, pues les dá las espaldas.

SILI. (*Con énfasis*). El partido liberal y su eximio presidente se han hecho acreedores á toda la gratitud del pueblo de Guardia Vieja. Hagamos votos para que el éxito de la candidatura del señor Martínez nos libre de una manera definitiva de las autoridades que nos fueron impuestas por un gobierno sin moralidad y de las cuales no sabe uno que admirar más, si la mala fé ó la imbecilidad.

(Moreta, Perez, Gutierrez y Carcoma que, — ellos, — ven á Lopez y á Gomez, se ríen á carcajadas y festejan en grande la ocurrencia de Silicato).

TODOS ¡Bravo! ¡Don Silicato! ¡Viva!

(Lopez y Gomez se levantan).

GOM. (*A Lopez, sin que oiga ni vea Silicato*). ¡Ha visto que sin vergüenza! A ese cachafaz le voy á dar una lección, antes que nos echen.

LOP. ¡Hombre! la tendrá bien merecida (*salen*).

SILI. (*Radiante por la ovación*). ¡No merezco alabanzas, pues no hice más aquí, señores, que

expresar libre y enérgicamente mis convicciones de ciudadano.

GUT. ¡Bravo, bravo! Silicato. Bueno, señores; yo me voy.

MOR. ¡No se olvide! (*Hace señas de dar plata*).

GUT. ¡Cuando me voy á olvidar! ¡hombre! (*sale*).

ESCENA VII.

MORETA, SILICATO, PEREZ, CARCOMA, JOAQUÍN.

SILI. Señor Carcoma, ¿cincuenta carambolas?

CAR. Bueno, don Silicato. Aunque soy medio chambón. (*Se van al billar y juegan*).

MOR. (*A Jòaquín*). A don Silicato, le ha cobrado poco, ¡hombre! Le hubiera dicho ochenta copas, lo mismo era.

JOA. La verdad que he sido tonto. Pero no por esto dejo de agradecerle la intención, señor Moreta.

MOR. ¿Irá á votar, mañana? para Martínez?

JOA. Sí, señor. Bien le debo ésto.

MOR. Bueno, me voy. Si alguno pregunta por mí, dígale que voy á volver. No tardaré.

ESCENA VIII.

SILICATO y CARCOMA, jugando. PEREZ, al rato IBAÑEZ.

PER. (*Pensativo, rabioso, está fumando, solo, recostado contra el mostrador*). ¡Me vengaré!

(Entra Ibañez por la puerta 1ª. Entra como vacilando, con inquietud, buscando á alguien. Ve á Perez y se le acerca).

IBA. Buenos días, señor Perez. Justamente lo andaba buscando.

PER. ¿A mí?

IBA. Sí; á V. pues así me lo pidió una persona á quien me intereso mucho.

PER. ¿Y quien es esta persona?

IBA. La señorita Luisa, la maestra de escuela.

PER. ¿Es parienta suya?

IBA. No señor; pero conocí mucho á los padres de ella; fueron siempre muy buenos conmigo y no quisiera que le sucediese nada malo, pudiéndolo yo evitar.

PER. ¿La amenaza, por mí, algun peligro?
IBA. Así me dejó entender. Dice que V. tuvo con el doctor Montes un altercado y me rogó de tratar de apaciguar las cosas entre Vds. para evitar alguna desgracia.
PER. ¿Evitar á quien? ¿A Montes?
IBA. No me dijo, señor Perez. Pero creo que no tanto se interesa en el doctor como....
PER. ¿Cómo?
IBA. Como en V., vamos.
PER. ¿Y teme, entonces, que á mí me suceda algo?
IBA. Así creo, señor Perez; y le venía, de parte de ella, á suplicar de tratar de.... en fin, de.... no sé como decirle.
PER. Sí, de mezquinar el cuerpo á los golpes. Entiendo; pues, dígale V. señor Ibañez, á Luisa, que mucho le agradezco el cuidado que por mí se toma, pero que para los hombres hay á veces obligaciones en que las mujeres no tienen nada que ver.
IBA. (*Desconsolado*). ¡Caramba! ¡Con la política!

ESCENA IX.

Los mismos; MORETA.

MOR. (*Entrando*). ¿Qué hay? ¿Qué hay? señor Ibañez, ¿con la política? ¿Qué le ha hecho la política, para renegar siempre de ella?
IBA. Nada, señor Moreta, nada. Si yo no me meto en política.
MOR. Entonces, ¿porqué se queja? ¿V. no va á votar mañana?
IBA. ¿Yo, votar? ¡Eso si que no! no me meto yo en esas cosas.
MOR. Pues hace mal, señor; hace muy mal.

(Silicato y Carcoma dejan el billar y se vienen á juntar con los demás).

SILI. Ya lo creo que hace mal. Las grandes luchas de la política pueden tener sus inconvenientes, pero los intereses particulares deben ceder el paso á los intereses superiores de la comunidad, de la sociedad, de la patria.

IBA. Sí, sí; muy lindas palabras. Pero yo no me meto y no me meto.

ESCENA X.

Los mismos; MONTES.

(Entra Montes; todos quedan callados. Saluda).

MON. (*A Joaquín*). Don Joaquín, ¿no está aquí el señor Gutierrez?

JOA. No, doctor; hace rato que salió.

MON. ¿No me podría decir adonde fué?

PER. (*Como desafiando*). Salió á buscar dinero para comprar votos.

MON. Confirmará así, entonces, lo que hace un rato, estaba diciendo á V. sobre política.

PER. Y sobre los políticos de aquí.

MON. Justamente.

PER. ¿Repetiría V. lo que de ellos decía?

MON. No me acuerdo los términos que empleé; pero sí, me acuerdo que fueron severos y en ellos me ratifico.

PER. Pues, exijo, doctor, que V. los retire.

MON. ¡Osadía es la suya!

PER. ¡Doctor! retírelos.

MON. ¡Jamás!

PER. (*Toma cancha, saca el revólver y tira sobre Montes, diciendo*): ¡Pues yo no los admito!

(Se oye un grito, é Ibañez que estaba contra el mostrador, muy cerca de Montes, se sienta en una silla. Pasado el primer momento de confusión, lo rodean).

IBA. ¡Ay! Estoy herido.

MOR. ¿Quién?

IBA. (*Gimiendo*). ¡Yo! Ibañez. En el brazo.

MOR. (*Casi riéndose*). Ibañez! Y por mejor Ibañez, ¡el único que no se mete!

(Montes ha quedado con toda su calma; se acerca á Ibañez y lo examina; Luisa entró un momento antes del tiro, en el salón de señoras y se asomó á la cortina. Viendo que Ibañez ha sido herido, entra en el salón, se le acerca y ayuda á Montes á hacerle la primera cura).

CAR. ¡Mire lo que son las cosas!

SILI. (*Se acerca á Perez como esquivando otros tiros posibles y le quita el rewólver de las manos, sin que Perez, ya del todo calmado y como atontado por lo que hizo, trate de resistir. Silicato con el énfasis habitual, blandiendo el rewólver*). ¡Ah! jóven. ¡Que imprudencia! ¿Qué locura ha sido la suya? no vé que podía matar, no á su adversario, lo que ya hubiese sido una gran desgracia, pero á su mismo bienhechor, al señor Moreta, á mí, á cualquiera, (*grita*): ¡matar á todos!

ESCENA XI.

Los mismos, LUISA, GOMEZ y un VIGILANTE.

(Gomez ha oido el tiro, entra; finge no ver más que á Ibáñez herido y á Silicato muy excitado y con el rewólver en la mano).

GOM. (*Enseñando al vigilante á Silicato*). Prenda á este loco, sinó va á hacer barbaridades.

(El vigilante agarra el rewólver y se lleva violentamente afuera á Silicato, quien protesta).

SILI. ¿A quien atropella? sicario inicuo.

VIGI. ¡Marche!

SILI. Protesto contra la injusticia de que soy víctima. ¡Soy inocente! ¡Vdes. lo saben!

GOM. ¡Marche! pues. (*Lo empuja; al vigilante, con intención*): ¡Ya sabe!

ESCENA XII.

Los mismos. Menos SILICATO y el VIGILANTE.

MON. (*Sigue curando á Ibañez*). Señor Comisario creo que está V. equivocado. El señor Silicato no cometió ningún delito.

GOM. ¿Y quien tiró entonces? El tenía todavía el rewólver en la mano y amenazaba,—lo he oído,—matar á todos. Solamente él puede haber sido. Y no es para mí nada extraño, pues, esta mañana, le oí hablar de las autoridades en términos más que revolucionarios.

LUISA Señor Comisario, no ha habido ningún delito. Desde la salita veía al señor Perez enseñar á don Silicato su rewólver, cuando de repente sonó el tiro que fué á herir por casualidad al señor Ibáñez. Don Silicato agarró el arma, y cuando V. lo hizo prender, estaba reprochando al señor Perez sn imprudencia; nada más.

MOR. Asi no más ha sido, Comisario.

CAR. Es cierto.

GOM. (*Severo, á Perez*): ¿Ha sido así?

PER. (*Algo avergonzado*). Sí, señor.

MON. Sí, Comisario, ha sido así. Por lo demás, bien sabe V. que no existía entre los señores Ibáñez y Perez ningún motivo de rencor ni de odio.

GOM. Más vale que así sea. Iré á poner en libertad á don Silicato y.... (*con intención*) le haré mis excusas. (*A Montes*): ¿Es de gravedad la herida del señor Ibáñez?

MON. No, señor. La bala, que es chica, no hizo más que atravesar las carnes sin interesar el hueso. Antes de diez días, estará el señor completamente sano.

IBA. ¡Diez días! ¡Poca cosa! ¿Qué sería si me hubiese metido?

(El Comisario sale).

PER. (*A Luisa, á parte*): Gracias, mi Luisa.

LUISA ¡Qué trances he pasado y qué sustos!

PER. Se los tendrá en cuenta mi corazón.

LUISA Señor Ibáñez, le voy á acompañar á su casa.

IBA. Bien me lo debe, por la changa.

LUISA ¡Cuánto siento!

IBA. ¿Qué le vamos á hacer?

PER. Señor Ibáñez, perdóneme V. la mala puntería.

IBA. La hubiese podido tener peor.

(Salen Luisa é Ibáñez).

PER. (*A Montes*). Caballero, aprecio como lo merece su hidalguía, y si, á pesar de todo, mi amistad.... (*le tiende la mano*).

MON. *(Sin tomarle la mano).* Cualquiera puede, sin ser un criminal, dejarse llevar de un arrebato; pero entre nuestras opiniones, se hallaría, creo, molesta la amistad. ¡Caballeros! *Saluda y se va á retirar, cuando en la puerta se cruza con Silicato).*

ESCENA XIII.

Los mismos, SILICATO. Al rato GOMEZ:

(Silicato entra con el sombrero abollado, la cara demacrada, la ropa rota en parte. Gimiendo).

MON. ¡Oh! don Silicato. ¿Qué le ha pasado?

SILI. *(Gimiendo, pero no sin conservar algo de la énfasis de siempre).* ¡Ah! doctor; he sido víctima de un cruel error, y como no podía más que protestar enérgicamente contra la injusta violencia que se me hacía, el titulado guardián del órden público, el vigilante infame que me conducía preso, descargó sobre mis venerables huesos de anciano, fiel observador de las leyes patrias, toda una tempestad de rebencazos.

MON. ¡Que brutalidad! *(Entra el Comisario)*: ¿No ve, Comisario, lo que su gente ha hecho? Nos llega, molido á palos, ese pobre don Silicato.

GOM. ¿Qué quiere? doctor. Esa gente es muy bruta; don Silicato se habrá desacatado y V. sabe que el desacato ...

MON. ¡Que desacato, ni que desacato!....

GOM. Ya castigué al vigilante, doctor.... Me permite una palabra. *(Se retira un poco á parte de los demás á quienes don Silicato sigue contando su desgracia con grandes gestos. Le desabollan el sombrero, le componen algo el traje).*

Mire, doctor; á propósito ha sido todo. Acuérdese lo que le dije al llevarlo preso. Esta mañana, con el Juez de Paz, hemos oído á Silicato hablar pestes de todos nosotros, con Moreta y demás, y celebrar la próxima

victoria de éstos contra las autoridades actuales; y se la juré. Ahora, con él, estamos á mano.

MON. *(Riéndose)*. No sabía, ¡hombre! ¡Pobre Silicato! Pero ya que es así, está muy bien hecho. Yo decía: si así tratamos á nuestros partidarios, ¿cómo trataremos á los contrarios? pero ya que es un contrario, es otra cosa.

GOM. Y lo es, creálo.

MON. *(A Silicato)*. Bueno, don Silicato; póngase árnica y se la haremos pagar al Comisario; pero á precio de costo, ¡eh! barata. También le voy á dar otra receta: cuando esté por hablar de política, póngase sal en la lengua y no empiece á hablar sinó cuando se le haya pasado el sabor. Es un remedio preventivo excelente.... *(en voz baja)* contra las palizas.

SILI. ¡Ah! ¡doctor! A V. nunca le falta la sal en la lengua.... Pero no entiendo bien.

MON. Bueno, piénselo. Adios. *(Sale con el Comisario)*.

MOR. *(A Perez y Carcoma)*. Vamos á dar una vuelta en la plaza. *(Salen)*.

ESCENA XIV.

SILICATO, JOAQUÍN.

SILI. *(En tono lastimero)*: Déme un coñac con soda.

JOA. Aquí tiene *(lo sirve)*.

SILI ¿Porque, diablos, me habrá dicho ésto, Montes?

JOA. ¿Quién sabe? señor. No entendí muy bien.

SILI. No me doy cuenta. Esto de la sal en la lengua. ¿Habré pronunciado, sin pensar, alguna palabra comprometedora?

JOA. Bueno, esto quizá puede haber sido. ¿Se acuerda, esta mañana, cuando V. felicitó al señor Moreta sobre su conferencia.

SILI. Vagamente.

JOA. Pues hubo un momento en que V. estuvo algo duro para con las autoridades y el gobierno pasado, sin moralidad, dijo, imbéciles, y no

se qué. Estaba yo en aquella mesa, sirviendo nn refresco justamente al Juez y al Comisario, y me pareció que oyeron bien todo,—como yo, por lo demás,—y que salieron bastante disgustados.

SILI. *(Completamente abatido).* Esto será, entonces. ¡Ah! ¡Lengua! ¡Lengua!

ESCENA XV.

Los mismos.

(Vienen entrando poco á poco, de á uno, de á dos, los 3 GAUCHOS, el CARNICERO, el CARRERO, el MAYORAL, el ACOPIADOR y gente de pueblo, y á medida que entran, se acercan al mostrador ó se sientan en las mesa y piden copas. Silicato está sentado solo, en su mesa, meditabundo. El mozo sirve á los parroquianos).

1er GAUCHO ¡A ver! mozo, una caña.

2º GAUCHO A mí, déme una ginebra.

3er GAUCHO A mí también.

1er GAUCHO ¡Qué ha venido de gente! y toda para Martínez, creo.

2º GAUCHO Amigo; es el único que afloja. Se comprende.

3er GAUCHO *(Con desprecio).* ¡Martínez! ¡Martínez! ¿Qué va á aflojar ese? ¡si no tiene con que caerse muerto!

2º GAUCHO ¿Y, quien afloja, entonces?

3er GAUCHO Don Moreta.

1er GAUCHO ¿Moreta? Cuando pague Moreta, saldrá cometa.

CARNICERO *(Entra).* ¡Salud! señores. ¿Quién pagá la copa?

1er GAUCHO Sírvase amigo. ¿Qué vá á tomar?

CARNICERO ¡Así me gusta! Déme un bitter.

2º GAUCHO Habían sido medio sin vergüenza los carniceros para hacerse convidar.

CARNICERO Así será; pero también para el trabajo, hay que verlos de madrugada.

1er GAUCHO Cuando ha habido reses por la noche.

2º GAUCHO Si gana Martínez, mañana, no nos han de faltar.

1er GAUCHO Y ha de ganar, no más. ¿Qué van á hacer los otros? ¿No vé que no tienen gente?

SILICATO *(A parte, con convicción).* ¡Que vergüenza! esas elecciones venales.

CARRERO Buenas tardes, señores. ¡A ver, mozo! repitan, señores.

1er GAUCHO ¿Habrás hecho alguna herencia?

CARRERO Todavía no; pero la elección de Martínez, para mí, es como herencia que hacemos todos.

CARNICERO ¿A vos que te va á tocar?

CARRERO ¿A mí? De no pagar más multas á troche y moche; de poder usar caballos ajenos sin que me los quiten. De no tener que quedar detenido días por una guía mal hecha; y que sé yo, hombre, una porción de cosas. Y por fin á mi me gusta Martínez porque es un hombre como nosotros, que no usa levita, y que cuando algo le tengamos que pedir, no lo ha de negar; ¿qué quiere que le diga?

MAYORAL *(Entró hace un rato con el acopiador).* ¿Quién sabe si no les sale el tiro por la culata? Creo que una vez con el mango de la sarten en la mano, son todos iguales. ¿No le parece don Silicato?

ACOPIADOR Esto es. A ver lo que dice don Silicato de la política.

(Silicato se levanta de su mesa y se acerca al mostrador donde están agrupados los demás. Al levantarse, hace una mueca de dolor y se estrega la espalda con la mano, pero sin dar seña de que se acuerde).

SILI. La experiencia, señores, nos enseña....

JOA. ¿Un poco de sal? don Silicato.

SILI. ¿Para?

(Joaquín, le enseña discretamente la lengua con el dedo).

SILI. *(Algo picado).* Deme agua sola, no más. *(Enfático).* La experiencia nos enseña que el que compra votos para ser elejido tiene, para resarcirse de sus expensas, que vender, á su turno, su voto á los explotadores de la fortuna pública. Siembra para recojer. Siembra diez para recoger mil. *(Toma un sorbo de agua).*

ESCENA XVI.

Los mismos; MORETA y GUTIERREZ.

(Entran éstos por la 2ª puerta, sin que Silicato los pueda ver pues les dá las espaldas y sigue perorando. Moreta y Gutierrez se sientan en la misma mesita de donde oyeron en la Escena VI á Silicato, el Juez y el Comisario. El Confitero va á servirlos, sin decir nada ni dar á conocer nada á Silicato).

SILICATO *(Con voz fuerte).* Y tan viles son los que suministran la plata *(Gutierrez hace el gesto de levantarse; lo detiene Moreta)* para comprar votos como el que los aprovecha para ser elejido; como el que, desde la sombra, todo lo organiza y todo lo maneja. *(Moreta hace el gesto de levantarse; lo detiene Gutierrez).*

Tan digno del desprecio de todo ciudadano honrado es, en mi opinión, el señor Gutierrez *(éste se quiere levantar; Moreta lo detiene)* quien suministra el dinero, como el señor Martínez, — lamentable diputado futuro de Guardia Vieja,—como el señor Moreta *(éste se quiere levantar; Gutierrez lo detiene)* que ata y desata á su antojo el haz de las intrigas políticas en nuestro desgraciado pueblo.

(Moreta hace señas al primer Gaucho de venir, callado; y éste se desprende despacio y como indiferente del grupo ocupado en escuchar á Silicato, acercándose á Moreta y Gutierrez).

SILICATO Hayan ó nó recibido dinero ó favores para votar mañana á favor de Martínez, cumplan Vds. noblemente con su deber de ciudadanos y voten para el doctor Montes, cuyo nombre significa lealtad y honradéz.

ACOPIADOR No, don Silicato, sería mal hecho; no ve que si los han pagado....

SILICATO Hicieron mal en aceptar; harían peor en cumplir.

MAYORAL *(Irónico).* ¡A ver, muchachos, si devuelven la plata!

TODOS ¡Mañana! ¡Pues no! ¡No faltaría más! Gra-

cioso, don Silicato. (*Mientras lo titean á Silicato, Moreta ha dado sus instrucciones al primer Gaucho*).

MORETA Entonces, ya sabes ¿nó?

1er GAUCHO Sí, patrón; esté sin cuidado. Ahora, no más, lo haremos bailar.

MORETA Vámonos, Gutierrez (*Salen por la puerta segunda sin haber sido vistos por Silicato*).

1er GAUCHO (*Toma aparte á sus dos compañeros y los lleva á la calle por la puerta esquina*). Vamos, muchachos. (*Salen*).

JOAQUÍN ¡Caramba! don Silicato; Vd. tiene valor para afirmar sus opiniones.

SILICATO Es que mis opiniones, don Joaquín, son inquebrantables; no soy de estos hombres que hoy sostienen un partido y mañana otro. No tengo más que una opinión: el pueblo antes de todo. (*Entra un muchacho, mandadero).*

MAN. ¿Está don Silicato?

SILI. Aquí estoy.

MAN. Señor, lo necesitan en la botica.

SILI. Bien, bien; ya voy. (*Sale*).

ESCENA XVII.

CARNICERO, CARRERO, MAYORAL, ACOPIADOR, JOAQUÍN

ACO. Habla bien don Silicato.

MAYO. Habla demasiado, creo.

JOA. Así me parece. Hoy ya recibió una paliza, por haber hablado mal de Montes y demás, y no juraría que lo que acaba de decir de don Saturnino no le cueste también unos azotes.

CAR. ¿Recibió? dice.

JOA. Una de mi flor, creo; pues llegó aquí molido.

CAR. ¿Y así mismo, vuelve á las andadas?

JOA. Y esta vez con los otros. Es incorregible.

MAYO. ¡Ah! don Silicato, ¡mi tocayo!....

JOA. ¿Se llama Silicato, mayoral?

MAYO. No, ¡hombre! pero solamente los dos, en Guardia Vieja usamos galera.

(Se ríen. Entra Carcoma. Asoma primero la cabeza).

ESCENA XVIII.

Los mismos, CARCOMA, después PEREZ. Más tarde GUTIERREZ.

MAYO. Ahí está el ave negra.
CAR. Callate, ¡ché! mira que es amigo de Moreta.
MAYO. Hasta por allí, no más. ¿Y yo, después de todo, no soy amigo de Moreta?
CAR. Y todos, lo somos.... hoy.
ACO. Es cierto; ya que sin nosotros, ¿qué haría?

(Carcoma entra, mira por todas partes, y se va á sentar á una mesa. Le sirven un cívico).

MAYO. ¿A quien éstará esperando, éste?

(Entra Perez, quien se va á sentar con Carcoma).

Ahí lo tiene. Dios lo cría y ellos se juntan.
CAR. Pero calláte. Mira que á estos los vamos á necesitar, pronto.
ACO. La verdad que son ellos ahora los que nos van á mandar.
CAR. Por tal que no sean tan fastidiosos como los anteriores.
MAYO. Mira, ¡ché! creo que son todos iguales; y ¿quien sabe si no cambiamos para peor?
CAR. Por eso será que don Silicato no sabe á cual seguir.

(Entra Gutierrez y se vá á sentar con Carcoma y Perez).

MAYO. Ahí tienen al de los pesos. Quisiera saber lo que va á sacar de la política, ese. Es rico; ¿á que se mete? Le van á sacar plata y más plata, y después el Perez ese le quitará la hija. Lindo clavo para la muchacha.
CAR. ¡Hé! amigo, todo esto es la política, la política.

ESCENA XIX.

Los mismos, Moreta. Después SILICATO.

MOR. (*Entra por la segunda puerta*). Buenas tardes, señores. ¿No está Silicato? ¡Qué lástima! ¡Tanto que le gusta pagar copas!

Silicato, entra por la puerta esquina con el sombrero abollado, la ropa hecha trizas).

MOR. ¡Silicato! ¿de donde sale?

SILI. (*Lastimero, gimiendo*). ¿De donde salgo? no sé si V. lo sabe; pero yo lo ignoro. Estoy abombado, molido, deshecho. ¡Mozo! déme un coñac con soda.

JOA. (*A parte*). ¿Con sal?

SILI. Tres bandidos, de caras patibularias, me han asaltado en pleno día, á rebencazos, sin respetar mis venerables canas. Y me han maltratado de modo horrible, obligándome á gritar: «Viva el partido liberal! ¡Viva Moreta! ¡Viva Martínez!» como si necesitasen emplear la fuerza para hacerme expresar mis propios sentimientos.

ESCENA XX.

Los mismos. Los tres GAUCHOS.

(Entran los 3 gauchos, rebenque en mano, y marchan, riéndose: hácia Silicato. Éste, antes que se le aproximen, grita, asustado).

SILI. ¡Viva el partido liberal! ¡Viva Moreta! ¡Viva Martínez! (*Y dispara por la puerta segunda entre las risas de todos*).

(Durante la escena siguiente, los grupos conversan, toman, ríen discretamente).

ESCENA XXI.

Los mismos. Menos SILICATO.

MOR. ¡Pobre Silicato! ¡A que no vota mañana!

PER. Si pudiese votar con las dos manos, puede ser.

GUT. Bueno, amigo Moreta; tengo que ir á ver á mi gente. Ya tiene V. el dinero, no me precisa más, y me voy.

MOR. Pero, podrá volver aquí, esta noche.

GUT. ¿Para qué? ¿Hay alguna reunión?

MOR. No. Pero sería bueno establecer nuestras cuentas.

GUT. ¿Para qué? ¡hombre! después de las elecciones, habrá tiempo.

MOR. Es que ya se me habrá ido toda la plata y necesitaré más, para mañana.

GUT. (*asustado*). ¡Ah!....

MOR. ¿No le dije que nunca sabe uno cuanto le va á costar una función de éstas?

GUT. ¡Caramba! Es que ya, amigo....

MOR. Bueno, como V. quiera. Pero si quiere ser, algún día, diputado al Congreso, es preciso empezar.... á trabajar, y trabajar, en ese caso, es pagar.

GUT. Comprendo, pero hay un límite.

MOR. ¡Hé! un límite, un límite. Según y conforme. Hay algunos á quienes cuesta poco; pero tienen que ser muy diablos.

GUT. Bueno, yo podría tratar de ser muy diablo.

MOR. No le vá á dar el paño, don José. Ya vé, á mí, que he sido criado en el oficio, puedo decir, no me alcanza y tengo que dar el saldo en plata.

GUT. Pero, dígame; ¿porqué no es V. el diputado? y no este Martínez, que no vale un pito.

MOR. Le voy á decir: Es que así saco más provecho. En otros países, según dicen, los candidatos se presentan, con una plataforma, que llaman: son libre cambistas ó proteccionistas, liberales ó católicos, socialistas ó burgueses, militaristas ó anti-militaristas, radicales ó conservadores, ó cualquier otra cosa; y así lo declaran en reuniones públicas, á sus electores, y cada uno de éstos sabe que podrá votar para quien defienda en el parlamento sus convicciones. Aquí, sólo se trata de ganar la elección, y para ésto lo que se necesita es una persona experimentada. Por esto, mucho mejor que ser diputado es, para mí,—no para cualquiera,—ser lo que soy, ó, más bien dicho, lo que seré mañana, único director de la política, en todo el partido de Guardia Vieja.

GUT. Puede ser que tenga razón.

MOR. ¡Si tengo razón! Y para preparar su elección al Congreso, difícilmente encontrará mejor plataforma que yo.

GUT. Bueno. Lo voy á pensar. (*A parte*): Plataforma de tramway, parece, con (*hace el gesto de robar*) .... raspas!

MOR. Piénselo pronto, amigo, y venga á casa esta noche; pues ya le digo, voy á necesitar más fondos.

GUT. Hasta luego. (*A parte*): ¿Más fondos? ¿Será este el baile que decía él? (*Sale*).

ESCENA XXII.

Los mismos. Menos SILICATO.

MOR. *(A Perez).* Este hombre, creo, si, en alguna forma, no lo alentamos, nos va á dejar á medio camino, con la cuarta floja.

CAR. *(Al mayoral)*: ¡Ché! Decíle á don Saturnino que hable.

ACO. Sería lindo.

MAYO. Decíle vos.

CAR. No me atrevo.

ACO. *(Tímidamente y á media voz)*: Vamos á ver. ¡Que hable el señor Moreta!

1er GAUCHO ¡Bravo! que hable Moreta.

TODOS *(Fuerte).* ¡Que hable Moreta!

CAR. Vamos, señor Moreta.

MOR. ¿Y que les voy á decir que no sepan?

PER. ¡He! cualquier cosa, don Saturnino, sobre deber cívico; las urnas; los méritos del señor Martínez. No le ha de faltar inspiración; y lo ayudaré, en un caso.

MOR. Bueno. *(Se dirije hácia el billar).*

TODOS *(Siguen gritando)*: ¡Que hable Moreta!

MOR. *(Parado en el billar).* Ciudadanos de Guardia Vieja; un alto deber cívico los va á congregar mañana á todos, frente á las urnas electorales. Vds. saben que el partido liberal ha proclamado por su candidato al señor don Luis Martínez.

TODOS ¡Viva Martínez! ¡Viva don Saturnino! ¡Viva Moreta!

MOR. Creo inútil recomendar á Vds.... *(Mientras habla Moreta y lo aclama el pueblo, baja el telón).*

TELÓN.



ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN QUE EN EL ACTO PRIMERO.—La plaza de Guardia Vieja; los mismos edificios; pero la plaza está descuidada y llena de yuyos. Hay un banco en el suelo, y uno de los árboles está roto. Al levantarse el telón, el mandadero del correo y el estafeta del telégrafo, dos muchachos de 12 á 15 años, están jugando á las bolitas. Han puesto las carteras en el suelo.

ESCENA I.

El Mandadero, el Estafeta. Después LUISA.

MAN. ¡A mí! *(juega)* ¡erré!

ESTA. ¡A mí! *(Está por jugar. Aparece Luisa que viene de la izquierda como para cruzar la plaza. Se detiene).*

LUISA ¿Qué están haciendo ahí? muchachos. Después se quejarán los vecinos. ¡Como nó! con semejantes estafetas! A ver si alzan esas bolitas de una vez; sinó les voy á hacer quitar el puesto,

(Los muchachos recogen las bolitas, sin ganas).

MAN. *(Con sorna).* ¿A mí?

LUISA ¡Sí, pues, á tí! Vas á ver.

MAN. ¡Será difícil!

LUISA ¿Difícil? y ¿porqué, mocoso?

MAN. Tengo buenas cuñas.

LUISA *(Azorada).* ¿Cuñas?

MAN. Ya lo creo. Don Saturnino me proteje, á mí.

LUISA *(Hesitando)* .... Bueno, bueno; ¡está bueno! ¡á volar!

(Disparan los muchachos, separándose, después de alzar las carteras. Luisa al seguir su camino se cruza con Silicato).

ESCENA II.

LUISA, SILICATO,

SILI. Buenos días, señorita.
LUISA Buenos días, don Silicato.
SILI. ¿Qué la habían hecho esos muchachos?
LUISA A mí nada. Pero los retaba porque estaban jugando á las bolitas en vez de llevar la correspondencia.
SILI. La verdad que es una vergüenza como atienden su servicio.
LUISA ¿Y sabe porqué? don Silicato.
SILI. No.
LUISA Pues me lo acaban de decir. Es que tienen cuñas; ¡figúrese!
SILI. ¿Cuñas? es decir que la política influye,—para nuestra desgracia,—hasta en la distribución de las cartas. ¿Cuñas? ¡esos chicuelos!.... (*pensativo*) ¿Cuñas?.... ¡Quien las tuviera!
LUISA (*riéndose*). ¿Y que haría V. con ellas? don Silicato. ¿Ambiciona algún puesto?
SILI. No, señorita, no; (*triste*): pero quizás impediría que abriesen otra botica en Guardia Vieja.
LUISA Si nadie piensa en ello, don Silicato.
SILI. ¿Está V. segura?
LUISA Sí, don Silicato; tranquilícese. No hay nada.
SILI. ¡Ojalá diga V. la verdad! hasta luego, señorita. (*Se va*).
LUISA (*A parte*). ¡Pobre don Silicato!

ESCENA III.

LUISA, IBAÑEZ.

(Al tiempo de acercarse Luisa á la casa de Ibáñez, como para dejarla á su derecha y salir, aparece Ibáñez en la puerta y la llama).

IBA. ¡Señorita!
LUISA Buenos dtas, señor Ibáñez. ¿Me llamaba?
IBA. ¿Me podría permitir una palabra?

LUISA Es que tengo que estar en la escuela á las ocho en punto. (*A parte*): y no sé yo todavía si tengo.... cuñas...

IBA. Un momentito, no más.

LUISA Bueno. ¿Qué me quería?

IBA. Señorita, quisiera que V. hablara por mí al señor Perez.

LUISA ¡Ah! ¿también V. necesita.... cuñas? pero, no me parece que pueda ser muy eficáz mi recomendación. En fin según lo de que se trate.

IBA. V. sabe que el señor Perez es recaudador interino y, como tal, encargado de revisar y clasificar las patentes. El recaudador anterior había tasado la mía en doscientos pesos, en total; pero el señor Perez, interpretando, dice, como es debido, la ley, me ha cobrado patente á parte para cada ramo de mi negocio; de modo que, como almacenero, pago cien; como tendero, pago otros cien; como corralonero, cincuenta; como zapatero, treinta; como ferretero, veinte, como talabartero, no sé cuanto, como cigarrero, otra patente, y también pago como mercero, y como mueblero, porque tengo una docena de catres y seis colchones, y como librero, perfumista, sombrerero, y que se yo. Hasta creo que pago diez pesos como casa de música, porque tengo dos guitarras de á tres pesos cada una. Quisiera que V. pidiera para mí al señor Perez un poco de compasión; pues no dá ya el negocio para tanto impuesto.

LUISA No sé si le parecería al señor Perez algo incorrecta mi intervención.

IBA. Pero, ¿no andan Vds. de novios?

LUISA Hasta ahora, no, que yo sepa.

IBA. Pues todos dicen.

LUISA Sabrán más que yo.

IBA. Y, ¿no podría, siquiera, hacerle recordar la bala que, hace tres meses, me metió en el brazo? bien merezco alguna compensación.

LUISA Es un poco delicado. En fin, sin prometerle nada, trataré de hacer algo. Adiós; me voy. Hasta luego. (*Sale*).

(Ibáñez, antes de entrar en su casa, deja salir al carrero, mayoral y 2º gaucho. Saludos).

ESCENA IV.

CARRERO, MAYORAL, 2º GAUCHO.

CAR. Voy á atar.

MAYO. ¿A donde vas?

CAR. A la estancia Santa Juana, á cargar lana.

MAYO. ¿Vás solo?

CAR. Vamos seis. ¿Solo? Sería hasta peligroso. En los tres meses que hemos cambiado de autoridades, los caminos se han puesto como nunca los había visto. Es una cosa particular: las patentes han subido, las multas llueven y los pantanos se ahondan y se enanchan.

MAYO. ¿Qué diré yo? Ahora, para llegar á Baguales, echo diez horas en vez de ocho. Es una desgracia que se haya ido Montes de la Intendencia. Pero, ¿quién tiene la culpa?

CAR. ¿Quién? ¿Quién? todos. Todos hemos votado para Martínez; y bien sabíamos que Martínez era Moreta, y quien era Moreta.

MAYO. Y lo bueno es que todos decían que con Moreta nadie tendría multas, ni estorbos de ninguna clase para hacer lo que quisiera. ¿Y ahora?

2º GAUCHO (*el jugador*). Ahora, es peor que nunca. No puede uno jugar un partido al truco sin que el nuevo comisario cobre su coima.... Y ¡dicen que le vá muy bien!

MAYO. Como no; si el pueblo está lleno, ahora, de garitos. De los pueblos vecinos, vienen á Guardia Vieja para jugar. Yo lo sé, porque me lo cuentan los pasajeros; y ponderan todos lo que ahora dejan de pesos aquí.

CAR. No hay duda de que todo andaba mejor, antes.

MAYO. ¡Hombre! No hay más que mirar la plaza. Antes, era un chiche, de limpia, de bien cuidada y regada; ahora, está llena de yuyos; los muchachos rompen los árboles, voltean los bancos. Se ha vuelto un corral.

CAR. Digo yo: ¿Porqué será que siempre ganan las elecciones los que menos sirven para gobierno?

MAYO. Porque son más vivos; y que el pueblo no sabe.

2º GAUCHO La verdad es que somos todos unos sin vergüenza, uncs cobardes y unos tontos. Vendemos por cinco pesos nuestro voto á esa gente y después, con nosotros, hacen ellos lo que quieren.... ¡El día que no pudiesen comprar votos! ¡verían el cambio!

MAYO. ¿Cuándo será ese día?

CAR. Mira, quien viene; ¡y tan paquetes! A esos, si, les hace cuenta la política; pero á nosotros .... Bueno, voy á atar.

(Se van, dispersándose).

ESCENA V.

CARCOMA, sale con PEREZ del juzgado. Ambos están bien vestidos; trajes nuevos.

CAR. Con ese juez creo que algo se podrá hacer.

PER. Ha sido puesto por Moreta, con esa condición. No estoy muy seguro que sepa leer, pero para la justicia que se rinde en Guardia Vieja, de tres meses á esta parte, basta y sobra con ese.... magistrado. ¿No es cierto?

CAR. V. siempre se burla. A mí no me parecen tan malos sus fallos.

PER. (*Riéndose*). ¡Sería ingratitud! Siquiera de vez en cuando, debería hacerle perder algún incidente, para no llamar la atención.

CAR. ¿Qué quiere? Yo siempre elijo mis causas, y no es extraño que, siendo buenas, me salgan bien.

PER. No discuto su habilidad. Y si no le cuesta demasiado caro, lo felicito.

CAR. Algo me cuesta, es claro; el juez también tiene que vivir, pero no es muy exigente; vamos muy bien con él.... Con Moreta, á veces, es algo más trabajoso; pero, enfin; vamos pasando.

PER. Me alegro. Yo, por mi parte, estoy muy conforme con Moreta. Me ha nombrado de interino en algunos puestos, hasta que se encuentren reemplazantes para los que renunciaron y me apuro en aprovechar, mientras me dura.

CAR. Hace bien, pues con la política, nunca sabe uno hoy como estará mañana. Lo que sí, no se descuide mucho; he oído algunas quejas, amigo, como para hacerle parar á uno el pelo de punta.

PER. ¡Hé! siempre se queja el que paga. ¿V. cree que no he oído hablar de sus tejemanejes en el juzgado?

CAR. ¿Y que pueden decir de mí? Yo siempre me quedo en la legalidad.

PER. Es justamente lo que dicen; y á tal punto le empiezan á tener miedo á la.... justicia de Guardia Vieja que ya sé de tres colonos que tratan de vender sus chacras para ir á poblar en otra parte....

CAR. Como si en otra parte....

PER. ¡No! es que V. realmente abusa.

CAR. ¿En que abuso? No abuso más que V.

PER. No hagamos comparaciones.

CAR. Al contrario, hagamos. Yo siquiera tengo que gastar ingenio para seguir un asunto, mientras V. no hace más que estrujar á sus víctimas.

PER. ¿Víctimas? yo. ¿Hago víctimas?

CAR. Como la peste.

PER. Más peste será V. que se ha venido á meter acá sin que nadie lo llamara.

CAR. Perdone, caballero. Me mandó llamar el señor Moreta.

PER. Le habría metido V. alguna cola de paja.

CAR. O tendría él; y confiaba en que se la quitaría.

PER. ¿Y se la quitó?

CAR. Se la quité, sí; y la tengo guardada por si acaso.

PER. ¿Preparando algún chantage?

CAR. No, señor; pero, sí, armas para que nadie me pueda hacer daño acerca de él.

PER. Hace bien.

CAR. ¡Ya lo creo! ¿No ve? V. por ejemplo, si me pudiese perjudicar. ¡Con que gusto lo haría!

PER. (*Después de un rato*). Pues.... ¡no! no crea; señor Carcoma. Lo estimo mucho, y sólo deseo conservar su amistad.

CAR. Y yo lo mismo, señor Perez. ¿Porqué nos haríamos la guerra? Más cuenta nos hará siempre quedar unidos.

PER. Tiene razón. (*Se dan la mano*). Un lobo á otro no se muerden. (*Se separan y se van*) Hasta siempre.

ESCENA VI.

(Esta escena muda debe dejar la impresión de que Moreta tiene la suma del poder).

(Del juzgado salen juntos Moreta, el nuevo juez y el nuevo comisario; estos dos un poco atrás, como esperando, algo servilmente órdenes.

MOR. (*Despidiéndoles, después de un gran rato de silencio*): Bueno, señor juez, nada más. Nada, señor comisario.

(Ambos saludan, sacándose el sombrero, y se retiran. Absorto, Moreta se va por la izquierda):

ESCENA VII.

(Antes que se retiren, MONTES viene, paseando muy despacio con LOPEZ).

MON. ¿Ha visto V. que humildad de juez y de comisario? ¿Y cuando se vá V.?

LOP. Mañana. Mi antiguo patrón me necesita en la Pampa Central y, lo que mucho me gusta, me autoriza á tomar como segundo á nuestro ex comisario Gomez. El pobre se encontraba sin colocación, de modo que le viene de perilla.

MON. Me alegro mucho verlos á ambos en buen camino.

LOP. Sí, bien puede decir en buen camino; pues ambos hemos renunciado para siempre, le aseguro, á todo puesto público. Para depender de la política, es preciso tener aptitudes especiales de que carecemos, según lo hemos podido ver. Ser juez, y en vez de aplicar las leyes, tener únicamente que ratificar las órdenes arbitrarias de un caudillo cualquiera; condenar inocentes, porque son contrarios, absolver criminales porque sostienen al gobierno, ayudar á las aves negras á despojar al trabajador honrado, con cualquier pretexto, no me parecen tareas dignas de mí; y lo mismo dice Gomez que, cuando aceptó su nombramiento de comisario, nunca pensó que debiese tener por misión de favorecer á los cuatreros, de protejer los garitos. de encubrir robos y de organizar la falsificación del voto popular.

MON. ¿Qué quiere? cuando los traje aquí á Vds. podíamos los tres, alentados por el gobernador, hacernos la ilusión de que íbamos á re-

formar algo, siquiera, en un rincón de nuestra tierra y que nuestro ejemplo cundiendo por toda la campaña, pronto serviría de norma á la política interior del país. Nos hemos equivocado. La política ruín de siempre, mezquina, personal, no ve en el pueblo más que un instrumento electoral; y parece realmente que el pueblo sólo elije á sus representantes para que gocen de la vida y se enriquezcan á sus expensas, sin ocuparse para nada de sus intereses.

LOP. Así es; y V. ¿que piensa hacer?

MON. No he tomado todavía decisión; pero es muy probable que no tarde en irme también.

ESCENA VIII.

Los mismos. SILICATO.

(Silicato se vino aproximando despacio al grupo; presa, como en todo el acto, de una gran inquietud, algo febril; oye las últimas palabras de Montes).

SILI. ¿V irse, doctor Montes? ¿Nos deja?

MON. No sé todavía, don Silicato. Pero ¿qué le importa á V.? No han de faltar enfermos que necesiten remedios, ni médicos que se los manden con receta.

SILI. Es que he oído decir que si viene otro médico, va á abrir otra botica....

MON. Son conversaciones, hombre; no se asuste por ésto.

SILI. ¡Oh! es que si me meten una competencia, me funden, me funden señor! (*Se vá hacia la confitería y se encuentra con Carcoma que sale de ella. Empiezan á conversar*).

LOP. Este hombre se volverá loco con su terror á la competencia.

MON. ¡Creo que ya está muy adelantado el pobre!

(Van retirándose detrás del almacén de Ibáñez).

ESCENA IX.

SILICATO, CARCOMA, (en la puerta de la confitería).

SILI. Entonces, ¿V. sabe algo? señor Carcoma.

CAR. ¿Sí? ¡hombre! muy pronto debe venir. Pero puede ser que hablando con don Saturnino.... (*hace el gesto de dar plata*).

SILI. (*No ha querido ver el gesto*). ¿V. cree que estaría dispuesto?....

CAR. ¿Cómo no? A V. lo quiere mucho; y, además, (*repitiendo el gesto*) hablando, se entenderán.

SILI. (*Comprendiendo*). ¡Ah! (*hace el mismo gesto*). ¿Hablando?.... y ¿Cuánto le parece que?....

CAR. ¿Quién sabe? ¿mil?

SILI. (*Asustado*). ¡Mil pesos!

CAR. O quinientos, no sé.

SILI. (*Asustado*). ¡Quinientos!....

CAR. ¡Hé! quinientos, sería poco.

SILI. ¡Es mucho! señor.

CAR. Bueno, hagamos una cosa. V. sabe que con don Saturnino, hago yo lo que quiero.

SILI. Dicen así.

CAR. Bueno. Déme trescientos pesos y me encargo de la negociación.

SILI. Sí. ¿Pero V. garante?

CAR. ¡Ah! naturalmente, garanto.

SILI. ¿Y sí?....

CAR. Garanto, le digo, garanto el éxito; .... con mi palabra. ¿Está conforme?

SILI. Bueno; vamos á la botica.

(Se van por la derecha).

ESCENA X.

LUISA y BLANCA (se cruzan con ellos y se saludan).

(Andan paseando y conversando).

LUISA ¿De modo que ahora insiste el señor Gutierrez en querer hacerte casar con Perez?

BLAN. Empieza. Dice que ha gastado ya una enormidad para preparar su candidatura á diputado y que no quiere perder el fruto de sus sacrificios; que don Saturnino exige para seguir sosteniéndolo, que me case con Perez y que, por otro lado, la ayuda de Perez le es y le será, sobre todo, indispensable.

LUISA Y no vacila en hacerte víctima de su ambición política.

BLAN. Le parece lo más natural. ¿Quién diría? ¿hé? papá, ¡tan bueno!

LUISA Pero, ¿y Montes?

BLAN. Con Montes, hemos resuelto resistir á todo trance; y no es hombre de ceder. Dice que no sacrificará la felicidad de toda su vida á las locuras,—así dice—de papá. Que éste no sirve para diputado y hasta que sería, para el país, lástima que lo nombrasen. Con papá, discuten, pelean, se enojan, pero la situación queda la misma.

LUISA (*con interés intenso*). ¿Y.... Perez? que dice. ¿Se te ha declarado?

BLAN. Ha tratado de hacerlo con los ojos. No se atreve á más, y como no lo miro que siempre está ahí mamá, protegiéndome contra cualquier avance de su parte y que Montes, á cada rato, se deja ver, el pobre anda, más bien, como alma en pena. Además, no creo que tenga hacia mi persona mayor inclina

ción; hacia la fortuna de papá, puede ser.... y así mismo, no sé; pero lo cierto es que parece tener, á veces, como algo que lo embarga, lo detiene en mi presencia.

LUISA ¿Sí?

BLAN. No estoy segura, pero casi apostaría que tiene por allí algún compromiso que le tiene inquieto y hasta le quitaría el valor de hablarme, si se presentase la ocasión.

LUISA ¡Que idea!

BLAN. Es una impresión. Puede ser que me equivoque. Pero, algo tiene.

LUISA Estará muy enamorado de tí y, como tal, muy tímido.

BLAN. ¡No! ¡Qué esperanza! Hay otra cosa.

LUISA ¿Qué será?

BLAN. No sé.

(Se han sentado en un banco. Montes se aproxima).

ESCENA XI.

Las mismas. MONTES.

MON. Buenos días, señoritas. ¿Qué tal anda esa escuela, señorita? ¿La siguen respetando los cambios políticos? ¿El partido liberal no le ha impuesto todavía nuevos programas? ¿Habrá tenido V. recomendaciones suficientes para conseguir que le edifiquen las dos salas que necesitaba?

LUISA Andamos bien, señor; andamos bien. Como V. lo ve (*saluda*) el personal no ha sido destituído todavía; los programas no han sido modificados, y por lo que es de las dos salas que había pedido, han sido concedidas. Hasta fueron entregados ya los fondos, pero el

maestro albañil que las contrató tiene primero que acabar una serie de refacciones que le mandó hacer, en su casa, el señor Moreta.

MON. Esto es; y con lo que quede....

LUISA ¡Ah! yo no he dicho ésto.

MON. Pero lo digo yo, porque es así, no más. ¿Y V. Blanca? ¿Que dice? ¿No hay novedad?

BLAN. Que yo sepa, no. Papá no habla todavía de volver á la estancia. Dice que tiene mucho que hacer aquí. La verdad es que se lo pasa todo el día conversando con Moreta y demás. Dice mamá que lo alaban, que lo encandilan con mil promesas, y que cuando está medio ciego, lo saquean á sus anchas. No sé si será cierto, pero no hay duda que parece muy nervioso desde unos días. Creo que están esperando del gobernador una contestación sobre su candidatura y él se lo pasa en puras crisis alternadas de entusiasmo y de alegría, ó de desaliento y de profunda tristeza. Unas veces grita que lo arruinarán; y otras dice que la política lo va á hacer millonario.

MON. ¿Y el amigo Perez?

(Luisa simula la más completa indiferencia).

BLAN. Perez anda, como siempre, rondando; pero sin morder.

MON. Es que pronto tendremos, mi querida Blanca, que definir situaciones. ¿No le parece? Mi posición aquí, es difícil, entre esa gente, y pronto será insostenible. Por otra parte, no me quiero ir sin llevarme.... á mi esposa; y tenemos que arbitrar medios para conseguir del señor Gutierrez el debido consentimiento.

BLAN. Actualmente sería quizá peligroso arriesgarse. No habla más que de Perez; no vé más que á Perez; sueña con Perez. Lo pondera constantemente y está en admiración ante su situación actual y su porvenir político.

MON. No hay duda que un joven de su edad, que

ya es secretario del Juzgado de Paz, idem de la Intendencia Municipal, inspector del Mercado y de las vías de comunicación, recaudador interino de rentas y no me acuerdo que más, está llamado á los más elevados destinos. ¿No le parece? Luisa.

LUISA *(Como quien no ha oído).* No sé.... no escuchaba, estaba pensando en otra cosa.

MON. Hablábamos de Perez, é iba á decir que para subir muy alto, no le ha de estorbar mucho el peso de su moralidad.

LUISA ¿Qué quiere? doctor. El sentido moral, en política, difiere del sentido moral común. Una mentira política es algo menos culpable todavía que una mentira comercial, y una traición, entre políticos, una verdadera traición, una de aquellas, que á nosotros nos parecen odiosas, imperdonables, no es más, muchas veces, para ellos que la base de algún nuevo arreglo, más amistoso que el anterior. Yo, francamente, para con ellos, me siento llena de indulgencia.

MON. *(Con reproche).* ¡Luisa! Entonces, para V., Moreta es un hombre estimable; y Perez....

LUISA Perez es un buen muchacho, doctor, y muy inteligente.

MON. ¡Un buen muchacho! pero V. se olvida que me quiso matar.

LUISA ¡Los nervios! pero, fué.... sin querer.

MON. ¿Sin querer? sí, que hirió á Ibáñez... pero... sin querer fué también que no me mató.

LUISA ¿Y no le ofreció él, después, su amistad, lo más caballerosamente? según me dijeron.

MON. Sí; y le aconsejé de esperar otra oportunidad.

LUISA Ha hecho mal; y lo siento.

MON. ¿He hecho mal? ¡Pues señor!.... ¡Y V. lo siente! *(con sorpresa, resultado de repentino pensamiento).* Pero.... ¡Luisa!.... ¡¡Luisa!!... ¿Luisa?

BLAN. *(de igual modo).* ¿Luisa?....

MON. ¡Ahora sí! entiendo. ¿Luisa? ¿será cierto?.... Algo había oído, pero ni caso le hice.

LUISA (*Confesando*). ¿Qué quieren?.... ¡sí! ¡así es! ¡es cierto!

MON. Ahora, me explico una porción de cosas que no entendía bien.

BLAN. ¡Y yo!.... Ya sé también ahora porque quedaba este señor tan embargado conmigo. ¡El compromiso que yo sospechaba! ¿Y eras tú?

LUISA Sí, pues.... Y casi es mejor que lo sepan ya Vds. pues, así, los podré ayudar mejor á.... librarse de Perez.

MON. Para guardárselo ¿no?

LUISA .... Si puedo. ¿Quién sabe?

MON. Mire, Luisa. Hasta aceptaré la amistad de Perez, si es necesario, para ayudarla á V.

BLAN. ¡Esto es!

LUISA Gracias, doctor; gracias, Blanca; pero por ahora, ¡silencio!

MON. Vámonos, que viene Moreta.

LUISA (*Con sentimiento*). También viene Perez.

(Se van).

ESCENA XII.

MORETA, PEREZ, ACOPIADOR. Después: CARNICERO, COLONO, PAISANO, (padre de un conscripto), ESTANCIERO, BOLICHERO.

MOR. (*A parte á Perez*). A estos tres ó cuatro fastidiosos, que vinieron esta mañana, Vd. les dará cartas para Martínez.

PER. Bien, señor.

MOR. (*Al acopiador*). Bueno, por ser V., se le despachará la guía, por esta vez, pero acuérdese que no quiero que en Guardia Vieja se cometan irregularidades..... comprometedoras. (*A Perez*): Señor Secretario, despáchele la

guía al señor, con recargo.... libre (*hace ademán de: «para adentro»*) de doscientos pesos, por esos cueros.... ¿sabe? (*Perez asiente con la cabeza*).

ACO. Gracias, señor. (*Va hácia el juzgado*).

CAR. Buenos días, patrón.

MOR. ¿Qué quieres? vos, cachafáz. Alguna nueva picardía habrás hecho, no.

CAR. No, patrón; pero su capataz me trajo veinte animales de la estancia de V. y hay seis de una marca que no está en la guía.

MOR. ¿Y que te importa á vos? ¿Te dijo algo el comisario?

CAR. Empezaba á decirme; pero.... le expliqué, y se fué, no más.

MOR. ¿Y, entonces?

CAR. Sí, pero ¿para vender los cueros?

MOR. Te mandaré comprador. (*A Perez*): Señor inspector del mercado, puede dar por revisados los cueros de la carnicería. ¡Anda y dejate de embromar! ¡hombre!

(A un paisano muy viejo).

¿Qué se le ofrece, señor?

PAIS. Aquí venía, señor, á ver si puede V. hacer eximir á mi hijo del servicio de la marina, que son dos años.

MOR. ¿Y por qué?

PAIS. Porque él no sacó un número tan bajo, señor, pero se lo han cambiado para favorecer al hijo del dueño de la Elvira; y no vengo á pedirle más que lo que es justo.

MOR. Es muy difícil lo que V. quiere. El país necesita soldados; nuestros buques necesitan marineros.

PAIS. Sí, pero yo soy muy viejo; él es el único hijo que me queda; y además, le cambiaron el número.

MOR. ¿Y que quiere que le haga? ¿Por qué fué zonzo?.... ¿Vds. votaron por Martínez?

PAIS. Sí, señor; los dos vinimos.

MOR. Bueno, entonces, le daré á su hijo una carta para Martínez, y allá, se las arreglará.

PAIS. Aquí, ¿no se podría?

MOR. No, aquí, es imposible. Tiene que ir á la ciudad.

PAIS. Bueno, paciencia.

MOR. (*á Perez*). Perez, hágale la cartita al señor para Martínez. (*A parte*): Mira, meterme mal con el dueño de la Elvira que me trajo cincuenta electores! no faltaría más; y para esa gente! (*Al colono*): ¿Qué se le ofrece?

COLO. Señor, me dijeron que la Municipalidad vendía chacras á diez pesos la hectárea, á pagar en cinco años, y venía á ver si podía comprar una para establecerme con mi familia.

MOR. Es que ya no hay, amigo; se acabaron las hectáreas á diez. Han subido mucho las tierras.

COLO. ¡Caramba! me habian dicho, y yo creía que para fomentar la población....

MOR. ¡Eh! ¿Que quiere, amigo.... no hay más.... Ahora, si quiere, yo le puedo vender una chacra, ó dos, ó las que quiera, y muy baratas todavía; á treinta pesos la hectárea.

COLO. ¿A pagar?

MOR. En cinco años, también.... pero con el interés de ocho por ciento.

COLO. Bueno, señor; lo voy á pensar. Fácil es que tratemos. (*Se va*).

MOR. (*á Perez*): ¿Porque vamos á regalar esas tierras á forasteros, cuando nosotros las podemos aprovechar?

PEREZ. Naturalmente.

ESTANCIERO. ¿El señor Moreta?

MORETA. Servidor de V.

ESTANCIERO. Señor, yo soy Alvarez, de la estancia del Médano, y vengo á pedir autorización para remover una tranquera de mi alambrado unas diez cuadras al Norte, lo que beneficiaría al mismo tiempo á los vecinos y á mí; á los ve-

cinos porque les acortaría el camino á la estación y les quitaría la obligación de abrir y cerrar tres tranqueras interiores; y á mí, porque ya el camino no pasaría por un potrero que tengo reservado para mis animales más finos.

MORETA. (*Seco*). No se puede, señor; siento mucho, pero no se puede.

ESTANCIERO. ¿Por qué? si es una ventaja para los vecinos, sin perjuicio para nadie.

MORETA. No se puede.

ESTANCIERO. Es un caso raro.

MORETA. No, señor, no crea. Sucede á menudo; y cuando no se puede, no se puede.

ESTANCIERO. Está bien. Adios, señor. (*Se vá rezongando*). ¡Que mala voluntad estúpida!

MORETA. (*A parte á Perez*): Ese es el Alvarez que vino con diez hombres á votar para Montes. ¡Que se embromen los vecinos! pero no ha de salir con la suya.

BOLICHERO. Buenos días, señor.

MORETA. ¿Qué quiere?

BOLICHERO. Señor, me han puesto una patente bárbara para el boliche.

MORETA. ¿V. fué? Perez.

PEREZ. Sí, fuí yo. Es que el señor admite juego en su casa.

MORETA. ¿Es cierto? esto.

BOLICHERO. ¡Hé! cuando se quieren divertir, hay que dejarlos. El comisario sabe.

MORETA. ¡Ah! ¿el comisario sabe?

BOLICHERO. (*Con intención*). ¡Si lo sabe! ¡Ya lo creo!

MORETA. (*A Perez*): Bueno; hay que rebajarle algo, entonces. (*Al bolichero*): Está bien; se arreglará. (*A parte á Perez*): Hay que dejarle ganar algo al otro, sabe.

Estoy pensando. A ese Alvarez sería bueno cobrarle una multa por la langosta. Es imposible que no tenga alguna manguita de saltona que no haya podido todavía destruir.

Y si no tiene, se le puede proporcionar. Véalo al comisario para que mande averigüar.... Es preciso que nos ayudemos unos á otros, ¡que diablos!

PEREZ. Bien, señor. (*Sale por el juzgado*).

ESCENA XIII.

MORETA, GUTIERREZ (aparece detrás del almacén).

MOR. (*Llamando*): ¡Gutierrez! ¡venga! tengo una noticia para V. (*saca del bolsillo un telegrama*).

GUT. ¿Recibió la contestación?

MOR. Esta mañana. Aquí la tiene.

GUT. (*Leyendo*): «Gobernador prestará apoyo candidatura Gutierrez, pide sea recíproco é incondicional» ¡Bravo! ¡cuantas gracias! mi amigo. Esto es como si ya fuera diputado al Congreso.

MOR. Sí, casi.... Sin embargo, no se le haga todavía el campo orégano. Le queda el rabo por desollar. Porque, al fin, el gobernador no nombra á los diputados. Apoyará su candidatura; pero V. es el que debe mover los títeres y.... pagarlos. Hay que formar su comité, formar los comités seccionales; hará bien en mostrarse en ellos, de vez en cuando, para hacerse popular entre su gente. Muchos le pedirán servicios, plata, recomendaciones; á todos hay que dar, si quiere salir bien.

GUT. Pero, ¿debe de costar una barbaridad?

MOR. Claro que cuesta. Pero también cuando V. sea diputado, no le han de faltar pichinchas, si se sabe manejar y criar influencia. (*Muy serio*): ¿V. tiene la palabra fácil?

GUT. (*Asombrado*): ¿Yo? Creo que ni podría decir en público: «Buenos días, señores».

MOR. Hubiera sido bueno saber hablar; aunque no decir nada tambien vale, para muchos.
GUT. Y, de cualquier modo, pagando....
MOR. ¡Claro! Pero, con todo, y aunque uno no crea, tambien ayuda el talento.
GUT. Pero no necesitan hablar todos ¡hombre! por tal que voten como se les mande.
MOR. ¿Sabe que entiende de política, V. ahora?
GUT. Es que Perez me ha enseñado.
MOR. ¡Ah! justamente, Perez; dígame, yo tengo mi palabra comprometida con él; y V. casi conmigo.
GUT. ¿Sobre qué?
MOR. Respecto á Blanca. ¿Cómo andan las cosas entre ellos?
GUT. ¡Hombre! andan.... andan.... Yo la insinué varias veces; pero ella se resiste.... y él no ataca.
MOR. Así ha de durar el sitio como él de no sé qué ciudad, que dicen de la antigüedad....
GUT. Montevideo.
MOR. No, ¡hombre! otra. Pero, no importa. ¿Porqué no habla V. de una vez con su hija? Perez es un partido brillante ó lo será de aquí muy poco. Además de ésto, V. lo necesitará á cada rato, cuando sea diputado. No pierda tiempo; háblela, que es para su bien.
GUT. Hoy mismo, la voy á hablar.
MOR. ¡Hombre! Allí viene con su señora. Los dejo.... (*Volviendo*): ¡Ah! pasaré por su casa, esta noche, para....
GUT. ¿Para?
MOR Para lo que le dije, pues; los diez mil que tenemos que mandar á Martínez para esa operación de tierras.
GUT. ¿Para hoy era?
MOR. ¿No se acuerda que anteayer se lo dije?
GUT. Bueno, bueno. Están listos.
MOR. Hasta luego. (*Se vá*).

ESCENA XIV.

GUTIERREZ, BLANCA, JULIA.

GUT. Llegan muy bien. Las iba á llevar una gran noticia.

JULIA ¿Las lanas han subido? ¿Compraste otra estancia?

GUT. Dejate de pavadas, mujer, y lee. (*Le dá el telegrama*).

JULIA (*Lee*): ¿Y de allí?

GUT. Pues, ¿te parece poco?

JULIA No veo....

GUT. ¡Pues señor! ¿No ves?.... Para vos, entonces, ser la esposa de todo un diputado al Congreso Nacional no es nada.

BLAN. ¿Has sido nombrado diputado? ¡papá!

GUT. Calláte, tonta; no digas estupideces. Tengo esperanza de ser nombrado.... digo «elejido» diputado: pero todavía hay mucho que andar. Un diputado no se hace así. Es todo un trabajo.... y, á propósito, ya que de ésto conversamos, ha llegado el momento de tomar una decisión. Necesito para llegar á mis fines la ayuda de Moreta y de Perez; y para conseguirla, lo mejor sería que de una vez se casara Blanca con este joven, cuyo porvenir es excelente, que la quiere mucho,—varias veces me lo dejó entender,—y á quien, creo, no está muy lejos de querer ella. ¿No es cierto, Blanca?

BLAN. ¿Yo? papá; ¿querer al señor Perez? Estás absolutamente equivocado. No digo que sea peor que otro; no está mal, físicamente; puede ser que tenga ó sea llamado á tener muy buena situación; pero no me gusta. Y V. se

hace el que no sabe, porque bien conoce mis sentimientos hacia otro.

GUT. ¿Montes? ¡una gran cosa!

JULIA Yo me felicito que no le guste este Perez; pues á todos esos politiqueros les tengo odio, por no decir asco. Vividores, trepadores, explotadores.

GUT. Sí; basta que yo quiera una cosa para que tu te opongas á ella con todas tus fuerzas; siempre has sido así. Pero no importa; lucharé. No voy á perder el fruto de mis esfuerzos, de mis sacrificios, por un capricho de la madre y de la hija.

BLAN. Pero, papá, no es capricho. ¿Yo no quiero á Perez; como me voy á casar con él?

GUT. Sí; te gustaria más ese curandero de Montes; que hoy ha perdido su situación por haberse metido á político, sin entender de política. Pero no permitiré semejante barbaridad, por mucho que te sostenga tu madre.

JULIA ¿Y como no la voy á sostener? si ella quiere á Montes, ¿por qué se va á casar con Perez? Que sacrifiques tu plata á tus ambiciones absurdas — aunque ya va á ser tiempo que empieces á contar — y que sirvas de juguete á todos estos tipos, ¿que le vamos á hacer? pero sacrificar la dicha de tu hija para hacerle el gusto á Moreta y para tener un secretario que té enseñe la política, ¡eso sí que no! (*Luisa aparece detrás del almacén*).

ESCENA XV.

Los mismos. LUISA.

BLAN. (*Llamando*). ¡Luisa! ¡ven!

GUT. ¿A que llamas á esa maestra de escuela? ¿Para que la necesitamos?

BLAN. Es muy buena, muy juiciosa y me quiere mucho; y puede ser que nos aconseje bien

GUT. Me parece difícil; porque las mujeres, en un caso de estos, siempre se tienen que juntar; y á más de ésto, no necesito consejos.

JULIA ¡Quien sabe!

BLAN. (*A Luisa*). Luisa, te voy á dar una gran noticia; dos noticias: la primera, que papá va á ser diputado, y la segunda que, como necesita un secretario á quien pueda tener siempre á su lado, (*mirándola bien y guiñándole el ojo*) vá á ver si me puede hacer casar con Perez.

GUT. (*A parte*): ¿Qué dice?

JULIA (*Asombrada*): ¡Blanca!

LUISA (*Que entendió*): ¿Con Perez? Muy bien pensado; pero he oído decir que tenía un compromiso.

GUT. ¿Perez? ¿un compromiso? no puede ser. Me lo hubiera dicho.

LUISA (*Irónica*). ¿Cómo no? en seguida.

GUT. Hubiese sido poco leal de su parte no decírmelo.

LUISA Pero, señor; hay ciertas cosas que no puede uno decir así, no más. Y hasta estoy seguro que Perez para con V. tiene más de un secreto.

GUT. Será, pero hay secretos y secretos; y lo creo incapaz de engañarme en cosas de esa gravedad.

LUISA Yo estimo mucho al señor Perez; pero estos

hombres qne sólo se ocupan de política, tienen, á veces, como por obligación profesional, ciertos.... recovecos de conciencia en los cuales es mejor no mirar.

GUT. Pues, yo creo firmemente que con mirar en la conciencia de Perez, no me quemaría los ojos.

LUISA ¿Podríamos hacer la prueba? ¿quiere?

GUT. Cuando y como guste. ¿Tiene V. los medios de hacerla?

LUISA Mire. Es la hora en que siempre salen del Juzgado el señor Moreta y el señor Perez, y se van derecho á lo de Ibáñez, á tomar un aperitivo y conversar un rato. Váyase Vd. ya á lo de Ibáñez y póngase, sin afectación, detrás de la puerta que está abierta. Yo, cuando los vea venir, iré también, llamaré á Ibáñez y lo entretendré en el umbral hasta que vengan ellos. Cuando estén, los detendré en la vereda, conversando, y V. escuche con atención nuestra conversación. ¿Comprendido?

GUT. Perfectamente.

LUISA No le deje sospechar nada á Ibáñez, y después, haga como si no hubiese oído ni una sola palabra de todo lo que hayamos dicho, ellos y yo. ¿Me lo promete?

GUT. Es lo de menos.

LUISA ¿Me lo jura?

GUT. Se lo juro.

LUISA Vaya pronto. Va á ser hora. (*Sale Gutierrez*).

JULIA (*A Luisa*). Cuidadito; que es juego peligroso.

LUISA Ya lo sé, pero ¿qué quiere?

(Gutierrez va hasta lo de Ibáñez, entra y queda escondido por una de las hojas de la puerta del almacén. Casi en el momento en que desaparece, salen Moreta y Perez del Juzgado conversando y se dirijen á lo de Ibáñez. Luisa llega antes que ellos y desde la calle, llama).

ESCENA XVI.

JULIA y BLANCA (han quedado sentadas en el banco). MORETA PEREZ, LUISA, IBÁÑEZ. GUTIERREZ (está escondido).

LUISA ¡Señor Ibáñez!
IBA. Aquí estoy, señorita (*aparece en el umbral*). ¿Pidió V. la rebajita?
LUISA No; no pude todavía hablar con Perez, pero como lo he visto salir del juzgado, lo vengo á esperar aquí. Será mejor que V. nos deje conversar solos, porque viene con Moreta. V. se queda en el almacén y, en caso de necesidad, lo llamo.
IBA. Bien, señorita. Ya vienen; me retiro. Sea V. elocuente!
LUISA (*Con intención*) .... ¡Pierda V. cuidado!

ESCENA XVII.

Los mismos, menos IBAÑEZ.

(Luisa se ha puesto delante la puerta, de modo que no podrían entrar sin pedirle permiso).

MORETA Y PEREZ. ¡Señorita! buenos días, ¿cómo está V.? ¿La escuela anda á su gusto?
LUISA Muy bien, señor Moreta. Todo muy bien. ¿Cómo está? señor Perez.
MOR. ¿No son las de Gutierrez las que están sentadas en aquel banco?
LUISA Sí, son. Estuve con ellas, hace un rato.

MOR. ¿Y que dice esa gente? ¿Que piensa de la candidatura de don José?

LUISA Creo que á la señora muy poco le gusta.

MOR. Si, ella es bastante agarrada, según dicen, y como el viejo va aflojando en grande para su candidatura.... *(se ríe)* ¡La candidatura Gutierrez! *(Se ríe y Perez también)* no le ha de agradar mucho.

LUISA ¿Pero V. no cree en el éxito de su candidatura?

MOR. ¡Muchacha inocente, esta señorita! ¿Como quiere V?.... Bueno, pero todo esto entre nosotros, y no vaya, porque es amiga de la familia, á salirnos con chismes. ¿Cómo quiere V. que Gutierrez sea elegido diputado nacional? Sería como para que la gente se riera durante medio siglo del pueblo de Guardia Vieja.

LUISA Pero entonces ¿porqué le hacen gastar tanta plata?

MOR. Todavía ha gastado poca. Solamente ahora es cuando va á empezar á.... producir.

LUISA ¿Cómo á producir? ¿Todo este dinero no es para conseguir su elección?

PER. La política tiene sus exigencias. Un candidato corto de medios, pero con.... medios *(hace el gesto de contar plata)* debe, en ciertos casos, abrir el camino á otro que tenga talento y no tenga dinero.

LUISA ¿Y será el caso?

PER. Puede ser, señorita. Puede ser muy bien.

LUISA *(Inquieta)*. ¿Y el verdadero candidato, entonces sería?

PER. ¡A ver! busque, señorita.

LUISA No me atrevo á querer adivinar; hay cosas que tiene uno repulsión instintiva en profundizar.

PER. Por poco se turba, Luisa.

MOR. Sobre todo que si no resulta, el mismo, diputado, siempre podrá tener el consuelo de haber gastado su dinero á favor de su yerno.

LUISA (*Muy inquieta*). ¿Cómo?

MOR. Casando á su hija Blanca con.... nuestro amigo Perez.

LUISA (*Con emoción mal contenida*). ¿Y estaría V. conforme, Perez, con semejante combina ción?

PER. No, Luisa, no. Son cosas de don Saturnino. (*á Moreta á parte*). No insista, por favor.

MOR. (*á Perez*): ¿Esta emoción? ¿Había algo entre Vds.?

PER. (*á Moreta*): Conversaciones, no más; pero....

LUISA ¡Ah! ¡Perez! ¡Perez! (*Se vá casi llorando hácia Julia y Blanca*).

ESCENA XVIII.

Los mismos. GUTIERREZ.

(Aparece Gutierrez en el umbral, muy calmoso en apariencia, haciendo un cigarrillo. Moreta y Perez expresan por gesto la duda de si los ha oído ó no).

GUT. ¿Habian estado Vds. ahí, señores?

MOR. Llegamos.

GUT. (*Se dá vuelto para adentro y grita*): Bueno, Ibáñez, me manda todo ésto á casa.

(*Voz de Ibáñez, adentro*): Muy bien, don José; de aquí media hora.

(Luisa se ha juntado con Julia y Blanca y las tres conversan con inquietud).

GUT. (*A parte, conteniéndose visiblemente*). ¡Si no le hubiese prometido á Luisa!.... ¡Con qué ganas!....

ESCENA XIX.

Los mismos. MONTES.

(Montes viene de detrás de la confitería y se junta con Julia, Blanca y Luisa, siguiendo entre ellos la conversación con miradas inquietas hácia el grupo de Gutierrez, Perez y Moreta, siempre parados en la puerta del almacén).

GUT. (*Contestando al «llegamos» de Moreta*). ¿Llegaban? ¡ah muy bien! ¿Sabe, don Saturnino, que conversé con Blanca de lo que dijimos esta mañana?

MOR. ¿Sí? ¿y, que dice?

GUT. No pude vencer su resistencia. Sostenida por la madre, se encaprichó, y si Montes ha resultado vencido en las elecciones, en el corazón de mi hija ha salido victorioso. Lo siento por el señor Perez; pero un padre no puede ir en contra de ciertos sentimientos.

(Perez asiente con la cabeza).

MOR. ¡Caramba! ¡Caramba! esto lo va á privar á V. de un secretario como hay pocos.

GUT. ¡Hombre! creo que no voy á necesitar más secretario. Veo que, en mi familia, nadie quiere verme metido en la política. Y hasta le diré, — Vd. me creerá ó no me creerá, — hay momentos en que yo dudo de mis aptitudes.... Llego á creer que se reirían de mí, si, por casualidad, viniese á ser cierta mi candidatura.

MOR. ¡Que idea!

GUT. Y á veces se me ocurre que toda la plata que he gastado ya y la que llegue á gastar servirá para hacer nombrar á otro.

MOR. No. ¿Cómo podría ser?

GUT. Una idea que tengo, que me ha venido, así, por casualidad.

(Moreta y Perez se miran, en silencio).

Mire, Moreta, y V. señor Perez, agradezco mucho el trabajo que se han dado para mí; pero no he nacido para político; mejor entiendo de cuidar vacas. Es más fácil y más provechoso.

MOR. Me parece que V. hace mal en desistir así de sus propósitos.

GUT. Le diré; más bien eran suyos.

MOR. ¡Sí! pues muy bien se los había V. apropiado.... ¿Y los diez mil que tenemos que mandar hoy á Martínez?

GUT. Ya se acabó el baile, Moreta, ¿para qué vamos á seguir pagando violines? ¿no le parece? Lo pasado, pisado; lo que perdí, no lo busco, pero ¡que paguen los que deban aprovechar! Hasta luego. (*Se dirije hacia el otro grupo*).

MOR. (*abatido*). ¡Que golpe! amigo; ¡que chasco!

PER. ¿Habrá oído nuestra conversación con Luisa?

MOR. ¡No lo dude! ¡Por ciertas palabras que dijo!.... ¿Y no habrá sido la misma Luisa la que provocara nuestras confidencias, sabiendo que él estaba en el almacén? Es muy capaz.

PER. ¿Con que interés?

MOR. Quizá el de promover una ruptura definitiva entre dos partidos cuya fusión temía para sus planes particulares.

PER. Pues, si es así, perdónela, señor Moreta, por la viveza que demostró, y porqué, perdida para mí la.... pichincha soñada, me podría servir ella de consuelo y hasta de compensación.

MOR! ¡Ah! entonces; ¿era cierto? Bueno; no digo que nó, pero averigüemos, me gustaría saber la verdad.

ESCENA XX.

Los mismos. SILICATO.

(En el momento de irse á juntar con el otro grupo Moreta y Perez, aparece Silicato en la vereda del almacén).

SILI. (*A Moreta*). ¿Y la podrán, realmente, saber?
MOR. ¿Qué dice?
SILI. ¡La verdad! ¡la verdad! saber si realmente van á poner ó no otra botica en Guardia Vieja.
MOR. Mire, don Silicato; mándeme dos docenas de agua de Vichy y pongámelas en cuenta. Después le diré.
SILI. Bien, bien, señor Moreta. (*Se vá*).
MOR. !Pobre! está loco. Otra víctima de la política.

ESCENA XXI.

Los mismos, menos SILICATO.

(Cuando llegan al grupo, Gutierrez les presenta á Montes).

GUT. Señores, tengo el honor de presentar á Vds. á mi futuro yerno, el doctor Montes. (*Se inclinan*).
MOR. Mis felicitaciones. ¿Quedará V. doctor, prestando sus servicios profesionales en nuestro pueblo?
MON. Señor Moreta, de V. depende; pues si puede V. darme la seguridad de que no se me pondrán entorpecimientos en el ejercicio de mi profesión, aquí me quedaré, con el mayor gusto. Por otra parte, le debo declarar que me he curado de la obsesión funesta de que estaba poseído. He renunciado á la política, esa plaga, fuente, en nuestra tierra, de todos los males; y la odio, ahora, con toda mi alma; y la seguiré odiando mientras que, en vez de

llevar de la mano á nuestra tierra querida hacia los serenos y resplandecientes horizontes de su magnífico porvenir, contrarreste, demore, obstaculice su progreso.

MOR. ¿No exagera? doctor.

MON. ¡La política!.... —digo la nuestra,—por poco, si pudiese, impediría que brotase el trigo!

MOR. Bueno, doctor. Le juro que nunca oirá V. una palabra de política. (*A parte*): ¿que más queremos nosotros que nos deje de estorbar esa gente?

MON. Ni el olor le quiero tomar.

MOR. ¡Ah! esto es imposible; está en el aire; pero por tal de conservar en Guardia Vieja á un médico de su mérito, trataremos de evitar que lo moleste.

PER. Señorita Luisa ¿por qué nos dejó V. tan agitada hace un rato, y tan alarmada?

LUISA Es que le quería pedir algo, señor Perez, y no me atreví.

PER. Para que V. no se atreviera, debía de ser algo muy grave.

LUISA ¿Quien sabe como lo juzgaría V.?

MOR. Bueno, señorita; atrévase; la tomo bajo mi protección.

GUT. Lo mismo, nosotros, todos.

JULIA, BLANCA. Sí, sí, y todas.

MON. (*Ofreciendo la mano á Perez*). Opiniones, desde ya guardadas, como las mías, no pueden más molestar á nuestra amistad. ¿Olvidaremos lo pasado?

PER. (*Tomándole la mano*). Ya que V. consiente.

MON. Y para sellar el pacto, concédale á la señorita lo que ella pida. Yo también le prometí protegerla.

PER. Ante tan amable insistencia, mal papel haría yo en resistir al impulso de mi propio corazón. (*Toma las dos manos de Luisa y la mira tiernamente*). Hable, señorita.

(Largo silencio, Luisa alza y baja los ojos, mirando á Perez, entre inquieta y contenta, como vacilando. Todos quedan en risueña espectativa.

LUISA (*Sonriéndose*). Desearía que V. concediese al señor Ibáñez, quien, confiado en mi crédito, por mí la solicita, una rebaja sobre su patente.

JULIA (*Riéndose*). ¡Miren la ocurrencia! (*Todos se ríen, algo sorprendidos, como que esperarían otra cosa*).

PER. (*Teniéndola siempre de las dos manos, mirando hacia la puerta de Ibánez*). ¡Concedido! señorita; que bien lo merece esta puerta pícara, por su complicidad. Pero, mire, Luisa, que desde ya tendremos que cuidar los intereses de la comunidad. (*Le besa las manos*).

LUISA Tiene razón, Perez; y ya no le pediré rebajas sinó para nuestros amigos políticos.

TELÓN.

GODOFREDO DAIREAUX

Comedias Argentinas

CRISIS DE PROGRESO

Comedia en tres actos

AVES DE PRESA

Comedia en tres actos

CAUDILLEJOS

Comedia en tres actos

BUENOS AIRES

PRUDENT HNOS., MOETZEL & CIA.
EDITORES

721 VICTORIA 727

M DCCCC IX